CARAS Y CARETAS

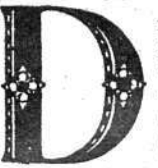


LAS ULTIMAS ELECCIONES

Los dos ríen a la vez.



La novela que publicamos a continuación es una de las premiadas con $ 200.— en nuestro Concurso Literario, y al interés que ofrece su bien desarrollada trama se auna el delicado y firme trazo literario de sus personajes, que logran cautivar nuestra atención por el ambiente social que tan humanamente reflejan.



ECLINABA la tarde en el breve crepúsculo invernal. Del cielo sin nubes, triste como un recuerdo penoso, donde apenas se insinuaba el creciente semicírculo de la luna, comenzaba a caer el relente. La vida parecía detener su ritmo al aproximarse la noche, como si hiciera más pausado el eterno fluír del tiempo. Juan Montaña asomóse al balcón de su casa de altos y contempló la inmensa ciudad. Una vez más el mundo acrecentábase en belleza y en dolor. La sombra de un azul añiloso, cargada de viscosas humedades, ascendía lentamente y a su impalpable contacto parecían fluidificarse los edificios, inmaterializándose, como en la ilusión de un sueño.

Juan Montaña, a los treinta y ocho años, era puro pensamiento. Pálido como un eremita, de facciones viriles y brilladora mirada, lacia la cabellera obscura plateada de precoces canas en los aladares y airoso el talante, como envuelto en un aura de majestuosa serenidad. Bajo el rigor de una intensa disciplina intelectual, había sido él solo el artífice de su propio cerebro. Conceptuoso en el decir, con la elocuencia lúcida y vaticinadora del hombre superior, escuchábasele como a un oráculo. Sus ideas remontábanse aquilinas a la cumbre de la suprema sabiduría. Era un predestinado, foco resplandeciente al cual iban a converger las energías espirituales de innumerables generaciones de hombres de talento que, al prolongarse en el tiempo, a la manera de una enorme parábola luminosa, irradiaban ahora el poderoso esplendor de su soberana belleza.

Espació la vista por la varia perspectiva. El titánico esfuerzo del hombre laborioso multiplicábase en las calles largas, estrechas y rumorosas, como gigantescas serpientes de cascabel. Percibió las fuerzas potentes de la magna colmena humana en su colosal actividad pugnando con denodada fiereza por centuplicar el rendimiento de la jornada fecunda. Y complacido, con el alma rebosante de fervor patriótico, vislumbrando el futuro de su tan amado país, repitió mentalmente la frase de su dilecto poeta: «sic, itur ad astra», ¡así se va hasta los astros!

El frío de la noche cercana oreó su frente. Dirigióse al interior de su bien alhajada mansión. A pesar de su fortuna, vivía solo como un ermitaño. Los vivaces trinos de unos canarios solían despertarle en las mañanas de claro sol, pero en aquel invierno desapacible y nebuloso, la luz del día penetraba muy tarde en sus silenciosos aposentos y él, entre libros y comodidades, soñaba despierto en sus dos eternas quimeras: La Patria, grande, sobre todas las granzas y Gardenia Ramírez, la criatura sin par ante cuya hermosura el espíritu más abatido reavivaba su esperanza.

Algo fatigado por el trabajo de su correspondencia, se arrellanó junto a la estufa en un cómodo sofá de su salón escritorio. Desde el hornillo de la elegante chimenea un gran trozo de leña, manso y sufrido, mantenía las tibiezas de un calor primaveral con deleitable uniformidad. La baja biblioteca de caoba, sencillamente tallada, sin claros en la nutrida librería, ocupaba todo el muro medianero a espaldas de la mesa de escribir sobre la cual un doble tintero de nítido y pesado cristal ostentaba en bronce una bella alegoría de Minerva, entre libros, papeles, diarios y revistas en desordenada profusión. En el muro opuesto, diplomas y cuadros de raro valor llamando la atención por su colorido brillante y técnica robusta, un pequeño paisaje serrano, obra de cierto novel autor nacional. Curiosos objetos de alfarería americana, toda una primorosa colección de cerámica y muebles de estilo indígena, vasos, portalibros y cofres, hallábanse diseminados por todas partes, cobrando singular relieve un arca hábilmente decorada con sierpes y aplicaciones de repujada plata en cuyo centro se veía un extraño medallón, simbólico amuleto contra males de amor. Y en un ángulo de la sala, la inmaculada desnudez de un artístico mármol suavizábase atenuada en la amable penumbra del rincón.

El sutil influjo del crepúsculo deslizó el pensar alado de Juan Montaña por la florida pendiente de su sentimentalismo amoroso. Propicia la hora, lisonjeaba sus anhelos en la dulzura de la evocación. Deleitábale el recuerdo de Gardenia Ramírez como si aspirara el aroma de un manojo de frescas violetas. Esa sedosa juventud en flor, era para él un jardín de delicias, su más elevada esperanza. Y recordándola, su corazón se quemaba como el incienso en el fuego.

Se levantó e iba a mirar de nuevo, vagamente abstraído, un poco soñoliento todavía, hacia el exterior turbio, cuando le anunciaron a un joven que deseaba verle.

—Encienda las luces—dijo al sirviente—y hágalo pasar.

Era un estudiante de jurisprudencia, alto y delga-

do, de ojos negros y vivaces, de actitud desenvuelta, algo desenfadada, pero correcta. Tenía su persona cierto aire de inteligente distinción, no obstante su pobre vestir, pues el obscuro sobretodo bien denunciaba en la visible decadencia de la tela su forzada sobrevivencia. Explicó en pocas palabras, rápidas pero elocuentes, las estrecheces de su vida sin porvenir en la gran ciudad, tantos eran los que, como él, pretendían doctorarse para empezar a luchar recién a los veintiséis o veintisiete años, ganándose irrisoriamente la vida, si se ganaba, por lo cual se decidía a abandonar los estudios convencido de que «este país no era tierra de promisión para universitarios» y deseaba emplearse en los grandes almacenes de cuya sociedad el señor Montaña era fuerte accionista y con cuyo apoyo contaba por haber sido él siempre un sincero amigo de la juventud laboriosa.

Agradaron estas últimas palabras al pensador, cuyo rostro se iluminó con íntima complacencia. Pero conteniéndose, repuso paternalmente:

— No hace usted bien en abandonar la carrera de abogado. Un título es muchas veces la mejor recomendación, sobre todo en nuestro país donde los universitarios, con razón, lo han sido y lo son todo. Los que no lo tenemos somos la excepción y recuerde usted que el título tan bien sirve que llega hasta justificar muchas cosas...

El joven, con sus grandes ojos fijos en su interlocutor, escuchaba sumisamente.

— Un diploma es a veces, entre nosotros, la mitad de la fortuna. Un universitario, no tiene rivales serios en su ubicación y en sus ascensos, goza de las preferencias para todos los puestos públicos... Mire, joven, no se acobarde y recíbase de abogado; aunque haya muchos, el país siempre tendrá lo mejor para ellos.

El estudiante se limitó a esbozar respetuosamente un gesto de duda y de desconfianza. Y cuando Montaña pareció terminar sus recomendaciones, insistió aquél en la protección que solicitaba.

Hízose un penoso silencio. Luego Montaña se dirigió hacia la chimenea, removió el fuego ya ruinoso que pareció protestar bajo la ceniza agujereada por las pústulas de las últimas brasas, volvióse al joven, le miró con detención y palmeándole la espalda, murmuró:

— Bueno, tal vez esté usted en lo cierto... Voy a darle la recomendación que me pide.

Cuando Juan Montaña se dispuso a salir, eran ya cerca de las diez y nueve. Se dirigió en su automóvil a la casa del senador D. Domiciano Ramírez, por quien estaba invitado a comer. El frío de fuera, al contacto de los cristales del coche, lloraba con un lagrimeo cándido y silencioso. La morada de los Ramírez hallábase frente a una plaza del barrio aristocrático. Adornada al estilo hispano del siglo XVII y armonizaba el más grato bienestar con el más puro refinamiento artístico. Desde el zaguán con sus zócalos y enlosados de mármol, el vestíbulo sobrio y austero con sus muros imitando piedra tosca y áspera, hasta sus salones de recepción con sus tapicerías de damasco, sus luces amortiguadas, sus intercolumnios, sus gobelinos auténticos, pinturas y valiosos objetos decorativos, sin ostentar la fastuosidad de otras mansiones señoriales, poseía sin embargo la moderna elegancia de una vivienda distinguida.

El padre de Gardenia, el senador Ramírez, oriundo de una de las provincias del Norte, había sabido amasar con inteligencia y viveza una regular fortuna. Delgado y elegante, con ojos audaces y aire de dominador, sabía llevar hidalgamente su verde viudez de viejo remozado, lo mismo en los salones del gran mundo que en el *boudoir* de la artista de cartel y, a pesar de sus años, era notoria su fama de bailarín, de tirador de armas y de fino escurridizo en los vericuetos de la política cuyos obstáculos salvaba con las delicadezas de su temperamento notablemente sutilizado ahora, después de ocupar durante tres períodos una banca en la Cámara de Diputados, amén de un lejano ministerio provincial que le sirvió de primer peldaño en su larga y prolífica ascensión pública. Sus dos hijos varones residían en esa época en París, gastando a capricho el dinero del padre. Vivía él con su hija menor, Gardenia, joven de veintitrés años, hecha de sombra y de luz como si la vida hubiérase complacido en burilarse perfecta en una estupenda magnificencia de belleza.

Cuando Juan Montaña entró en la salita, sintió bajo sus pies las melosas suavidades de la alfombra de un verde pálido sobre la que, en el centro de la habitación, una mesita primorosamente esculpida ostentaba un ramo de violetas grandes y blancas que embalsamaban el ambiente. Gardenia conversaba con su amiga Jovita Roldán, exquisita morocha de ojos luminosos por cuya mirada vivaz hablaba su espíritu ágil y tiernamente apasionado, y con un caballero a quien aquél ya conocía: Don Asdrúbal Judari, diputado nacional de mediana edad, cuya cara alargada tenía reminiscencias de cabra, elegante interterráneo rápidamente refinado en los laminadores de la moda metropolitana.

Fueron para Juan Montaña las atenciones más finas de los dueños de casa; sin embargo, el flamante personaje don Asdrúbal Judari procuraba con singular astucia captarse las simpatías de la joven heredera a quien audazmente cortejaba prevalido de cierta aureola proconsular adquirida en su provincia natal en la última asonada revolucionaria a cuyo fracaso había contribuído con su acerada entereza de hombre de acción.

Ramírez se llevó a Montaña a un apartado saloncito a fin de poder hablar más libremente. La lucha electoral por la renovación de la primera magistratura de la provincia iba a comenzar en breve. Los correligionarios encumbrados del partido Constitucional susurraban ya el nombre de Juan Montaña como el del candidato más viable para el alto cargo. El linajudo pensador no ofrecía resistencias serias. Sus condiciones indiscutibles daban a su actuación pública prestigioso relieve. La convención lo proclamaría sin mayores trabajos y el electorado daríale, sin duda, la mayoría de los sufragios, decía la figura suave del anciano aristócrata.

— Sí, mi querido amigo, con su nombre vamos a arrollar la fórmula del partido Popular. Y todos saldremos ganando.

— Menos la provincia — repuso jovialmente Juan Montaña.

Hízose una pausa. Como aquél permaneciera observándole en silencio, éste añadió:

— Las elevadas posiciones públicas poco me seducen. Carezco de esa ductilidad tan necesaria para ser un buen político. Sería menester llevar a mi lado a muchas nulidades por aquello de que los ceros a la derecha de un número aumentan su valor pero, como amo mucho a mi país...

Ramírez le interrumpió rápidamente:

—Piénselo despacio. Por lo pronto, cuente con mi adhesión entusiasta. Haremos obra patriótica.

Volvían ya al salón cuando Montaña se detuvo y con ademán atento y gesto reconcentrado, prosiguió:

—No, mi querido senador, prefiero vivir tranquilo; diga a los amigos que me dejen entre mis libros; allí vegeto modestamente y ofrezco menos blanco a las invectivas de mis enemigos.

—Pero si usted no los tiene. Y aunque los tuviera, más grande será cuanto mayor sea el número de éstos. Salga a la plaza pública, olvide su respectabilidad, luche con su gran talento y llegará donde tan joven no ha llegado nadie en este país.

—Sí; a la gloria, a la estatua anticipada que después se abandona en un rincón y sólo sirve para que la acribillen las moscas o para nido de las alimañas. No, no me marea el espejismo del triunfo. Prefiero la respetada soledad de mi alejamiento porque para llegar al éxito, muchas veces, hay que tener más de serpiente que de águila. Déjeme en mis alturas; allí respiro el aire puro y vivo oculto haciendo el bien a mi patria como la raíz de la planta que desde la obscura tierra florece a la luz de los cielos.

Mientras D. Asdrúbal Judari continuaba revoloteando con tenacidad de moscardón alrededor de Gardenia, Ramírez y Montaña se acercaron a ellos. Permaneció éste silencioso. Observaba a la hija del senador. Esta, al conversar con Judari, lo hacía después de entrecortadas pausas, algo recatada, como cohibida por las insistencias de su taimado interlocutor. Estaba divinamente hermosa aquella noche. Su tipo de rubia pálida, de cabellera bronceada, parecía hecho de caricias. Su traje de encajes y brocados de plata ornado con una hilera de perlas, realzaba la grácil armonía de su cuerpo lleno de vida palpitante en el tibio marfil asedado del escote y en el curvo nacimiento de los senos que sugerían dulzuras de fruto en sazón. Hablaba con un timbre de voz límpido que adquiría por momentos tenues vibraciones musicales. Es que, en verdad, en esa criatura de tan alta selección, el ideal humano realizaba su arquetipo.

Jovita Roldán acercóse a Juan Montaña y charló cortos minutos con él. Llegaron nuevos invitados y la reunión cobró mayor animación durante la comida que transcurrió en un ambiente de culta chismografía mundana.

Después de la cena, Juan Montaña consiguió apartarse un rato con Gardenia Ramírez hasta el jardín de invierno. Tiempo ha que la hija del senador había notado las asiduidades de aquél y no le desagradaba la silueta irreprochable, el perfil nazareno y la inteligencia original y respetada de ese elevado espíritu lleno de nobleza. Por otra parte, el galanteo de ese respectable era discreto, suave, dulcemente medroso. Empero, el alma de la joven, golosa de romance, parecía procurar hallar un amor raro, indefinible como sus imaginarios pesares y Juan Montaña, según lo pensaba ella, iría como la abeja sólo a buscar la miel en la corola de la flor, ignorando que aquel hombre la amaba con todas las ternuras de su corazón y las fulguraciones más puras de su pensamiento.

En esos instantes, mientras conversaba con ella, experimentó Montaña una sensación extraña: sufría y gozaba en presencia de esa arrobadora mujer cuya belleza pálida y su alma enigmática eran todo un poema de amor. Hablaron de cosas triviales; pero las miradas elocuentes del enamorado decían lo que callaban los labios. Alguien se sentó al piano. La música elevó sus corazones y a su imantado influjo, él la dijo:

—Al lado suyo, Gardenia, el tiempo se hace poesía...

Sonrió ella complacida y, algo turbada, bajó los párpados. El, entonces, alentado por esa actitud, prosiguió:

—Hay veces que estoy triste como un cielo sin luz. Sufro, Gardenia, de la nostalgia de su presencia. Sus miradas son para mí un néctar que embriaga mi alma y cuando no la veo, me desespero, me siento al escritorio y, pensando en usted, quisiera ofrendarle un madrigal hecho de rayos de luna, porque si el símil de su belleza corporal podría ser el de una rosa empapada de rocío, nada en el orbe tiene para mí un precio igual a la hermosura de su espíritu y no hay tesoro en el mundo, créamelo, que yo pudiera cuidar con más acendrado celo que usted.

Pronunció estas últimas palabras pausada y quedamente, casi al oído de la joven, con acento triste semejante al de una plegaria. Ella se ruborizó, guardó silencio y dulcemente conmovida, quiso sonreir, pero se encontró con la mirada ansiosa de Montaña que parecía aguardar una respuesta. Cohibida, eludió el velado fulgor de aquellos ojos casi en lágrimas. El tuvo entonces la confusa revelación de que ella tal vez no le quería y como si viviera en esos instantes, largos como un suplicio, un lúcido sueño, se reconcentró en la amargura de tan acerbo pensamiento. Presumió la joven el profundo sufrir de aquel hombre y condensó su repuesta en estas entrecortadas palabras que reavivaron algo la decaída esperanza del enamorado:

—No, Montaña... quizás más tarde...

La entrada de Asdrúbal Judari cortó el diálogo. Al verlos juntos, el semblante caprino del diputado se obscureció severamente ceñudo, pero reprimió rápido su desagrado ocultándole bajo el antifaz de una forzada sonrisa que más parecía una mueca. Se encaminaron al salón a escuchar las melodías que arrancaban del piano los dedos ágiles del instrumentista. Cuando terminó la música, Judari rogó a Gardenia que cantara alguna de sus romanzas. La joven, como alelada todavía bajo la impresión anterior, pareció no entenderlo; pero el ruego se generalizó y, entonces, acercándose al piano, pidió al maestro que le acompañara en «Una voce poco fa», de Rossini. Judari se apresuró a colocarse en frente de ella. Montaña fué a situarse en un sillón, entre el senador Ramírez y Jovita Roldán. Hubo un silencio de expectativa. Después de los primeros acordes, elevóse por todos los ámbitos el timbre de la voz de Gardenia, diáfano como el del más puro cristal, límpido como agua de vertiente. Judari la miraba con fingido entusiasmo, estimulándola con los ojos y, con la fruición de una sonrisilla gozadora en sus apretados labios incisos, parecía querer demostrarla seguridad de su enaltecedora conquista. Montaña escuchábala devotamente con cierto aire compungido bajo la impresión poco grata de su reciente entrevista. Y toda la concurrencia observábala en silencio admirativo cautivada más por la belleza de la joven que por sus destacadas condiciones naturales de soprano ligera. Pero llegó un momento en que la voz de Gardenia dominó a su auditorio. Adquirió afelpadas

dulzuras al apagarse en gradual desvanecimiento y cuando sus trinos maravillosos ascendieron en una escala de vibraciones purísimas, en el agudo final, produjo la impresión de que las cuerdas vocales de su privilegiada garganta fueran hilos sonoros de luz.

Si la sensación, al decir de los filósofos, es materia muerta sin el pensamiento, oyendo aquella música de Rossini cantada por la mujer de sus ensueños, sintió Montaña como si el espíritu de sus antepasados ilustres hubiera descendido sobre él. Recobró su apostura de hombre mundano y el dominio sobre sí mismo. Por misteriosa asociación de ideas vinieron a su mente, al hallarse en aquella reunión tan exquisitamente aristocrática, las opiniones simplistas de los vociferadores del rebaño social y sus discursos de baja estofa, tratando de nivelar en vano todas las cabezas, los juzgó en tales momentos como el asqueo de un regüeldo, convencido, ahora más que nunca que, a pesar de todo lo dicho por esos iconoclastas, habrá siempre cumbres en la historia de la humanidad. Fué tan imperioso el deseo de expresar su repentina cerebración que, a media voz, se lo dijo a Ramírez. El experimentado político, después de escucharle con íntimo placer, repuso también en voz baja:

— Es que usted, amigo Montaña, es más que un aristócrata, porque en su soberanía interior es donde reside su aristocracia.

Transcurrieron cerca de dos meses y las asiduidades de Juan Montaña alrededor de Gardenia Ramírez fueron acrecentándose, circunstancia aprovechada por don Domiciano para lograr vencer las resistencias de aquél y hacerle cabeza visible de la gran campaña electoral.

El candidato del Partido Popular, el abogado Ciriaco Leiden, carecía de los prestigios de su adversario. Era un tipo alto y corpulento, cuyo continente rezumaba la gravedad bonachona de un elefante amaestrado. De escasa ilustración, a pesar del diploma universitario, poseía un sin fin de cualidades negativas para medrar con éxito. Tenía el instinto de su ambiente, con ese buen sentido husmeador y defensivo que había pacientemente ejercitado en su larga vida de luchas obscuras, ingratas y hasta peligrosas. Aparecía ahora como director de la hoja vespertina «La Palestra» pero nadie ignoraba que él jamás escribía una línea, pues era agudo como punta de colchón. Disminuído cada vez más en el concepto público surgía no obstante triunfador, inexplicable paradoja que hacía exclamar al mordaz Ramírez:

— La grandeza de Leiden es como la de los agujeros, cuanto más se le saca más grande se hace.

Y a la sazón habíase tornado un temible rival de Juan Montaña. Este que sabía auscultar el fenómeno externo, reconocía sin embargo el valor negativo de su adversario y el de su plataforma electoral, tan adaptables a la psicología de las multitudes.

— La realidad — decíale a Ramírez — tiene raíces muy hondas en los limbos de lo fisiológico y lo orgánico. Leiden y los ases de su partido, saben prometer mucho bienestar; yo, empero, sólo difundo ideas, tal vez inasequibles al vulgo y por más que el hombre sea un animal metafísico, créame, tiene más de lo primero que de lo segundo. Por eso, Leiden triunfará y yo seré derrotado.

— Eso no es posible. El pueblo es ya bastante inteligente y la inmensa mayoría tiene que estar con un intelectual como usted — respondía su juicioso interlocutor.— Por lo demás, basta una sola guiñada para que los olfaturistas de misa y olla nos sigan a nosotros que estamos arriba, aunque sea rezongando como el trueno sigue al relámpago.

— Pero si la lucha, como supongo, se hace dentro de la ley; pues los gobiernos electores han pasado ya a la categoría de recuerdos históricos.

— Pamplinas, pamplinas... Esa decantada perfección de nuestras leyes electorales no es todavía para nosotros. Es muy fácil hacer política desde la calle Florida... Pero vaya a las provincias lejanas donde apenas llega un débil reflejo de civilización y me dirá usted si es posible hablar a las turbas analfabetas de sufragio libre... Sea cual fuere el partido que ascienda al gobierno, deberá transigir con los males que nos vienen del pasdo. Puede pedírsele que los disminuya, que mejore el régimen, que vaya desbrozando el campo político paulatinamente para llegar algún día a conseguir que la democracia sea una tradición, la república federal una verdad y la soberanía popular un axioma.

— Muy bien, pero debemos cooperar todos, gobiernos y partidos, a que ese día se acerque lo más pronto posible.

— De acuerdo, sin embargo por ahora, mi futuro gobernador, conformémonos, y ello es mucho, con que haya policía y justicia en todo el territorio de la nación.

Luego, inadvertidamente, corrieron la charla a más amenos asuntos y reía a cada rato Juan Montaña oyendo de su fino interlocutor la chismografía política con aviesas incursiones al campo social. El distinguido senador tenía en eso reputación excepcional. Refería sin inmutarse, como era su costumbre, plegando apenas los labios delgados en una mueca de malicia gozadora las travesuras del diputado Judari y al referirlas, los ojos del viejo se iluminaban con los fulgores de una fruición que al efervescerle adentro, parecía derramarse en aquella mirada untuosa que el relato sensualizaba crecientemente hasta provocar esa lágrima que en su córnea brillaba como lágrima de saurio.

Salieron juntos. A la puerta de la calle les esperaba el automóvil de Ramírez. Bajaron hasta la Avenida. El invierno despedíase con unos días glaciales. El ambiente manaba las humedades de una niebla rebelde que nimbaba las luces de los globos eléctricos con resplandores de ceniza luminosa. Volvían de los grandes edificios en construcción trabajadores dispersos, presurosos, metidas las manos en los bolsillos de sus chaponas de paño grueso, con ese andar silencioso del obrero que regresa de la ruda faena abstraído, o mirando a veces, distraidamente el lujo cicundante que suele darle la mayor parte de sus ideas.

— Voy al Congreso — dijo de pronto don Domiciano, — ¿Me acompañas? Tal vez no haya sesión y si es así, luego nos vamos juntos al club.

Juan Montaña prefirió dirigirse a su casa prometiendo ir a conversar con él después de comer.

La noche cerrada y desapacible hacía más deseables las íntimas comodidades del hogar. Decidido a caminar unas cuadras a pie, cruzaba Montaña la plaza San Martín por los senderos enarenados y húmedos bajo la arboleda envuelta en las tristezas de la niebla invasora. Los edificios de las aceras desvanecíanse en la bruma pegajosa iluminada a trechos por la luz opaca del alumbrado público. Cuando se aproximaba a la acera que da frente al Pabellón Ar-

gentino, sintió una mano aferrarse fuertemente a unos de sus hombros mientras su espalda era oprimida por el brocal de un arma. Oyó una voz rápida que le ordenaba levantar los brazos y en tono perentorio le exigía dinero. Dióse vuelta para satisfacer la exigencia del desconocido y entonces la luz le dió en el rostro.

—¡El señor Montaña! —exclamó estupefacto el asaltante.

Y guardó el revólver, desalentado.

—¿Quién es usted?

Y tomándole del brazo colocó al forajido de cara a la luz.

—¡Usted! ¡Sierra, mi recomendado!

—Sí, soy yo, señor, ¿qué quiere?... La necesidad... Con su carta me dieron un triste empleo que no pude desempeñar ni durante ocho días. Salí de allí, desesperado; no quise molestar más a nadie. Después de mil privaciones, decidí jugar el todo por el todo y me he lanzado a la encrucijada en busca del sustento... Y créame, señor, que por lo menos ahora no padezco hambre...

Hizo un esfuerzo heroico para mantenerse sereno. Juan Montaña no quería creer lo que veían sus ojos. ¡Aquel inteligente estudiante convertido en salteador, en un abyecto delicuente!... No, eso no era posible. Sacó de su cartera un billete de cincuenta pesos y se lo entregó, diciéndole:

—Venga a verme mañana a las once.

—¿No me denunciará, señor?

—Pienso ayudarle a que vuelva al buen camino.

Sierra tomó el billete, agradecido, estrechó con ambas manos la diestra de su benefactor y respondió con acento lleno de emoción:

—S, si iré, señor, gracias, muchas gracias.

Y a pasos rápidos se alejó en la sombra.

A la mañana siguiente fué puntual a la cita. Juan Montaña le recibió amistosamente. Animado el joven por el gesto amable de su protector, decidióse a hacerle sus confidencias revelándole las causas de su desgracia.

—Voy a referirle un retazo de mi mala vida murmuró estremeciéndose: —Soy solo; tengo otro hermano pero éste apenas se acuerda de mí. Vive en una chacra propia, allá en un pueblo de mi lejana provincia. Cuando vine por primera vez a Buenos Aires, él costeó mi viaje —de esto hace ya algunos años— y pagó mis primeros estudios. Después me desatendió por completo. ¡Usted no sabe cuánto he luchado y cuánto he sufrido para mantenerme decorosamente y costear mi carrera!... Nunca tuve suerte. Me he quemado la vista traduciendo artículos y cuentos extranjeros para diarios y revistas nacionales y apenas he ganado un mendrugo. Me ofrecí hasta para trabajar de noche en los clubs, en los garitos y la fatalidad parecía encarnizarse conmigo. Mis empleos duraban breves temporadas siendo despedido porque tenía ciertas exigencias reclamando horas libres a fin de poder continuar mis estudios. ¡He rodado por tantas partes!... ¡En los comités políticos he vendido mi voto tantas veces por una piltrafa de dinero para poder comer!... Ha habido días en que el cambalache se llevaba hasta mi última raída manta... ¡Carecía de todo, caído en la más negra miseria!... ¡Cuántas noches a la intemperie o durmiendo en un tugurio del arrabal truculento!

La voz le lloraba temblorosa al evocar su desgracia como si se resistiera a salir de la garganta.

—Es que los ricos no saben lo que es el hambre —prosiguió —y sobre todo, el hambre de la gente decente. El obrero, el que ha sido siempre un pobre patán, se conforma con cualquier cosa, le es más fácil hallar trabajo; pero el joven de buena familia, el que ha tenido un hogar modesto y ha andado siempre correctamente vestido, viviendo, no digo con holgura, pero sin estrechez, a ese la pobreza le acobarda primero, después le agobia y la miseria le mata al fin, si no se encanalla con una mujerzuela y vive de ella al margen de todo escrúpulo o se pierde para siempre en los antros sombríos del delito. Por fortuna, yo jamás caí preso...

Y terminó así, la mirada ardiente y translúcida, su terrible relato:

—Cuando uno está cansado de luchar sin esperanza y ve que la miseria le rodea por todas partes, se perturba, se enloquece y es capaz de cometer la mayores atrocidades.

Sus ojos se humedecieron de lágrimas. Montaña comprendió el drama de aquella triste existencia, buena por temperamento, pero carente de voluntad para sobreponerse a los embates de su aciago destino. Dióse cuenta de la gran injusticia social de la época contemporánea. El premioso mejoramiento de la clase proletaria a trueque del olvido inhumano de la clase media condenada a sucumbir en las más vergonzante orfandad. Sobrecogido de espanto ante aquellas pavorosas revelaciones, se expresó así:

—Si me promete usted enmendarse, estoy dispuesto a ayudarle. Necesito un secretario particular para mi campaña electoral ya próxima. Vivirá usted conmigo con un buen sueldo. ¿Acepta?

Y el gran pensador, el hombre bueno por excelencia, tuvo en aquellos momentos la certidumbre de que acababa de reparar una gran injusticia colectiva.

Poco tiempo después, en una mañana luminosa de templado sol, cerca ya de medio día, Gardenia Ramírez y Jovita Roldán se presentaron en la casa de Montaña y pidieron hablar con él. Fueron recibidas por el flamante secretario. Federico Sierra, después de haber salido de la áspera senda de la pobreza, habíase transfigurado. Sus facciones de buen mozo parecían haberse afinado en la tranquilidad de su nueva existencia, recobrado su porte la perdida distinción y vistiendo ahora correctamente efundía de toda su persona un aire de natural elegancia que no pasó inadvertido a las encantadoras visitantes. Como Juan Montaña hallábase ausente en esos momentos, conversaron con Sierra durante largo rato en amable coloquio como si hubieran sido los tres antigua relación, tal era la corriente de simpatía establecida entre ellos. Gardenia Ramírez pudo notar que Jovita Roldán parecía envolver en la dulce trama de sus románticos diez y nueve años a aquél joven de faz ovalada y pálida, de cabellera renegrida y ondulante, de finos labios sonrosados bajo el pequeño y obscuro bigote prolijamente recortado que imprimía a su apostura un timbre más de atrayente virilidad. Aquella niña de ojos sugeridores, graciosa y de tan culto trato, tan «chic» con su saquito de pieles y su coqueto «en-tout-cas» con cuya contera hacía invisibles dibujos sobre la alfombra, mantenía casi ella sola animada la conversación, risueña, expansiva, ruidosa como un pájaro con las garrulerías de su charla soñadora. Y Federico la escuchaba cautivado, respondía a todas sus preguntas; reía con ella

con respetuosa timidez, venturosamente impresionado por la candorosa vivacidad, la deliciosa frescura de aquella morocha de boquita roja como flor de ceibo, linda y alegre como una alborada de su tierra provinciana.

La llegada de Juan Montaña dió ocasión a que las jóvenes explicaran el objeto de su visita. Eran socias de la Archicofradía de Santa Filomena y su tarea consistía, esa mañana, en colocar entradas para una función benéfica a realizarse en un cine de moda. Montaña adquirió un palco cuyo precio abonó con amplia generosidad.

Mientras Jovita departía entusiasmada con su simpático interlocutor, aquél aprovechó la oportunidad de hablar a solas con la hija del senador Ramírez y en un ángulo del salón, con el fervor que le daba su pasión creciente, le preguntó un poco triste:

— Gardenia, en el calvario de mis esperanzas, ¿cuándo florecerán las rosas de su cariño?

Ella le miró con delicada ternura. De su belleza fluía sublime encanto. Sus ojos nostálgicos hacían soñar.

— Todo sufrimiento, tarde o temprano, tiene su consuelo — repuso. No deje caer acíbar sobre la miel de su corazón.

— ¿Porqué me condena a un eterno sufrir? Hizo ella un gesto de amable reproche. Y él continuó:

— En usted está el poder de convertir mis quejas en cánticos de regocijo, diluyendo mi honda pesadumbre en la gran alegría de su espíritu.

La joven no le miraba ya. Enguantó sus manecitas, blancas como puñado de lirios y como si empezara a comprender el gran amor de aquel hombre, con cierto mohín picaresco murmuró:

— ¿No estará usted subyugado solamente por la envoltura, por el ánfora que guarda la esencia del codiciado perfume?

Con mucha compunción, se apresuró él a disipar esa duda:

— Si llegara usted un día a ser una mariposa fatigada, venga a morir a la luz de mi corazón. Mi cariño por usted, Gardenia, es puro como el ideal y tan exclusivo que hasta las miradas de otros, cuando la admiran, me parece que me roban algo de usted.

Y pensó en Judari.

— Estoy quemando mi vida en el ara de mi pasión. Hay momentos en que creo soñar en algo divino y sólo comprendo, al fin, que sufro tal vez sin esperanza, dudando si Dios, al modelar ese cuerpo perfecto, le habrá puesto un alma...

Ella sentíase inmensamente halagada oyéndole hablar así, pero disimuló su sentimiento con el afán bien comprensible de toda mujer amada de asegurar el objeto de su cariño y al notar que se aproximaba Jovita, dijo sonriendo dulcemente y como bromeando en un tono más elevado de su bien timbrada voz:

— Mi buen Montaña, mire que el amor, según lo he leído, es peligroso como la fruta verde. Amárrese como Ulises a los palos del navío para que no le dominen las sirenas.

Tiró para atrás su fina piel de zorro plateado y cuando Jovita estuvo junto a ellos, Gardenia preguntó:

— ¿Irá usted a la fiesta?

El hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Luego, acompañó a ambas jóvenes hasta el ascensor, mientras Federico Sierra veíalas alejar experimentando una apacible sensación de alivio como si un fugaz rayo solar hubiera iluminado de pronto las lobregueces de su azarosa existencia.

El binomio de la fórmula constitucional, acompañado de algunos de sus más obsecuentes correligionarios, entre los que se hallaban el senador Domiciano Ramírez y el diputado Asdrúbal Judari, regresaba de una jira política por diversos pueblos de la provincia. Hubo discursos, ovaciones, banquetes, festivales, bailes, artículos encomiásticos, desempeñando Federico Sierra su puesto de secretario con una actividad ejemplar y con sorprendentes condiciones de inteligencia y honestidad. La propaganda electoral, a base de carteles, conferencias públicas, sueltos periodísticos y bombas de estruendo, comenzó a tomar después de la jira un cariz asaz agresivo. Los populares y los constitucionales menudeaban las reyertas en los reñideros de las improvisadas manifestaciones callejeras. No obstante, no se registraban todavía hechos sangrientos, salvo una que otra pendencia dirimida a cuchillo limpio en los comités del suburbio o en los fogones de los pueblos distantes de los centros urbanos, a raíz de una tramoya de naipes o de taba, olfateada, más bien que vista, por el sabueso tahur arrabalero. Se agilizaba aun más la propaganda en la capital federal a pesar de verificarse el acto eleccionario en la provincia. Es que aquella era el principal punto donde convergían y se reconcentraban los elementos áulicos de la magna elipse y movían desde allí, en las combustiones de una estupenda conflagración de intereses, los resortes de la máquina orquestal cuyo manubrio estaba en planos más elevados, afinado todo el mecanismo rigurosamente al diapasón político de la época.

En «La Palestra», los allegados a Leiden derramaban en cáusticos sueltos periodísticos contra Montaña y su partido, toda la acre virulencia de su vocinglería, inflamable como yesca.

— Esto es lo que se gana con meterse en tales patriadas — exclamaba indignado el candidato constitucional. Cualquier pelafustán se cree con derecho a manosearnos y a atribuír a nuestros actos las más pérfidas intenciones. No conciben actuando en la vida pública sino al pícaro, al embustero, al traficante de conciencias y nos colman de denuestos escupiéndonos toda la babaza de su deslenguamiento.

— No preste oídos a semejantes torpezas señor — solía contestarle Sierra. — Siempre los pasquines han sido la bilis de los despechados.

Ramírez era el alma de la campaña electoral en su carácter de presidente del comité del partido Constitucional. El viejo senador, ducho en achaques de esa índole, desempeñábase con su habitual zorrería haciendo juego difícil de volatinero en el vasto escenario político para poner en movimiento lo mismo al figurón de rancia prosapia que al mísero postulante, deleznable figurilla de barro, al agresivo malevo del suburbio que al gaucho bravío arrancado a la ruda labor de los campos.

En los comités reinaba gran efervescencia. Cambiaban los concurrentes sus impresiones rápida y acaloradamente. Algunos manifestaban sus temo-

res, sus esperanzas otros, y al compulsar el acervo electoral de cada agrupación, se concluía en el convencimiento de una victoria segura de sus parciales o de una derrota definitiva del adversario.

Días antes de la elección, el desconcierto pareció cundir en las filas de los constitucionales. El jefe de policía, influenciado por el diputado Judari cuya antipatía por Montaña era cada día más honda, había presentado la renuncia por desinteligencia con Ramírez y corría el rumor de que hallábase dispuesto a trabajar en favor de la fórmula popular. La mala noticia le fué transmitida a Montaña a altas horas de la noche mientras leía algunos telegramas en la biblioteca del club. Cuando regresó a su casa, fatigado como nunca y hastiado de tanto tripctaje, le causó extrañeza ver iluminado el aposento de Federico. Eran cerca de las dos de la madrugada. Abrió la puerta y halló a su secretario sentado al escritorio y de codos sobre la pequeña mesa profundamente abstraído en la lectura de un grueso volumen. Al notarle, éste se sorprendió y púsose de pie.

— ¿Leyendo? — inquirió Montaña.

— Estudiando, señor. He vuelto a los libros... pienso recibirme de abogado antes de un par de años.

Sus ojos negros translucieron la firme resolución dada aquella tarde a Jovita Roldán quien había escuchado, enamorada ya, con ansiedad angustiosa, de los labios del estudiante, la confesión plena y sincera de la vida de éste.

— Sí, señor, quiero salvar pronto los obstáculos— agregó — porque ahora a mi vida la impulsa un gran anhelo...

Montaña hizo un gesto de complacencia, le alentó en sus propósitos y se retiró a descansar.

El día de las elecciones pasó relativamente tranquilo. Sólo los comités de ambos partidos entraron de lleno en sus momentos álgidos de actividad. Los candidatos y sus conspicuos adeptos con inocultable emoción preguntaban, inquirían febricitantes, buscando en la noticia del último correvedile la información que retemplara sus esperanzas o acallara la penosa incertidumbre de su espíritu. La victoria había quedado librada al azar del cuarto obscuro, donde el pueblo electoral, pero no el soberano pues más de la mitad abstteníase de concurrir a los comicios, había ido a revelar el voceado secreto de sus simpatías políticas.

Corría el mes de octubre. La primavera zahumaba el ambiente con el aroma suavísimo de las florestas. La desnuda ramazón de las arboledas vestíase de lozanos renuevos poniendo un tinte de grata coloración a las calles y los paseos públicos. La nota multicolor de los geranios florecidos decoraba los balcones de las casas. Los macizos de los parques se engalanaban de rosas y el jazmín, en los patios coloniales, trepador sobre el viejo zarzo, bajo las caricias del tibio sol, prometía ya en la vistosa lactiflora de sus estrellas en botón, la oleosa fragancia con que incensa al plenilunio enamorado en las románticas noches estivales.

Terminado el escrutinio, a la fórmula del partido Constitucional correspondió la mayoría de los electores. Estaba fijada la fecha para la reunión del colegio electoral y ya nadie dudaba del triunfo bien ganado de Juan Montaña, cuando comenzó a circular el rumor de que los doce constitucionales que respondían al diputado Asdrúbal Judari, habían planteado una disidencia. Peligraba la victoria conseguida después de tan ímproba labor. Para el lado que se inclinaran aquellos doce apóstoles del sufragio libre, se inclinaría la balanza. Entrevistas, cabildeos, promesas, exigencias, amenazas, choques de pasiones airadas, toda la gama de colores de la politiquería criolla, salió a relucir manchada con el limo surgido del fondo de ciertas conciencias abominables.

El viejo Ramírez no se daba momento de reposo. Mayores temporales había cruzado con sólo su astucia por timón y había arribado a puerto seguro. No obstante, las dificultades no se zanjaban. La sorda labor de Judari, misteriosa y potente, daba sus frutos. Cómplices invisibles habíanse movido en la sombra desarrollando con manos expertas la red de sus designios ocultos. Montaña, una vez más desencantado, veía reverdecer la eterna cizaña. El ideal, que debiera ser la estrella guiadora de todos los partidos políticos, ahogado por los apetitos egoistas de unos pocos, rabiosos de predominio, debatiéndose con feroz encarnizamiento para apoderarse del gobierno; mientras el país, angustiado bajo la gravitación de sus sufrimientos, los contemplaba estremecido de sorda cólera pensando que todos eran lo mismo. Habíase encomendado a Ramírez y éste tenía aquella mañana una entrevista con el diputado Judari en el recinto de una de las comisiones del Senado.

Trató el astuto senador con palabras persuasivas de disuadir al ya formidable correligionario. Hizo la apología del candidato y rememoró las glorias y los sacrificios del partido. Judari le escuchaba en silencio, con aire cauteloso. Odiaba a Montaña con odio reconcentrado y profundo; tenía la convicción íntima de que por su causa había perdido a Gardenia para siempre. Y cuando oyó celebrar al senador regocijado de que al gobierno llegara un intelectual de la talla de aquél, saltó como un felino y le interrumpió, con sorna:

— ¡Los intelectuales! Así son todos: flojos en la lucha, insensibles en la labor, malos en el éxito. En el gobierno un constante fracaso; en la oposición, eternos revolucionarios... No han dado nada a la labor común. El país se ha engrandecido sin ellos y a despecho de ellos. Ninguno ha arado un palmo de tierra, ni importado un reproductor, ni fundado un establecimiento de comercio o de industria, ni sabido conservar siquiera lo recibido de sus padres. No han traído al trabajo nacional el contingente de una idea nueva, de un procedimiento o de un método mejorados...

Ramírez le escuchaba absorto. El otro mientras tanto continuaba desarrollando su rudo juicio:

— Les gusta la vida cómoda, fácil, ostentosa, dilapidadora; ganar sin esfuerzo y gastar sin medida. Pero el título les ampara; son la inteligencia nacional, la clase directiva, los primeros en todo. No admiten superioridad, aunque jamás prueben que la tienen realmente...

Hizo un gesto de supremo desprecio y pareció abarcarlos a todos como si los triturara bajo su invisible bota de caudillo.

Repuesto el viejo senador de aquella terrible andanada, repuso en tono de amable reproche:

— Sin embargo los intelectuales cuentan con la adhesión, al menos latente, de la inmensa mayoría del país. La opinión ilustrada tiene puesta en ellos su esperanza. Harta está de nosotros, políticos diablos, como nutrias para las escondidas... Y alguna vez, amigo Judari, hay que satisfacer a la opinión.

Judari le escuchaba desagradado. Sentíase fuerte y audaz. Sabíase acostumbrado a dominar allá en el modesto escenario de su terruño y ya le parecía verse bruscamente elevado a más despejadas alturas. Era la brillantez de ensueños de mayores conquistas que espaciaban su imaginación por el amplio horizonte de sus ambiciones agrandadas. Y con la conciencia de su fuerza, humillando a Montaña, adquiría la certeza de su feliz porvenir.

— Vea, don Domiciano, la opinión, a veces, suelen hacerla los diarios y salvo uno que otro cuzco mordedor, los grandes han adoptado la misma actitud de cansancio y de pasiva tolerancia. Nunca creí en los intelectuales como hombres de gobierno y menos en los de ahora. Yo no seré muy ilustrado, Don Domiciano, pero para mí nuestra intelectualidad es como la planta de papa, lo mejor es lo que está bajo tierra. Sí, mi senador, fueron esos, nuestros ilustres muertos, los que han hecho la patria, los intelectuales de ahora no son más que fuegos fatuos...

Cuando ya la entrevista tocaba a su fin, el viejo Ramírez había elaborado mentalmente su plan salvador. Hizo una nueva, débil tentativa pero sin esperanza sabiéndole a Judari irreductible por el momento. Se despidió ceremonioso en el gesto y en el ademán y con acento suave, casi rumoroso, pronunció estas últimas palabras:

— Mi estimado Judari, espero que antes de mañana cambie usted de opinión y lo encuentre como siempre con nosotros.

A la noche, conversando con Montaña le refirió la nerviosa entrevista, pero había puesto ya en práctica su proyecto de reducir a Judari y podía expresar ahora satisfecho:

— Ya lo tengo al lobo por las orejas. Bien sabía yo que ese no podía faltarme.

Llegó la fecha de la reunión del colegio electoral, un día de sol apacible bajo el cielo, lavado en un azul de zafiro de la más pura diafanidad. Un vago temor, una rara sensación constrictiva, acometió ese día a Montaña, no obstante la conciencia de su propio valer y la ilusión de su merecido encumbramiento.

Después del almuerzo hizo venir su automóvil, llamó a Sierra, y para distender un poco los nervios, juntos se dirigieron a Palermo. Valía la pena saturarse de oxígeno en la gran alegría reconfortante de los hermosos jardines florecidos. Durante el trayecto, Montaña permaneció silencioso. Solamente se oía la voz del secretario mezclada con el sordo rodar del auto sobre el macadam alquitranoso de la Avenida. Un momento aquél pareció abismado. Recordaba, sin quererlo, la historia de toda nuestra política. Imposible, pensaba, juzgar de nuestras cosas con criterios extraños o según las sugestiones de una regular lógica. Recién ahora comprendía cómo había que ser. Nuestros grandes figurantes fueron, casi todos, hijos de nuestros despropósitos. Las revueltas les hicieron y empujaron para arriba. Sin ellas no hubieran pasado de personajes de aldea. No tenían adentro para más. Estéril sangre la derramada a no ser para hacerles el ambiente que ellos deseaban de todo corazón y necesitaban so pena de asfixia. Desplegaron así sus cualidades de lo que aquí llaman hombre enérgico y de valor. No fué la acción del pensamiento, como en otras partes, sino la acción primitiva de la fuerza la que se impuso... Se agrandaron entonces y mostraron así sus condiciones de verdaderos pájaros de tormenta. Eso era Asdrúbal Judari: pájaro de tormenta... El odio impuesto por el coraje.

Habían llegado al parque. Descendieron del auto y anduvieron un rato a pie por los senderos del Rosedal. A poco, de otro auto bajaron Gardenia Ramírez y Jovita Roldán. Las divisaron desde lejos. Montaña no pudo contener una exclamación de grata sorpresa. Sonrió Sierra maliciosamente. Antes de salir se había comunicado por teléfono con Jovita y ésta, deseosa de estar cerca de él, había ido a buscar a Gardenia con el pretexto de llevarla a tomar un poco de sol a Palermo.

Reunidos, hablaron breves momentos de temas generales. Mientras caminaban, percibían el aroma de las rosas en leves ondas balsámicas. Una tenue brisa rizaba las aguas del lago. El césped humedecido tenía coloraciones tiernas de terciopelo esmeralda. Algunas golondrinas en el aire límpido giraban en fúlgidos revuelos. Involuntariamente, charlando, fueron internándose en parajes solitarios donde la agreste naturaleza parece invitar a los enamorados a confiarle sus querellas íntimas. Jovita y Federico se alejaron aún más, como a buscar un retiro predilecto a los alborozos de su secreto entusiasmo, con el alma regocijada en los transportes de su mutua esperanza.

Gardenia y Montaña sentáronse en un banco ubicado en el recodo oculto del camino, a la sombra de los primeros árboles del bosque. Sobre la mata fina de gramilla medraban algunas madreselvas en flor. Nadie los veía. La soledad llamaba allí a la emoción. Montaña fué el primero que rompió el silencio.

— Tengo el pensamiento y el alma colmados de usted, Gardenia...

Ella no respondió. Levantó la cabeza y aspiró la brisa fresca, tamizada de impurezas al atravesar el ancho filtro de la arboleda. La faz pálida de Montaña se tornó sombría. Vibraban sus nervios en una inquietud indifinible. Entonces con frases entrecortadas, temblorosos los labios, balbuceó sus quejas, pero sus palabras marchaban a la zaga de sus tumultuosos pensamientos. Miró a Gardenia como alucinado y la vió más bella que nunca a través de la penosa incertidumbre de no ser acaso correspondido. En la duda cruel, su amor se acrecentaba nutriéndose de su propia desesperación.

— Mi cariño es más poderoso que mi voluntad y me arrastra hacia usted con fuerza irresistible.

Ella continuaba silenciosa. Sentía marcador el aroma penetrante de las hierbas húmedas bajo la templada radiación solar. Aproximóse Montaña junto a la joven, hasta rozarla casi. La respiración de ésta se tornó anhelosa y su seno, nuevo, de flamantes turgencias, palpitó acelerado al impulso de la profunda turbación que la dominaba. Casi al oído hablábale ahora Montaña, febriciente, relampagueantes sus ideas en la tormenta íntima. Había tanto fervor en esas cálidas palabras, tanta sinceridad en el inmenso amor de ese hombre superior, que aquella virginal lozanía al dejarse tomar una de sus manos diminutas y temblorosas, sintió llegar a las recónditas profundidades de su ser la opresión cordial en un

estremecimiento contagioso. Los apremios de su corazón joven y predispuesto a los entusiasmos del sentimiento, le hicieron perder el dominio sobre sí misma. Desbordaba en el otro la contenida pasión y Gardenia se dejaba llevar como una débil brizna arrastrada por el viento.

— ¿Quién puede quererla más profunda, más firmemente que yo?...

Aumentó el fuego interior en la crítica expectativa de la suprema respuesta. Un extraño fulgor de felicidad subió a las pupilas de la joven y se difundió por el azul casto de sus ojos. Sentía como un velo que se descorriera en su alma y vislumbraba un paraíso de cosas ignoradas, desconocidas, pero ya vagamente presentido desde el callado monologar desu nubililidad. Bien comprendió ella que él la había guardado en lo más oculto de su corazón, inmaculada, adorándola como a la hostia santa en el incensado recinto del sagrario. Y se recriminó entonces por sus deliberados silencios, por el propósito hostil de extinguir esa pasión honda y buena que a ella también la quemaba con igual intensidad, esa pasión que era ahora su único halago, la dulce razón de su vida. Su rostro de fina palidez cubrióse de repentino sonrojo. Ardían sus sienes al calor de la llamarada pasional. Temblaba todo su cuerpo. Luego, le pareció experimentar un invencible adormecimiento y cuando pronunció con voz leve como un suspiro, la palabra tanto tiempo anhelada por él, creyó percibir el alma del amado en el beso dulce y profundo que éste posó sobre sus labios y que ella devolvió apenas, los ojos llenos de lágrimas, rendida en el deliquio fugaz.

Suavísimo soplo acarició lánguidamente las hojas de la arboleda, que susurró con timidez como si tradujera en su leve murmullo la honda ansiedad de aquel alma virgen que ardía en la hoguera de su primer amor.

De regreso, Montaña y Sierra encontraron al senador Ramírez paseándose visiblemente agitado por el salón escritorio de la casa de aquél.

— ¿Qué ocurre, mi querido senador?

— Lo he estado buscando por todas partes...

Luego, con acento de mal reprimida cólera, agregó:

— Judari se ha impuesto... Los doce convencionales votaron por Leiden.

— ¡Derrotado, entonces! — exclamó Montaña.

Y reaccionando en seguida, no quiso dar al suceso mayor transcendencia.

— No importa, mi querido Ramírez. Hoy he obtenido la victoria más grande de mi vida.

Y antes de aquél se repusiera de su profundo estupor, terminó:

— Sí, Gardenia y yo nos hemos comprometido... Tengo el honor de pedir a usted la mano de su hija.

La faz del anciano se iluminó con una sonrisa de inocultable complacencia. Acercóse a Montaña, oprimió su noble diestra entre sus manos trémulas y dominado por un sincero enternecimiento, le abrazó mientras pronunciaba algunas palabras benevolentes.

Después de esa incontenible efusión del afecto, Montaña prosigió:

— En cuanto a lo otro, mi querido senador, ya no me toma de sorpresa. Aquí se sube por razón de los defectos y no de las condiciones que en otras partes determinan el ascendiente. Con leyes buenas o malas la casa Rosada y el Parlamento continuarán por mucho tiempo siendo dos grandes buques náufragos... La opinón general saldrá por centésima vez defraudada creyendo haber hecho siempre la última infortunada tentativa reaccionaria. Es que el mal está más hondo, hay que buscarlo en las raíces lejanas de la raza...

Luego, irguiendo su majestuosa figura de profeta, a paso de sonámbulo, aproximóse al balcón, abrió las puertas de par en par y el oro del sol poniente al besar la biblioteca envolvió a Juan Montaña en un esplendor de apoteosis. El viejo senador contuvo un grito de admiración y aquél, como hablando consigo mismo, continuó:

—Estoy fuera de ambiente... Nuestro progreso político sigue siendo una selección al revés... No es el águila, es el albatros, el hombre de la política argentina.

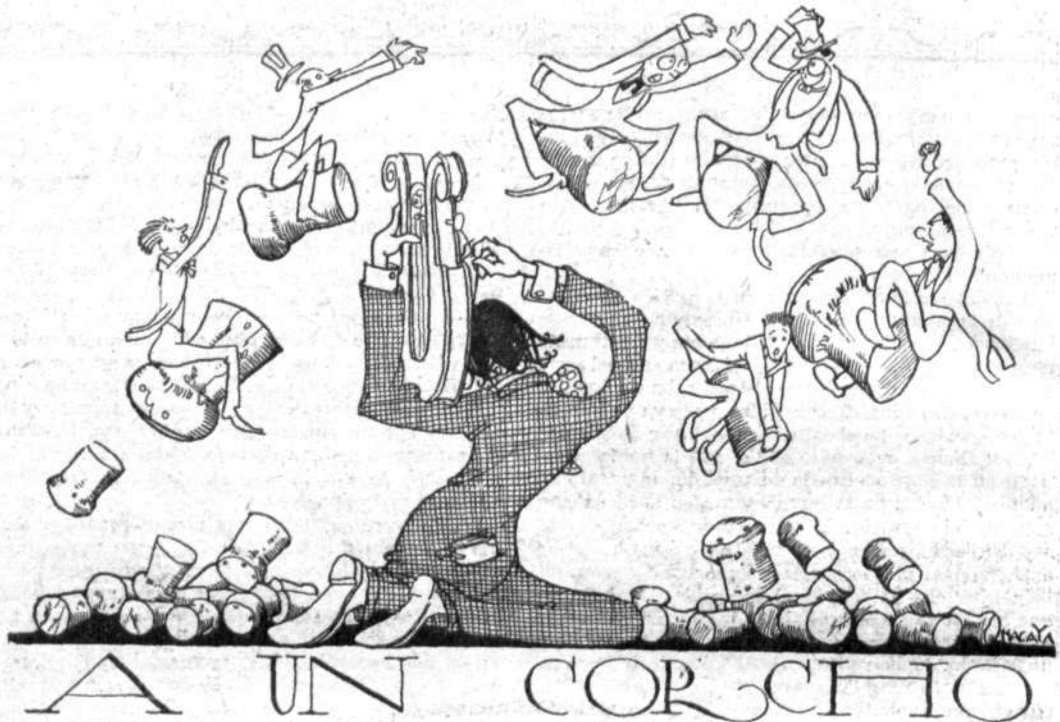
Cruzó por el cielo una nube cenicienta y veló la luz. Fué una sombra fugaz. Volvió el sol a brillar nuevamente y en la colosal radiación de sus fuegos, Juan Montaña lo vió como un fanal gigantesco reverberando sus glorias sobre esta, su amada tierra del porvenir.

CONRADO MAGNASCO

Clarita. — ¡Pero Julia y Miguel se han comprometido! ¿Sabe él la edad de ella?
Irene. — Sí... Creo que una parte...



El. — ¡Yo quisiera que no aceptaras más dulces de Antonio!
Ella (friamente). — ¿Celoso?
— No... Es que sus dulces me han hecho daño...



A UN CORCHO

Con voz, ya de titán, ya lastimera,
tranquilo o estruendoso,
canta de esta manera
un poeta corchoso.

¡Pedazo de alcornoque! Calumniado
tapón por todo el mundo despreciado,
ven y, en secreto, dime:
¿Jamás, en tu modestia, has sospechado,
que eres genial, magnífico y sublime?
Por tu insignificancia,
por tu falta de orgullo y de jactancia
ciertos bardos ilotas
no te dedican odas ni sonetos,
y tú, impasible, flotas
como algunos sujetos
que se dejan llamar analfabetos
y se ponen las botas.
¡Tú desprecias anhelos y ambiciones
y nunca te las pones!
Flotas, y eso es bastante
corcho descomunal, corcho gigante,
corcho famoso en todas las naciones.
¿Quién, como tú, descuella
tapando una botella?
Te aproxima a la llama, te ennegrece,
si la ocasión se ofrece,
y se pinta la cara el candombero,
pobre corcho sin hiel, corcho sincero.
A pesar de que vales
más que muchos mortales,
no has sido concejal ni consejero,
porque odias la mefítica
atmósfera política.
Como a igualarte aspiro,
noble y humilde corcho, yo te admiro.
Ni hilos de plata entorcho,
ni busco el mando, ni el placer me llama,
ni soy banquero ni preparo un drama;
¡yo quisiera ser corcho!
Corcho honrado y modesto,
corcho sin pretensiones, corcho honesto
que ignoras lo que son filosofía,
ingenio e ironía;
corcho que no discurres ni razonas
ni te descorazonas;
corcho que no calumnias ni bromeas
y, por lo tanto, nunca macaneas;
corcho que ni lo serio ni lo fútil
averiguas si es útil o es inútil;
corcho que en las sesiones y asambleas
te pudres en silencio;
corcho ¡te reverencio!
Atrevidos, audaces,
insolentes, procaces,
he visto algunos hombres
(y de lo que refiero no te asombres,
si es que un corcho se asombra) que querían
ver si los elegían.
¿A qué citar los nombres?
Con furor insensato
éste habla, aquél perora, el otro grita
y tú ¡oh corcho! no fuiste candidato.
Eso es lo que me irrita.

DIBUJOS DE MACAYA







Círculo Valenciano



Vista parcial de la selecta concurrencia femenina que asistió al baile de disfraz realizado en el Círculo Valenciano.

Club Sportivo Barracas

Familias de los asociados que asistieron al brillante baile de disfraz organizado por la Comisión Directiva del prestigioso Club, clausurando las tradicionales fiestas de Carnaval.

DOS TANGOS de E. DELFINO
EN UN SOLO DISCO (Nº 18093)

POR EL DUO
GARDEL-RAZZANO

¡SE ACUERDAN MUCHACHOS!....
Letra de P. SUERO
(SOLO GARDEL)



Discos Dobles NACIONAL
Las Novedades de la Semana y los Exitos en boga.

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Disco doble «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25

18093 { **FRANCESITA.** Tango. (Solo Gardel). Vacarezza-Delfino.
SE ACUERDAN MUCHACHOS! Tango canción. (Solo Gardel). Suero-Delfino.

18091 { **Sacate la Caretita.** Tango. (Caruso-Cosenza-Schumaker).
El Consentido. Tango. Iribarne-Millán.

18092 { **¡¡Sombras!!** Tango. Servetto-Pracánico.
Príncipe. Tango. Giménez-Aleta-Tuegols.

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica y Jazz-Band
Discos dobles «NACIONAL», 25 ctms., a $ 3.—

6240 { **El Viejo Vizcacha.** Tango. Típica, con serrucho. A. Omar.
My Love. (Mi amor). Shimmy. Jazz-Band, con serrucho. U. Toranzo.

6241 { **Ambiciosa.** Tango. Típica, con serrucho. J. Martínez.
Vida Mia. Tango. Típica. N. Kotliroff.

ELEUTERIO YRIBARREN
American Jazz-Band

8019 { **Annabelle.** Shimmy. R. Henderson.
Anoche en un Taxi. Shimmy-Fox Trot. Brown.

8020 { **Zazá.** Shimmy-Fox Trot. R. de Buxeuil.
Blue Hoosier Blue. Fox Trot. Meskill-Baer.

ORQUESTA TIPICA "PACHO". (Juan Maglio)

7417 { **Congojas.** Tango, con serrucho. J. Maglio.
Desahuciado. Tango, con serrucho. Giovinazzi-Grupillo.

IGNACIO CORSINI. (Con acomp. de 2 guitarras)

225 { **Sacate la Caretita.** Tango. Caruso-Cosenza-Schumaker.
Mi Alazán Tostao. Estilo. A. Río.

LOLA MEMBRIVES
(Con acomp. de orquesta Maestro JOVES)
Disco doble «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25

10445 { **Ya Viene Clariando el Dia.** Chacarera. C. M. Portela.
Sos Tan Bonita. Zamba. A. R. Avilés.

FRANCESITA
Letra de A. VACAREZZA
SOLO
GARDEL



Fonógrafo Glücksmann sin bocina
La máquina parlante más barata que se ha fabricado por su estilo, sonoridad, elegancia y solidez. Con 200 púas . . . $ 45.—



MAX GLÜCKSMANN
CALLAO Y Bmé MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA Y LAVALLE

Nuevos Discos Nacional

ROSARIO
CÓRDOBA 1048



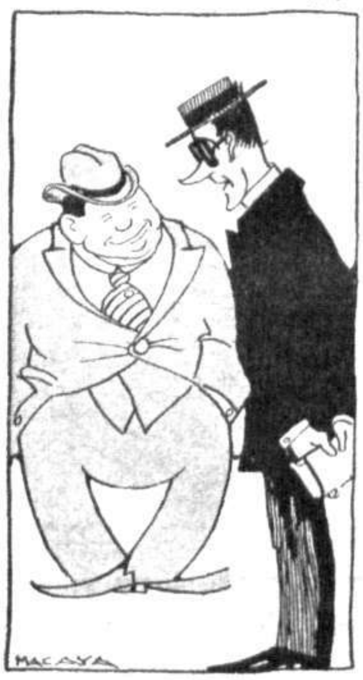
MONTEVIDEO
18 de JULIO 966



DICHO Y HECHO, POR MACAYA

LA RENUNCIA DE BRAVO

— Me voy, porque mi dignidad lo exige. ¿Es justo o no es justo?



DE LAS ELECCIONES

—¿Cuántos votos obtuvo usted?
— Tres.
— No me parece mucho.
— Para un idealista es lo suficiente. Los idealistas nos contentamos con muy poco.



El nuevo escudo de la ciudad de Buenos Aires ideado por Noel.



EN LA CALLE

Palacios. — ¡Hola, amigo! ¿Hacia dónde va?

Bravo. — Derecho por ahí.

Palacios. — Le acompaño. Seguimos el mismo camino.

LA BELLEZA IDEAL

Lo qué es y cómo poseerla.

No ha leído usted nunca una novela cuyas páginas iniciales han despertado poderosamente su atención, por la similitud de sus circunstancias o de su carácter con el de la protagonista?...

Y más adelante, en la cuarta o quinta página, ¿no ha leído usted un párrafo ponderativo de los encantos físicos de la heroína, diciendo, más o menos:

"Su cabello, de brillantes ondas, orlaba su hermoso rostro de cutis límpido, fresco y sonrosado".

Velaban sus grandes ojos largas y sedosas pestañas; y en su boca perfecta jugueteaba una sonrisa, mientras deshojaba una blanca rosa, cuyos pétalos hacían resaltar la blancura inmaculada de su fina mano, etc., etc.»?...

Seguramente, al terminar ese párrafo, ha de haber usted suspendido la lectura para comparar su físico con el de tan exquisita criatura...

¿Cuáles fueron los resultados de su análisis?... ¿Resultóle muy desventajosa la comparación?... ¿Acaso no encontró un solo detalle en su apariencia digno de parangonar con tales encantos?... Y entonces, imposibilitada ya de seguir identificándose con la heroína, la novela pierde mucho de su interés inicial...

Pero, ¿por qué no piensa usted que, con un poco de paciencia y constancia, sin necesidad de recurrir a medios artificiales ni costosos, puede usted realizar en sí misma el milagro de tan ideal belleza?...

Por supuesto, no le es posible cambiar de facciones: pero note que la descripción no hace precisamente referencia a las facciones de la heroína. Pondera sus ojos, sus manos, y, sobre todo, sus cabellos y su cutis, primordiales atributos de belleza femenina.

Puede usted lograr que también su cabello sea brillante y ondulado,

si, para lavarlo, en lugar de jabones y shampoos en polvo ya preparados, que resultan la mayoría de las veces perjudiciales, usa simplemente stallax. Confiere al cabello una suavidad, brillantez y ondulación sencillamente admirables. Si, por haberlo maltratado, su cabello está opaco y escasea, no deje de probar esta sencilla receta, cuyos resultados la sorprenderán.

Pero — volviendo a la heroína — se preguntará usted ansiosa: ¿Cómo obtener un cutis límpido, fresco y sonrosado?... Y, sobre todo, ¿cómo conservarlo a través del tiempo y de tantos agentes exteriores que lo perjudican?... Esto ha de parecerle imposible, ¿verdad?... Pues no lo es. ¡Ni siquiera es difícil!...

Hay verdad en muchos proverbios; y toda la moderna ciencia de la belleza está basada en la verdad de aquel que dice:

"La hermosura tiene sólo la profundidad de una capa de cutis".

Debajo de su actual cutis — por manchado, áspero y descolorido que usted lo vea — existe un cutis nuevo, fresco y rosado, cual el de un niño. ¿Cómo sacar esa capa de materia muerta, tan fuertemente adherida, que lo aprisiona?... Naturalmente, el cutis del rostro no admite tratamientos enérgicos. Se ha descubierto que la cera pura mercolizada (pure mercolized wax) contiene oxígeno y es bien conocida la potencia destructiva de toda materia muerta que el *oxígeno* encierra. Aplicando, sobre el rostro y cuello, inmediatamente antes de acostarse, cera mercolizada, extendiéndola como si fuera cold-cream, será absorbida imperceptiblemente toda la cutícula muerta que adherida a flor de piel es causa de palidez, manchas y arrugas y quedará a la vista la piel nueva luciendo toda su fresca y rosada belleza.

No se desespere usted tampoco si afean su rostro barrillos grasientos y porosos.

¡Es tan fácil extirparlos!... Un simple lavado del rostro con agua estimolizada, preparada con una sola tableta de stymol disuelta en un vaso de agua, bastará para librar su rostro de tan feos defectos. Y los buenos resultados, que usted obtendrá de inmediato con este tratamiento, se convertirán en permanentes si lo repite unas cuantas veces con pocos días de intervalo.

La excesiva palidez de su rostro,

quizás, sea un factor que contribuya a quitar a su persona uno de sus mayores encantos. En ese caso debe hacer usted uso del rubinol, que no es uno de los tantos coloretes que se expenden en el comercio con el nombre de carmín o rouge. El es, en cambio, un preparado de tan especial naturaleza que, al mismo tiempo que ni el más experimentado ojo puede notar su aplicación, da al cutis de la cara ese sonrosado colorido natural, tan propio de la primera juventud y que nos permite hacer un paralelo entre los colores de un niñito y los de una rosa en flor.

Si tiene usted el buen tino de evitar el uso de cremas y polvos costosos y recurre a las simples substancias enunciadas — conocidas de tan antiguo — a las dos semanas de tratamiento podrá también ser aplicable a usted la elogiosa descripción de la bella heroína... Sus encantos merecerán la ponderativa admiración de cualquier crítico, que, por observador que fuera, no podrá dudar de su naturalidad ni sospechar siquiera que ha sometido usted a tratamiento su rostro y cabello.

EL TRABAJO INTELECTUAL

Si hay una labor improba y extenuante, que atormente el espíritu es la intelectual; labor que presupone los más rudos esfuerzos del sistema nervioso, el desgaste — invisible, pero rápido — de la máquina psíquica. El escritor, cuando lo es de veras, trata de engarzar siempre su pensamiento en la palabra, es decir, la idea en su expresión. De ahí esas luchas sordas de los productores intelectuales, en que se agotan miserablemente, borrachos de tinta, impotentes para podar la cizaña del lenguaje, que, a lo mejor, surge en el párrafo concebido, haciéndole perder su esplendor y sonoridad. Sólo los que conocemos la historia de algunos grandes artífices de la palabra, ya descuajen montañas como Balzac o labren iconos como Flaubert, podemos concebir el inaudito esfuerzo que se necesita para domar el idioma, encadenar los tópicos, hacer que obedezcan los vocablos. La profusa sonoridad de Chateaubriand nada tiene que ver con esta labor mortífera, que llena de tedio y cansancio a los más insignes escritores.

Mas, en suma, todo trabajo intelectual, en el mundo de la ciencia o del arte, ocasiona un esfuerzo doloroso, que, a la larga, da origen a perturbaciones fisiológicas. Esa es la razón porqué los productores de ideas son, en lo general, melancólicos y parcos de palabras. El diálogo secreto del cerebro y de la pluma concluye por absorber la existencia emotiva, por sumergir al individuo en una diátesis profunda, generadora de cualquier mal orgánico, que *puede terminar con un* desenlace trágico, como ha acontecido a menudo, con ilustres pensadores. Agréguese a esto la continua ebullición del cerebro, el loco despilfarro que algunos hacen de su vida sensitiva, los excitantes de que abusan — ya como un medio de abrir la válvula de la producción, ya para cerrarla, entregándose al descanso, y se tendrá idea de cuán triste es la vida del trabajador intelectual, en lucha con el pensamiento, con la palabra y con él mismo.

No es de envidiar, pues, la miserable gloria que se conquista en el campo de la ciencia o del arte; gloria casi siempre improductiva materialmente, porque no se ciñe a las vulgares miserias de la vida diaria, ni se cotiza en el mercado donde pululan los apetitos de la mayoría. Más feliz, mucho más feliz eres tú, pobre leñador que abres con tu hacha el corazón de ese viejo roble; tú, minero infatigable, que acabas de sumergirte en ese pozo. Más felices sois vosotros, los que ganáis el pan con el sudor de vuestra frente, como se lee en la Escritura, sin que tengáis necesidad, como en el triste cuento de Daudet, de arrancaros, con las uñas sangrientas, los últimos restos del oro de vuestra masa encefálica, para que quizá salga alguien por ahí a deciros que es cobre, puro cobre, vil cobre.

JUAN RAMÓN MOLINA.

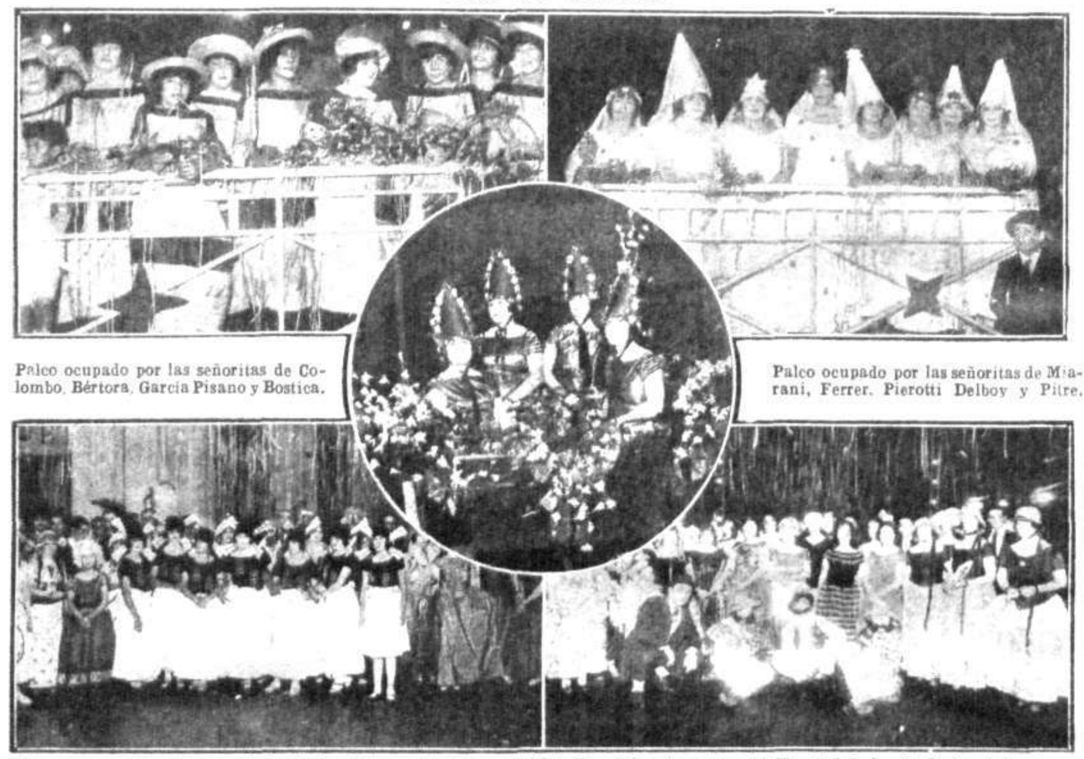
La Plata



Señora Berta Quinteros Ramos de Prother, cuyo trágico fallecimiento acaecido en circunstancias conocidas, ha repercutido dolorosamente en el seno de esta sociedad, donde ocupaba un lugar privilegiado por sus virtuosas cualidades morales y por su exquisito trato.

De Lomas de Zamora

Ecos de Carnaval



Palco ocupado por las señoritas de Colombo, Bértora, García Pisano y Bostica.

Palco ocupado por las señoritas de Miarani, Ferrer, Pierotti Delboy y Pitre.

Diversos aspectos del animado baile de disfraz realizado en el Club Español a beneficio del Hospital Luisa C. de Gandulfo, y que dado los fines que guiaron a sus organizadores, alcanzó un brillante éxito, concurriendo las más caracterizadas familias de esta sociedad. En el círculo: Señoritas de Storti y Romay.



LOS DESERTORES

POR

CLAUDE FERRERE

Los conocí en Tolón, hará unos treinta años o poco menos. Estaba de servicio en la prefectura Marítima, en la sala de ayudantes, y empezaba a abrir el correo de la mañana, cuando entraron sin llamar, andando uno detrás de otro y tan piojosos, que al pronto no logré distinguir el color de sus harapos.

Les escoltaba el sargento de guardia. Al verme, algo tarde, rectificó vivamente la posición y llevóse la mano a la visera. Entonces vi que los dos andrajosos juntaban también los talones y saludaban.

Y por cierto, saludaban muchísimo mejor que el sargento de guardia, por lo que comprendí que eran soldados — soldados de veras.

Sin embargo, por pura forma, y habiendo visto de qué se trataba, pregunté:

— ¿Qué es eso, sargento?

La respuesta fué la que esperaba:

— Mi capitán, son dos desertores alemanes que vienen para alistarse en la Legión Extranjera.

Uno de los dos hombres inclinó la cabeza asintiendo. Esto probaba que entendía el francés, así es que le interrogué a él.

Su compañero no se movió, y durante todo el interrogatorio no hizo el menor movimiento. En cambio el otro era locuaz. Me contestó verbosamente.

Le juzgué en seguida: un mozo avispado y listo, bastante vivo, francote y hasta simpático, un soldado rudo y atezado con ojos claros que miraban de frente y una boca sana que reía en medio de la barba amarilla color de barro. Cuando vi que era charlatán, tomé el buen acuerdo de dejarle hablar. Su historia — la de los dos — era bastante curiosa.

... ¿Quiénes eran? dos soldados de infantería del ...º de línea, acuartelado, como es sabido, en Sohrau, en Silesia, en la frontera. ¿Cómo llegaron de tan lejos? Pues, a pie, sencillamente, a través de Austria, Hungría, Austria otra vez, Trieste, Venecia, el Milanesado, los Alpes. ¿De qué vivieron por el camino? De gallinas encontradas al paso... en Hungría hay muchas gallinas, más aun en Italia; muy pocas en tierras checas y ni una en la montaña. ¿Cómo se llamaban? El orador Wilhelm Schwartz; y el compañero mudo, Friedrich Gœrtz.

Entonces solté la pregunta delicada, la que raramente tiene respuesta, pero que es la fuente más segura de informes, algunas veces preciosos, que a menudo se obtienen de los desertores.

— ¿Por qué han desertado ustedes?

Como era natural, al pronto no obtuve la menor respuesta. Wilhelm Schwartz se contentó con guiñar un ojo y se calló.

Friedrich Gœrtz seguía firme como una estaca; no hubiera estado más tieso de centinela en la puerta del káiser.

Comencé las insinuaciones corrientes, seguro de conseguir algo.

Alemanes o franceses, todos los verdaderos soldados son iguales, y a ambos lados del Rin los aderezan del mismo modo.

— ¡En fin!... se lo pregunto... ¡pero después de todo me importa poco! Han desertado porque los suboficiales les pegaban o porque el teniente no los podía ver...

— ¡No! ¡No es por eso, señor capitán!

— Bueno, por eso, o por otra cosa... alguna amiguita... ¿eh?

— Tampoco...

— ¿Que no? ¡Yo apuesto a que sí! O Entonces ¿porqué?...

Wilhelm Schwartz vaciló un segundo y, picado en la honrilla, vació ol buche:

— Señor capitán, ¡no es por eso!... Desertado hemos... porque... queríamos ser legionarios...

— ¡Eso ya lo veo! Pero ¿porqué?...

— ¡Ah! pues... Porque nosotros *saber el qué*...

— ¿Qué? ¿qué es lo que saben?...

— ¡Las cosas!

— ¿Qué «cosas»?

— Las cosas de la legión.

Yo no comprendía absolutamente nada. Wilhelm Schwart, muy ladino, guiñaba alternativamente los ojos en señal de inteligencia y no quería explicarse con más detalles. Así pasamos más de un cuarto de hora y al fin, dificultosamente, logré descubrir las recónditas ideas del individuo. Allá en Silesia se hablaba — muy a menudo, por cierto — de esa Legión Extranjera de Francia, la más brava de todas las legiones más bravas del mundo. Y vista a tanta distancia, por ojos supersticiosos, aparecía aún más grande de lo que es, más bella, más heroica, como algo fabuloso y casi sobrenatural.

Así la veían, y los legionarios de la Legión dejaban de ser hombres, de repente se convertían en semidioses o, por lo menos, en demonios, a los que sin duda alguna habían de ocurrir forzosamente cosas diabólicas y milagrosas, como no les ocurren nunca a los pobres diablos, a los hombres vulgares y sencillos, a los que no son demonios, ni semidioses, ni legionarios. Wilhelm Schwartz y Friedrich Goertz desertaron para conocer las cosas sobrehumanas que sólo ocurren a los seres sobrehumanos.

Cuando al fin comprendí, exclamé: «¡Uf!» pero me asaltó un escrúpulo. Yo, francés, oficial de la República ¿podía honradamente dejar a aquellos in-

felices en creencia tan absurda? ¡No era posible!... Me arrellané en el sillón, encendí un cigarrillo y, para comenzar, me encogí de hombros tanto como pude. Luego, para ser más creído, ya que no más comprendido, apelé al alemán más castizo que recordaba y entoné el panegírico de la Legión.

Y elocuentemente, terminé diciendo:

—¿La Legión? ¡Es la tropa más noble y más altiva que combate desde que se quema pólvora! ¡No hay en el mundo soldados que se batan más a menudo ni con más triunfo! ¡Si tienen sangre en las venas, adelante, pues! Escogieron el mejor camino y no les ha de pesar, se lo aseguro. Ahora bien, en cuanto a brujerías, cuentos de comadres y otras zarandajas, se me figura que son ustedes bastante listos para no creer una palabra. Los legionarios son hombres, hombres de verdad, eso sí, pero nada más. Y es bastante, ¡vive Dios! ¡Para ganar batallas basta con ser hombre!

En esto me interrumpí para tomar aliento y eché una ojeada a los dos sujetos: Friedrich Goertz seguía tieso como un poste y no pestañeaba. Parecía no haberse enterado de una sola palabra de lo dicho. Quizá no me entendía, ni en alemán ni en francés...

Wilhelm Schwartz, en cambio, inclinaba la cabeza, en señal de aprobación entusiasta. Al pronto, creí haberle aclarado la inteligencia. Sin embargo, estaba callado como un muerto; hubiérase dicho que tenía cosidos los labios. Entonces, escudriñando el fondo de sus pupilas, sorprendí, clara como la luz, la ironía zumbona y profunda del soldado bastante *listo y ladino* para no tragarse los infundios oficiales que cuentan siempre los jefes a los subordinados. ¡Ya, ya!... ya puedes hablar... ¡a otro perro con ese hueso!... ¡A mí, Wilhelm Schwartz, no me la pega nadie!...

Y Wilhelm Schwartz, seguro y callado, se aferraba con más ahinco a sus convicciones arraigadísimas ¡y seguía creyendo más que nunca en las «cosas» de la Legión!...

Al verlo, iba a perder los estribos y enfadarme, pero lo cómico de la situación me desarmó y estuve a punto de soltar el trapo a reír. Veía ya a los dos idiotas alboches desembarcando en Bel-Abbes y oía por anticipado las pullas clásicas conque iban a acribillar su candorosa estupidez. ¡Sería cosa de risa en la compañía!

Haciendo un esfuerzo, contuve mi alborozo y para acabar dije, tan secamente como me fué posible:

—¡Está bien! Hemos terminado. Media vuelta y al reclutamiento para la revisión.

Saludaron los dos a un tiempo, irreprochablemente, y con no menos precisión adelantaron el pie izquierdo para obedecer reglamentariamente.

De repente me asaltó una curiosidad:

—¡Alto! — ordené. — Usted, Schwartz, personalmente... ¿qué «cosa» espera encontrar en la legión?

Al momento, en la boca de Wilhelm Schwartz asomó una enorme sonrisa de orgullo. Wilhelm Schwartz, ciego de gloria, triunfó silenciosamente poniéndose colorado como un tomate maduro. ¿Qué tal? ¿Quién había ganado? ¿El oficial mentiroso o el soldado listo? Para él, yo confesaba tácitamente ¡vencido por la astucia, de Wilhelm Schwartz! y renunciaba a seguir imponiéndome a aquel hombre, mucho más vivo que yo a pesar de mis galones.

Tan radiante le puso la victoria que olvidó toda sutileza.

—¿Yo? — contestó en seguida. — ¿Yo, señor capitán? Oh, si quiere usted se lo diré muy bien: —En Auschwitz — Auschwitz, que está cerca de Sohrau, pero al otro lado de la frontera, en Galizia — hay una moza silesiana que yo quiero. Y para lograr esa moza silesiana he de ganar primeramente mucho dinero.

—¡Ah, ya!...

—Mucho dinero, señor capitán. Así es que «vengo a ser legionario» para encontrar un tesoro.

Sonrió con una fe absoluta. Yo asentí. Cualquiera en mi caso hubiera hecho lo mismo.

—¿Un tesoro? ¡Muy bien pensado, Schwartz! ¡A encontrarlo, pues! Y el compañero, el compañero Gœrtz que debe ser sordo ¿viene «a ser legionario» con usted para encontrar también un tesoro?

Con gran sorpresa mía, el tal compañero Gœrtz, que no era sordo ni mucho menos, abrió la boca por primera y última vez, y me respondió personalmente en francés bastante correcto, aunque con voz algo ronca, velada, brumosa, si así puede decirse:

—No, señor capitán. No es un tesoro lo que yo vengo a buscar: otra cosa más difícil.

No dijo más.

Y los dos desertores se fueron, uno tras otro, al paso de parada.

□ □

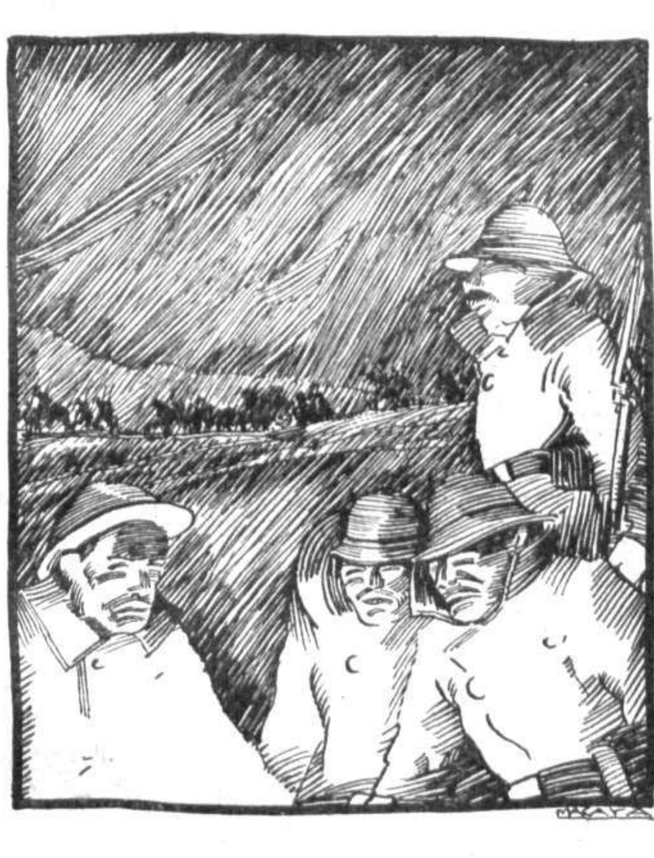
La vida de un soldado no es una novela tan bien compuesta que de capítulo en capítulo reaparezca cada personaje, como es debido y cuando hace falta, desde el prólogo hasta el desenlace.

De los dos desertores alemanes que un día recibí en la sala de ayudantes del gobernador de marina de Tolón, uno — Friedrich Gœrtz — salió para siempre de mi órbita; no volví a verlo, ni vivo ni muerto. El otro, Wilhelm Schwartz — el buscador del tesoro — lo volví a ver una sola y única vez después de diez años cumplidos de intervalo. Y hoy quiero contar precisamente esta reaparición de Wilhelm Schwartz: estoy seguro de que ha de admirar al lector y no la refiero sólo por ésto, sino para deciros que a la sazón me asombró hasta lo indecible.

Recuerdo exactamente la fecha, el lugar y hasta

la lluvia torrencial que caía aquél día. El 1.º de mayo de 1890 me hice cargo del mando de la expedición en Son Tay, en el Tonkín. Tratábase de una expedición de tres al cuarto — pero que me valió el quinto galón y la roseta — organizada con el exclusivo objeto de sentar las costuras a cierto Doc-Tho, pirata de profesión, que campaba a sus anchas en el río Claro; y cuatro semanas después, del 1.º de mayo, día por día, en una tarde de horrible diluvio, entré al frente de la columna en la ciudad imperial de Tuyen-Quan para pasar la noche.

Al pie de las murallas almenadas desfilaron mis tiradores con moño, mientras que el casco de corcho, fundido como azúcar por el agua que caía, se me convertía poco a poco en una galleta y se me aplastaba sobre la frente embadurnada de blanco de España. Era una simple broma acuática de estilo tonquinés; sin embargo, me hacía tan poca gracia, que me impedía admirar debidamente la agreste magnificencia de las montañas circundantes y la majestad sombría del poniente rojo y negro que rayaban los chubascos con más regularidad que la piel de un tigre.



Un cuarto de hora después, un europeo, vestido de tela nueva, me acogía con reverencias en el umbral de la única posada del lugar. Vi una faz rubicunda que el sol de Asia curtió sin bruñirla, dos ojos claros que miraban de frente, y una boca sana que reía con franqueza. La fisonomía no me era desconocida y me detuve bajo el porche escudriñando con la mirada la de aquel europeo posadero. El, entonces, hizo chasquear la lengua:

— ¡Mi comandante tiene una memoria extraordinaria! — dijo silbando de admiración a la moda japonesa. (Como es natural, en Tuyen-Quan, hay su correspondiente *yoshivara*, más o menos castizo, y las mozas niponas de la casa son las maestras de buen tono y buenos modales.) — ¡Muy buena memoria, pues mi comandante sólo me vió una vez en Tolón, hace diez o doce años, y me recuerda!... Pues ¡sí, señor!... soy el mismo que usted cree, mi comandante: Wilhelm Schwartz.

Me acordé en seguida. El caso me divirtió tanto en aquel entonces, que diez o doce años eran poco tiempo para habérmelo borrado de la memoria. Y a tal extremo, que en el fondo de mi ser encontré intacta mi curiosidad de antaño. Di dos pasos para mirar de más cerca a Wilhelm Schwartz.

No me pareció muy cambiado, salvo en el traje. A falta de tesoro, sus hazañas de legionario le procuraron por lo menos una vestimenta decente para substituir los harapos que lo cubrieron en Tolón.

Sin duda alguna se ganaba bien la vida en Tuyen-Quan. Cuando iba a felicitarle, corría ya hacia dentro llamando a gritos a la posadera:

— ¡Magda, Magda! ¡Ven pronto y besa las manos de mi comandante! ¡Es el que me recibió en Francia, cuando deserté para ganar el tesoro y casarme contigo, Magda!

Unos pasos ligeros hicieron crujir las tablas del piso. Magda llegaba precipitadamente. Era una linda muchacha, con más tipo de polaca que de austriaca. Se reía mucho y Wilhelm Schwartz reía aún más fuerte que ella. Yo estaba completamente atolondrado. ¿Era posible?... Magda era la mocita de marras, la prometida de Schwartz, la que sólo podía lograr con mucho, mucho dinero. Entonces, ¿qué? ¡voto a todos los diablos! ¿qué? ¿Entonces, Schwartz había encontrado de veras el tesoro?

No pude por menos de asediarle a preguntas. El hombre, menos hablador que antes, se defendió al principio y se mantuvo cauto. De todos modos, al fin cedió:

— ¡A mi comandante, que fué el primero que me recibió en Francia, no es posible negarle nada!

Después de vacilar un rato, añadió:

— Diré toda la verdad pura, pero será cuando mi comandante haya bebido y comido. Para oir una historia conviene tener lastre. Así, pues, mi comandante, cenará primero, y luego...

Luego Wilhelm Schwartz habló. El francés que hablaba, aunque algo chapurreado, como siempre, no era sin embargo tan chapucero como antes. ¡Me guardaré, pues, muy bien de cambiar una sílaba al relato que escuché aquella noche y que hoy repito fielmente:

— Mi comandante — comenzó diciendo Wilhelm Schwartz, sentenciosamente y con un dedo alzado; — cuando me alisté en la Legión era un imbécil. Sí, un imbécil y nada más. Mi comandante lo sabe, me vió. De seguro que mi comandante se burló mucho de mí entonces, y con razón. En Bel-Abbes, cuando llegué, se burlaron todos también, todos los legionarios. Yo, como un imbécil, conté en seguida lo de Magda y el dinero, el tesoro; todo, todo, en una palabra. Y ocurrió que los legionarios, a fuerza de bromazos y hasta a fuerza de puntapiés algunas veces, me quitaron la estupidez de la cabeza. Después, como es natural, la cosa me dió ideas más negras que la tinta. La legión se fué luego de acá para allá, batiéndose a más y mejor en todas partes,

y las malas ideas y la morriña me las mataron del todo las batallas. Me convertí, pues, en un legionario muy contento, salvo que ya no sabía cómo lograría a Magda, porque seguía queriéndola.

¡Pero no le hacía! Mi comandante lo sabe ¿verdad? La legión, por natural y verdadera que sea, es de todos modos una cosa tan extraordinaria que no me faltaba nunca el valor. Así, por ejemplo: en la guerra, para comer y para dormir los demás cuerpos andan siempre apurados, y nosotros, la legión, nunca. Nunca tienen nada; ni pan, ni gallinas, ni fuego y sus jergones están siempre mojados. Nosotros tenemos de todo y siempre de lo mejor: es cosa sabida, nos regalamos a pedir de boca. A propósito de Magda pensaba siempre: «Los demás no la lograrán y yo, un legionario, la tendré. No hay más remedio.» Mi comandante me comprende ¿eh? Ahora voy a contarle el final. Y este final es precisamente una verdadera «cosa» de la legión, como las que yo creía cuando era un imbécil, como las que se contaban misteriosamente en Sorhau, en Silesia, en las veladas del cuartel. ¡Diga usted si no!

«Ocurrió aquí, mi comandante, hace ya tiempo. Fué cuando nosotros y los chinos nos hacíamos la guerra. Así es que la legión vino al Tonkín y yo con ella. Además, vinieron también soldados de Francia. Pero esos casi no sabían batirse. En Francia hubieran sabido, naturalmente, pero aquí no sabían porque es una guerra muy diferente. ¡Mi comandante lo sabe, seguramente! Los generales de Francia no sabían tampoco. No es, pues, extraño, que todo fueran batallas perdidas. ¿Se acuerda usted, eh?

«Precisamente una tarde, hubo una de esas, una batalla perdida, pero grande. Hasta creo que el general en jefe resultó muerto o herido, en fin, algo por el estilo. Y otro general ordenó la retirada porque creía que el ejército chino se había puesto a perseguirnos. ¡Ideas que no son de aquí, vaya! ¡ideas de Europa! ¡El ejército chino estaba sobradamente contento con lo que había ganado y no pedía más... Mi comandante debe suponer lo que ocurrió: una desbandada de mil demonios y todo el mundo a escape. Todos menos nosotros, la legión, por supuesto. Nos retiramos, pero hicimos alto para hacer el rancho. Porque nosotros sabíamos lo que era el ejército chino. Mi pelotón encendió fuego tranquilamente. Llovía, llovía casi tanto como hoy.

«En esto llegaron unos rezagados. Eran bisoños. Sucios como puercos ¡una barbaridad! Y era cosa de ver cómo corrían. Nosotros los vimos pasar.

«Sin pararse nos gritaban: «¡Sálvese quien pueda! ¡Legionarios! ¡a escape! ¡a escape! ¡Que vienen los Pabellones Negros!»

«Nosotros nos reíamos. Ellos se enfadaron.

— «¡Estúpidos! ¡Cabezas de alcornoque! ¡Os van a cortar el pescuezo! ¡Ya lo veréis! ¡Sálvese quien pueda, animales! ¡Nos persigue el gran mariscal de China! La prueba es que hemos dejado la artillería, la ambulancia y el tesoro para correr más ligeros.»

«A mí se me acabaron las ganas de reír. Me hice todo oídos.

— «¿El tesoro? ¿Qué tesoro?

— «El tesoro del ejército — dijeron. ¡Un millón en oro, por lo menos! Lo han dejado en Lang-Son.

«Yo sabía dónde estaba Lang-Son: a cuatro o cinco leguas río arriba: no había pérdida...

«Entonces me levanté de un salto, y pregunté a los fugitivos:

— «¿Es verdad eso? ¿Es verdad que el tesoro está en Lang-Son?

— «¡Segurísimo! — contestaron. — ¡Tan cierto como que han volcado los carros y los armones en el barranco que está a la salida del pueblo!...»

«En esto echaron a correr de nuevo. ¡Era colosal el miedo que tenían a los chinos! ¡Qué quiere usted! No habían visto nunca tantos a la vez, y no sabían...

«Pero yo, yo sabía y no tenía miedo. ¡Qué iba a tener! Empecé por volcar la caldera en el fuego gritando «¡hoch!» y dije luego al pelotón:

— «¿Quién viene conmigo a Lang-Son a buscar el tesoro? Yo voy».

«Eramos siete: nosotros dos, Gœrtz y yo — Gœrtz, ¿se acuerda usted, mi comandante? — un español, un argelino y tres franceses. Un francés dijo:

— «Ir allá, Schwartz, es desertar ¿sabes?»

Yo contesté:

— «¿Desertar?... ¿Y a mí qué? ¡Para mí no será la primera vez, animal! ¡No me asusto por eso!...»

«Entonces dijeron todos:

— «¡Tiene razón, vamos allá!»

«Y allá nos fuimos, mi comandante. Y así encontré el tesoro, sencillamente. ¡Qué barbaridad! ¡no puede usted figurarse los miles y los cientos que había en Lang-Son! ¡Todos los del pelotón fuimos ricos! Además, no desertamos, porque al volver no habían tocado aun llamada.

«¡Y esta es la verdad pura, mi comandante! Ya lo sabe usted todo».

Wilhelm Schwartz, ex legionario, se calló.

La historia había terminado, pero no sé por qué — como un niño que pide siempre «qué pasó luego» — hice dos preguntas sin duda inútiles:

— ¿Y pudieron ustedes transportar el tesoro? El oro pesa mucho...

— Cuando el oro es de uno, no, mi comandante, ¡no pesa nada!

— ¿Y los chinos? ¿Había chinos en Lang-Son? ¿No les molestaron?...

Wilhelm Schwartz sonrió:

— Mi comandante, en Lang-Son había chinos cuando llegamos, pero cuando nos fuimos ya no había...

Entonces fuí yo el que se calló.

Luego, sin embargo, pensé en el segundo de los desertores.

— Schwartz — dije — y su compañero Gœrtz, una vez rico, ¿qué fué de él? Me parece que «no se hizo legionario» para encontrar un tesoro...¿verdad?

— ¡Ah, sí! mi comandante ¡qué memoria tan feliz! ¡Pobre amigo Gœrtz! Es verdad que él quería encontrar otra cosa más difícil.

— ¿Qué era?

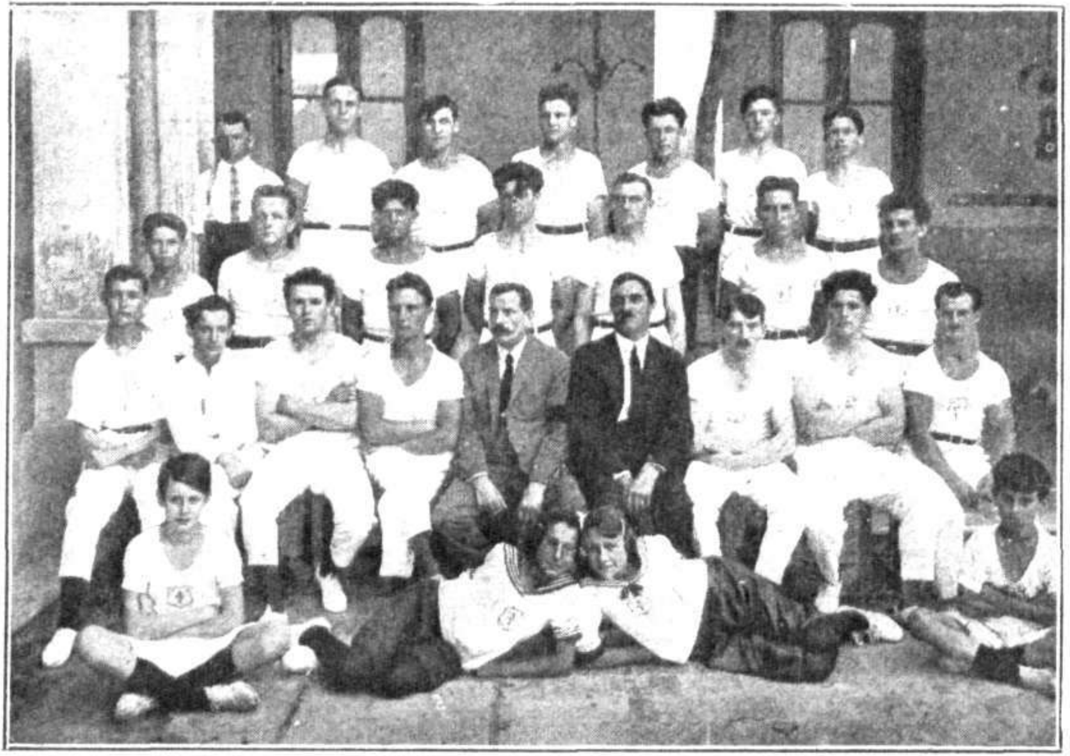
— ¡Pues verá usted, mi comandante! En su país había una mujer que él quería, pero ella no lo quería a él. Esto le daba mucha pena y esto es precisamente lo que Gœrtz buscaba: no tener pena.

— ¿Y qué?...

— Pues que en la legión encontró lo que buscaba. Ocho días después de lo de Lang-Son recibió una bala en el corazón. Y murió, naturalmente.



FIN

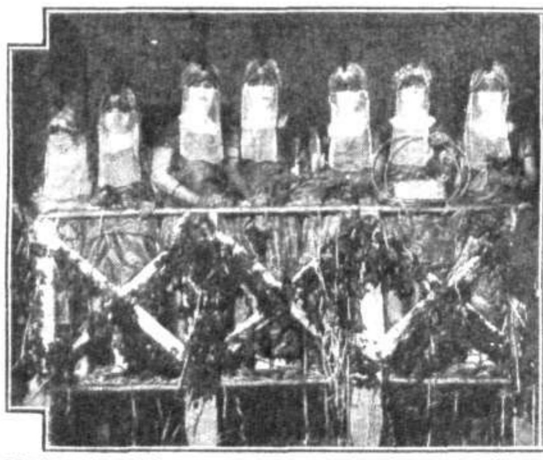


Socios del Club Atlético Alemán de Gimnasia que han tenido una brillante actuación en los últimos torneos deportistas realizados en esta localidad.





GARANTIDA
IMPORTADA
MALTA URANO
BUENOS AIRES





CARNAVAL. — Palco ocupado por las señoritas de Greco, Ceglie, Salermi y Lafranchi, que ofrecía un vistoso conjunto.

Señoritas de Vaio, Pose, Bonino, y Amo, que se destacaron por la originalidad de sus trajes de fantasía.

UN MINISTRO MODELO

Mahomet, bey de Kouristan, en Persia, tenía de primer ministro a un hombre de probidad a toda prueba.

Como las mujeres de este monarca y sus cortesanos reconociesen que no podían sacar partido alguno de aquel hombre íntegro y desinteresado, se ligaron contra él y le derribaron de la gracia del soberano. Al retirarse de la corte, este buen consejero suplicó a su amo le concediese en premio a tantos servicios que le había prestado algunas tierras eriales, para pasar el resto de sus días en su cultivo. Le fué otorgada la gracia y en su consecuencia se dieron las órdenes para la adjudicación de una buena extensión de terreno erial, donde mejor le acomodase a dicho ministro. Pero cuán grande no fué la admiración de Mahomet cuando, por más diligencias que se practicaron para hallar esta clase de terreno por descuajar, no se tuvo noticia de que hubiera una sola aranzada de erial en todos sus Estados.

Lleno de gratitud y respeto hacia su antiguo ministro, y no necesitando de ulteriores pruebas para convencerse de su inmejorable administración, lo restableció en su gracia, le dispensó mayor confianza que antes y mandó a sus mujeres que no se mezclasen jamás en sus negocios de Estado ni pensasen sino en sus obligaciones domésticas.

Es preferible el dolor, el patíbulo, la muerte misma, a vivir un solo día, una sola hora, un solo instante sin libertad. — M. R. ZORRILLA.



Entre los Productos Ford no hay ningún Huérfano

En la potente organización de servicio, que es parte integrante de la Ford Motor Company, no se deja nada librado a la suerte. Ya sea Vd. dueño de un auto o camión Ford, tractor Fordson o automóvil Lincoln, encontrará que la Compañia trata siempre de velar poi el buen funcionamiento del producto que Vd. le ha comprado. — Al efecto, hay actualmente establecidas en todo el territorio de la República,

2230 Estaciones de Servicio

que son las encargadas de atender a Vd. y de suministrar repuestos legítimos a los mismos precios que rigen en Buenos Aires. — Por lo tanto, al comprar cualquier producto Ford, Vd. está seguro del continuo buen funcionamiento del autovehículo que adquiere.



AUTOS · CAMIONES · TRACTORES

LA MAESTRITA

(POSTALES PORTEÑAS)



UEDA el tren apresuradamente hacia Buenos Aires. El vagón amplio y sombrío está casi lleno de hombres: rostros hoscos, en cuyas frentes la fiebre de negocios traza el guión enérgico de una arruga; caras inexpresivas de fatigados empleadillos, un poco desconcertados ante el empleo que le habrán de dar a las horas libres; fugaces gestos apicarados y satisfechos de algunos que saborean anticipada e imaginativamente las delicias del placer que aguardan en la gran urbe cercana. Pero dominando inquietudes de lucro, fatiga de trabajo, prematuros deliquios amorosos, pesa sobre el vagón el tedio de un viaje más a través de la ruta cotidiana.

Entra el tren en una de las postreras estaciones; en la plataforma, donde los viajeros esperan, bajo la tarde gris, frente a la estación cenicienta y chata, de entre el obscuro y uniforme vestir masculino, hemos visto destacarse una bella silueta femenina.

Un impulso, gemelo del que mueve a otros compañeros de coche, ha aproximado nuestra frente al vidrio de la cerrada ventanilla, primero, y nos ha obligado a mirar hacia la puerta después. Todos hemos sentido leve deseo, ligera inquietud: ¿entrará en este coche? Y de pronto nuestro deseo, antes que nuestra mirada lo confirme, ha dicho que sí. Ha entrado. Por todos los asientos ha corrido un fugaz estremecimiento. ¿Se sentará a mi lado? nos hemos preguntado cada uno.

La contemplamos. Los libros y cuadernos que la acompañan nos informan bien pronto sobre ella: es la maestrita de N. Esta mujercita delicada, frágil, debe tener, en compensación a su labor fatigosa, esta muda admiración que la ofrendamos. Debe comprender que con ella ha entrado en el vagón obscuro un poco de claridad, ha aventado el tedio que antes nos aplastaba y nos ha unido ideológicamente a todos el pensamiento de que será más breve y más grato el trayecto que todavía queda por recorrer...

Mujercita de dos aspectos: cuando alza la mano para arreglar el rizo rebelde, cuando nos dirige una lenta mirada acariciante, cuando se mueve inquieta y satisfecha de nuestras admirativas miradas, la mujer aparece; pero, cuando baja los ojos un poco fatigados de las vigilias sobre los libros escolares y los cuadernos de ejercicios, cuando observamos los pronunciados rictus que, como paréntesis de cansancio, circundan su boca, cuando hojea el libro que descansa el mayor tiempo sobre su falda, surge la maestra. Aquella nos atrae, pero ésta nos interesa. Nos interesa y emociona.

¡Pobre alma-flor, encerrada en la severa estufa de la pedagogía, que habla de virreyes y navegantes y soldados, mientras la primavera se detiene medrosa a la puerta de la escuela; que explica operaciones aritméticas al tiempo que piensa en las palabras musicales como endechas que aquel «vecino» de cine vertió a su oído; que paseas en el breve espacio de la clase y explicas cosas para ti manidas, mientras la vida, luminosidad del sol, policromía de las flores, encanto de la amistad y sed de amar te llaman con fuerza... Pero tú sabes acallar la alondra que canta en tu pecho y la encierras en tu resignación. Y sabes tú, virgen, ser madre de los treinta chiquillos traviesos y haraganes que componen tu grado; y dejas sobre los libros áridos un poco de tu juventud, que sabe bien cómo la vida te hace esclava.

Porque no es sólo la escuela la que te sujeta a diario. Es que también, cuando tu tarea cesa en ella, cuando parece que la vida fuera a sonreirte, tienes aún otros deberes; los viejecitos que viven de tu sueldo esperan con afán tu dulce compañía, la caricia de tus manos piadosas...

Delicada mujer, maestrita admirable, que siempre nos pareces bella: sobre tus excelencias tienes un alto valor decorativo, frente a la traza vulgar de las estaciones suburbanas, y eres ornato en el coche sombrío y fugaz y encantadora visión que ahuyenta de nosotros la pesadez y el tedio de que en otra forma iría impregnado nuestro viaje, nuestro abrumador y cotidiano viaje.

LUIS MANSO

El Viento

Habla con el ramaje
entre la noche, el viento.
Alado pensamiento
traduce su lenguaje.

Extraño claror tiene
su mirada divina.
La luna en la colina
a escuchar se detiene.

En la monotonía
extendida del llano,
negro perfil lejano
traza la serranía.

Un pájaro, su canto
igual que un cristal quiebra.
La sombra, hebra por hebra,
anuda su quebranto.

Sobre el lago, una estrella
se enciende por instantes.
Un brillo de diamantes
la superficie sella.

Con inquietud, la fronda
se alza y se repliega.
Mano oculta le allega
una caricia honda.

Hasta el alma vencida,
el aire, desde lejos,
trae perfumes viejos
para una vieja herida.

Habla con el ramaje
entre la noche, el viento.
Alado pensamiento
por el cielo va en viaje.

Hernán Gómez



$ 20.-
$8.50
$ 2.10
$3.70
$ 4.50 $ 5.50
$ 0.35
$ 0.20
$6.50 $10.50
RADIOTELEFONIA
A precios excepcionales ofrecemos el surtido más amplio de Sud América.
VALVULAS - AUDIONES
Especiales para pilas secas. Consumo mínimo. RADIOTRON, U. V. 201 - A, y U. V. 199, c/una.,
$ 18.90
AERIOTRON, W. D. 11 y W. D. 12, cada uno,
$ 18.90
Solicite última lista de precios rebajados.
Atractivos descuentos a comerciantes y revendedores.
B. MAGDALENA
MAIPU, 669
Bs. AIRES
$ 1.10
$ 41.
$ 1.50 $ 2.20
$ 3.30 $ 1.50
$ 3.70
$ 2.50 $ 3.80
$ 11.-
$ 0.90
Linternas Eléctricas,
surtido de más de 40 modelos diversos.
$ 6.80
Precios especiales para comerciantes y revendedores.
Pilas y Foquitos de repuesto para cualquier tipo de linterna. Solicite lista especial ilustrada, con precios.
$ 7.20
$ 19.50-



TARDES DE MODA EN EL BALNEARIO

Señoritas de Sáenz, García, Gagliardi y Buen Día. — Señoritas Raquel y Juana Dinerman y Rosa González.

ANTIGÜEDAD DE LAS CAMPANAS

El origen de las campanas en las iglesias data del año 410, aunque, en realidad, la invención de las campanas es tan remota que no puede precisarse la fecha. Se han encontrado campanas en las ruinas de Nínive, que fué destruída el año 625 (a. de J. C.). En China se conocían las campanas dos mil años antes de Jesucristo. La campana más antigua que se puede contemplar en Europa es la de S. Patrick, que se conserva en el Museo de Belfast (Irlanda), a la que se le atribuye una antigüedad de mil trescientos a mil cuatrocientos años. Clemente de Alejandría dice que Aaron, hermano de Moisés, que vivió el año 1574 a 1452 (a. de J. C.), llevaba campanillas en los bordes de la túnica, lo que, de ser cierto, revela una antigüedad de más de tres mil cuatrocientos años. Parece ser, y es muy lógico, que en aquellos tiempos las campanas eran de muy reducidas dimensiones (la de Belfast sólo cuenta seis pulgadas) y no tenían, por lo tanto, el fin práctico que tienen en lo presente. En Europa occidental no se tiene conocimiento de las campanas hasta el siglo III, aunque, como indico, hasta el año 410 no las encontramos en las iglesias; las catedrales tenían de cinco a siete, las colegiatas, tres y las iglesias parroquiales, dos. El año 568 empezaron a bendecirse, dándoles nombre, imponiéndole el nombre de Juana a la primera que se bendijo en Roma. La mayor campana del mundo es la de Moscú, que pesa once toneladas; fué fundida en 1733.





De Lomas de Zamora



Grupo de familias que concurrió al picnic organizado por un núcleo de jóvenes en la Quinta "Monte Correa".

LA CUERDA DEL AHORCADO

Desde que una persona ha sido condenada a muerte en Inglaterra, cae sin más trámites bajo la jurisdicción del verdugo, uno de cuyos cuidados más solícitos consiste en averiguar con exactitud el peso de la víctima.

Sabido el peso, el sayón escoge entre sus fatales cuerdas la más a propósito por su largura y resistencia, ya que una y otra han de estar en relación con el peso del condenado.

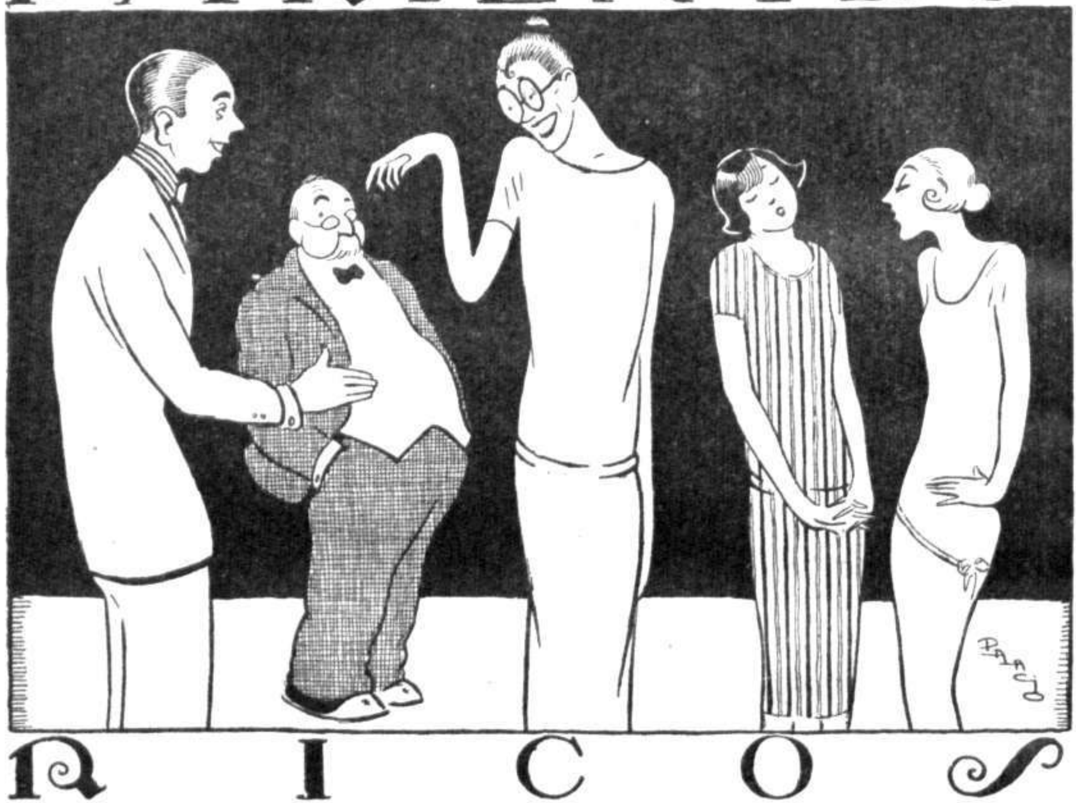
La noche que precede a la ejecución, se cuelga de la soga elegida un saco de arena que pesa tantos kilos como el «corpo morto» que penderá de ella al siguiente día.

De este modo queda evitada la posibilidad de una sorpresa, y el verdugo puede cumplir con tanta rapidez su terrible misión que sólo cuatro minutos transcurren entre el momento de llegar el reo al cadalso y el de entrar para siempre en la negra región de ultratumba.

¿Queréis saber quiénes son los ambiciosos? Examinad quiénes son los que protegen a los malvados y corrompen la moral pública. Perseguir el crimen es el camino de la tumba y de la inmortalidad: favorecer el crimen es la senda del trono y del cadalso. — ROBESPIERRE.


PARFUMERIE
L. T. PIVER
PARIS
Polvos de Tocador
POMPEÏA - FLORAMYE
AZUREA - VIVITZ
Todas las damas sin excepcion los proclaman los mejores.
Poudre FLORAMYE L.T. PIVER
L.T. PIVER PARIS
POUDRE AZUREA
L.T. PIVER PARIS
POUDRE VIVITZ

PARIENTES RICOS



La contemplación de mi familia — la honorable — suele proporcionarme ratos de tranquilo esparcimiento. Distingo de un modo especial el carácter honorable de esta mi familia, porque lo cierto es que mis otros parientes, tan numerosos como variados, ni por su situación ni por sus virtudes pueden aspirar a ser considerados como gentes de una perfecta honorabilidad. Quizá algún día escriba la historia de esos parientes, empezando por mi abuelo paterno Alejandro Huertas, un andaluz inquieto y alborotado cual un cabrito; pero por ahora, adelantando alguna referencia al respecto, sólo diré que en mi familia hay de todo. Abundan los artesanos, no faltan los comerciantes, hay ingenieros y médicos, y se cuentan en buen número los individuos que como yo hacen el papel de balas perdidas y van por el mundo sin oficio ni mucho beneficio.

Por lo que respecta a mí forzosamente debo clasificarme en la categoría de los «balas perdidas»; aunque también es cierto que por un simple fenómeno de equilibrio y moderación no llegué todavía a perderme del todo. Soy un sujeto normal que vive con la vulgaridad de cualquier hortera; sin embargo, como ando siempre de un lado para otro y no respeto bastante algunas cosas que parecen venerables, mis parientes ricos, que fían mucho en las palabras y las apariencias, me tienen por un tremendo revolucionario y por un vagabundo incurable.

Pero lo que son las cosas; a pesar de esta opinión sobre mi persona — por desgracia tan halagadora como inmerecida — yo suelo frecuentar a estos parientes ricos, y lo que es más raro, en la oportunidad casi anual de mis visitas, ellos me brindan una amable acogida.

Es mi tío Gumersindo Rey, esposo de una hermana de mi madre, un apacible señor de 70 años, gordo y asmático y cargado de otros achaques propios de su edad. Trabajó esforzadamente hasta los sesenta años y tanto de empleado como de patrón fué siempre un sujeto de costumbres metódicas y dió a su prole en toda circunstancia un ejemplo de modestia y tenacidad notables. Aunque yo no tengo profesión ni fortuna conocidas, suele escucharme con la deferencia que se concede a los individuos que cambian de traje a menudo, lucen un aspecto de discreto pasar y no dan serios motivos para ingresar en la cárcel. Claro está que para un hombre de su género, que hizo una carrera recta entrando de empleadillo en una curtiembre hasta llegar a ser dueño de la misma, mi vida resulta algo irregular y misteriosa; pero descontando ciertas inquietudes que no siempre he sabido ocultar, puedo decir que «la bala perdida» que suscribe, le inspira al viejo Gumersindo sentimientos de bondad y simpatía.

Esas inquietudes a que me refiero son — cosa vulgar — de índole económica, pues mi buen tío admite, juiciosamente, la posibilidad de que yo pueda pedirle dinero. No sucede esto porque tenga de mí mala opinión; pero ¿qué otra cosa ha de pensar un hombre de su escuela de un sobrino que en el mejor de los casos no deja de ser un tarambana? Esta prevención no se me pasó inadvertida y confieso que a costa de la misma he disfrutado de algunos ratos llenos de silencioso y grave regocijo. Y aquí diré en qué forma solían producirse estas escenas de pánico financiero.

No obstante pertenecer mis parientes a la categoría de los llamados nuevos ricos, la mangnífica casa en que viven está puesta con ele-

gante sencillez y buen gusto. Cuando yo, en las indicadas oportunidades casi anuales, voy por allí, mi tío dice cordialmente.

—¿Hola, muchacho, qué vientos te traen por esta casa?...

Como lo exacto es que mis visitas son desinteresadas y sólo tienen por objeto charlar un rato con el anciano, respondo.

—Pues hombre, es un viento... afectuoso. Me alegra mucho encontrarlo bueno y cada vez más fuerte.

El viejo Gumersindo sonríe; pero mis palabras sin duda le resultan un poco extrañas, pues al rato advierto que me observa, como diciéndose: «No es posible que este loco venga sólo a saludarme... ¿qué irá a pedirme?» Resulta evidente que desconfía de mí, y entonces yo, para vengarme, desarrollo mi comedia. Encuentro manera de hablar de un cierto amigo a quien le van mal los negocios y que necesita dinero. Mas, ay... ¿cuántos ricachos son capaces de prestar un peso en los sórdidos tiempos que corren? Mi tío instintivamente se encoge como evitando un peligro, sus ojillos se esconden y se queda serio, casi hosco. Yo, naturalmente, sigo lamentando las desgracias del amigo y mis palabras son tan quejumbrosas que el tío Gumersindo cree que ha llegado el momento de defenderse. Entonces habla de la juventud imprevisora y de la inutilidad de facilitar plata a los que no saben guardarla. Como al llegar a este punto ya mi venganza está consumada, resuelvo libertar al tío de sus inquietudes; para ello empiezo a burlarme del pobre diablo de mi amigo y a continuación cuento los milagros y grandezas de mi vida cada vez más seria y progresista. El tío parece agradecer en el alma el nuevo giro de la conversación y me dice.

—¿Y cómo te va a ti, perillán? ¿Ganas mucho dinero?

Y yo, qué voy a contar... Con el tono sencillo de un hombre que no fía en pequeñas vanidades doy a entender que intervine en la venta de un ingenio, que hice una operación de bolsas, que conozco el secreto del monopolio papero y participo de otras combinaciones cuya importancia tiene que reflejar sobre el afortunado mortal que las realice una luz optimista.

A estas alturas de los sucesos suelen aparecer mis primas; una solterona de lentes que me es hostil y dos muchachas que están extrañadas de que el joven Felipe Huertas—así me llamo—aun no se haya muerto de amor por ellas. La solterona con un tonillo entre desdeñoso y burlón que no puede remediar, pregunta.

—¿Eres tú?... ¿Cómo te va?

Yo creo que esas palabras equivalen a estas otras: «¿Aun no te has muerto mentecato?»—pero, por si me equivoco, sonrío y contesto.

—No tan bien como a tí, que cada vez estás más guapetona.

Las otras primas se echan a reir, me tienden la mano por lo alto en una forma bastante complicada y dicen al mismo tiempo.

—¡Ay, que Felipe, es el diablo!

Estas buenas señoritas monopolizan entonces la conversación. La solterona, que en el período gestativo de la fortuna paterna cosía sombreros, habla de las encopetadas damas y sus fiestas sociales o de beneficencia con una familiaridad absoluta. Está al tanto de lo que sucede en el mundo y sabe dar la impresión de que es ella en ese ambiente una figura muy solicitada; cosa que yo, en verdad, no podría poner en duda. Las menores tienen cierta versación en marcas de autos, cuando llega el verano hablan y van a Mar del Plata y en invierno charlan sobre las veladas del Colón y otras cosas por el estilo.

Posiblemente debido a que la continua repetición disminuye el interés de estos tópicos, mis primas descansan a veces de su delirio mundano y hablan de cosas más humildes. Sucede que hay otra prima, pobre, tan joven como linda que se casó con un chófer. El hecho de casarse con un conductor de autos no tiene nada de extraordinario; pero dase el caso de que el chófer había raptado a la muchacha y contrajo luego matrimonio civilmente, sin ningún aparato y sin darle al hecho mayor importancia. Mis primas, podría asegurarlo, no tienen un espíritu apto para comprender las más sutiles y profundas emociones del sentimiento religioso; sin embargo, esto no les impide acatar devotamente todos los mandatos de la Iglesia, y dicho se está que la muchacha que se fué con el héroe del volante, ha sido por tal causa objeto de las más severas fulminaciones. Principalmente Adelaida, la solterona que me es hostil, se queja de la corrupción de estos tiempos y, visiblemente sufre cuando le recuerdan que la fugitiva está cada vez más hermosa y que ama de veras al chófer convertido ya en propietario de un garage y padre de un niño, rosado y lindo como el sol.

Si la simpatía que me dispensan mis primas no es mucha, la que me testimonia su hermano Marcelo por ahí se anda. Este Marcelo, que dirige la gran curtiembre del tío, es un hombre alto, rubio, de faz cuadrada y desdeñosa. Debe juzgarme un pobre diablo, porque cuando me encuentra, generalmente, como para tenerme a distancia, me trata de usted.

—¿Qué dice, amigo?... ¿Por donde anda? Yo no me entero de la gravedad del saludo, y con la natural efusión de un pariente cariñoso lo tuteo hasta mortificarlo.

—¿Hombre, Marcelo, cómo va tu vida? ¿Suben los cueros?

Este hombre tan grande se siente molesto y es evidente que me daría un formidable puntapié. Pero tiene que contenerse. Somos primos, primos carnales, y por otra parte, en esos instantes en que lo hago sufrir, mi tío que es un poco raposo, quizá piensa en el pequeño David venciendo con su destreza al gigante Goliat, y pone la cara feliz de un bienaventurado que se ríe por dentro. El enorme Marcelo para desahogarse habla entonces de la soberbia de los pobres, de las pretensiones de los obreros cada vez más ambiciosos y gastadores, explicando a continuación con un criterio absolutamente burgués el condenable fenómeno de las huelgas. Cuando esto ocurre, yo lo escucho con una atención tan sincera que Marcelo se desorienta, y colmada ya la medida del desprecio que siente hacia mi persona, acaba por saludarme cortésmente y se retira.

Estas y otras impresiones por el estilo son las que recibo cada vez que voy a casa de mis parientes ricos; y debido a ello cuando abandono su magnífica casa y piso en la calle, a la par que respiro con cierta satisfacción me pregunto: «¿A qué diablos vendré yo aquí?» Sin embargo, pasan los días, y después de unos ocho o diez o quizá doce meses, vuelvo a entrar en aquella casa para tener el gusto de saludar al tío Gumersindo que, en medio de todo, con su sonrisa bondadosa y su amable tolerancia resulta un buen viejo.

DELIO MORALES

DIBUJO DE PALACIO



Centro humorístico "Espere un momento", que en el corso de esta localidad le fué adjudicado el primer premio, consistente en una artística copa de plata.

LA MODESTIA DE PADEREWSKI

Un grupo de turistas visitaba la casa de Beethoven. Uno de ellos, una muchacha de unos veinte años, se sentó ante el piano de Beethoven y tocó la "Sonata de la luna" de un modo que distaba bastante de la perfección: ¡una obra del propio Beethoven en su mismo cuarto, en su mismo piano!

Cuando la muchacha terminó, levántandose, dijo al guarda de la mansión:

—Se me figura que los más famosos músicos habrán estado aquí y tocado en este instrumento.

—Sí, señorita — contestó el encargado gravemente.— Paderewski estuvo aquí el año pasado, y sus amigos le instaron a que tocara; pero él, moviendo la cabeza, dijo:

—No, yo no soy digno de ello.

La densidad de las grandes poblaciones es enorme. La sexta parte del censo de la población de la Gran Bretaña vive en un área de quince millas de Charing-Cross.



NUEVOS DISCOS DE LA SEMANA

Tres de las últimas grabaciones del inmortal tenor ENRICO CARUSO.

Discos Victor de 30 ctms., $ 5.80 c/uno.

88599 **"Pietá Signore"** Célebre plegaria (Stradella).
88617 **"Largo"**. (Xerxes) de Handel.
88623 **A Granada.** Popular canción española.

DUO ROSITA QUIROGA Y DEL CARRIL

Disco doble Victor 25 ctms., $ 3.— c/u.

77256 **La Garconne.** Tango canción por R. Quiroga. **Serenata Araucana.** Estilo regional a dúo.

Orquesta Típica O. FRESEDO.
Discos dobles Victor 25 ctms., $ 3.—.

77259 **Mi maja.** Tango. **Ilusión Perdida.** Tango.
77266 **Deshojando.** Tango. **Murió la Pebeta.** Tango.

Orquesta ROBERTO FIRPO.
Discos Nacional dobles 25 ctms., $ 3 c/u.

6240 **El viejo Vizcacha.** Tango con serrucho. **My Love** (Mi amor). Shimmy con serrucho.
6241 **Ambiciosa.** Tango con serrucho. **Vida mía.** Tango.
6243 **Thanks You** (Gracias). Shimmy con serrucho. **Qué plancha.** Tango.
6245 **Radio Sud.** Tango con serrucho. **Pobre ñata.** Tango.

Orquesta Típica y Jazz Band F. CANARO.
Discos doble Nacional, 25 ctms., $ 3 c/u.

6962 **El templo de Venus.** Fox Trot con serrucho. **Clotildita.** Tango.
6964 **Sonrisas árabes.** Shimmy con serrucho. **China de mi amor.** Zamba.

DUO NACIONAL VEGA-DIAZ

Discos Victor dobles de 25 ctms., $ 3 c/u.

77257 **La Tirana.** Tango canción. Solo R. Díaz. **Princesita.** Tango. Solo R. Díaz.
77260 **Morfinómano.** Tango. Solo R. Díaz. **Nativas.** Gato-dúo. Vega-Díaz.

Orquesta Típica COBIAN.

Discos dobles Victor de 25 ctms., $ 3 c/u.

73995 **Virginia.** Tango. **Piropos.** Tango.
77258 **Viaje al norte.** Tango. **Tierra Andaluza.** Paso doble.
77261 **La Confesión.** Tango. **Tapete verde.** Tango.

Orquesta PACHO.
Discos dobles Nacional de 25 ctms. a $ 3.— cada uno.

7414 **La cantinerita.** Tango. **Alondra.** Tango.
7416 **Copa de oro.** Tango. **Cariñosa.** Tango.

Fox Trots Americanos de gran éxito. Discos "Brunswick" dobles de 25 centímetros $ 3.— cada uno.

2424 **Argentina.** Fox Trot. **Once Upon a Time.** Fox Trot.
2445 **Yes! we Have no bananas.** Fox Trot. **Langlost mama.** Fox Trot.
2447 **Stella.** Fox Trot. **Now that i need you, youre come.** Fox Trot.

IGNACIO CORSINI.
(con acompañamiento de 2 guitarras). Discos dobles Nacional de 25 ctms., a $ 3.— cada uno.

224 **Sombras.** Tango. **Juan de los Santos Arena.** Estilo.
225 **Sacate la caretita.** Tango. **Mi Alazán Tostao.** Zamba.

CASA AMERICA
(STAHLBERG & RIGOTTI)
CASA AMERICA

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

De Quilmes


El doctor Elustondo, rodeado por un núcleo de amigos y por los miembros de la C. D. de la Sociedad Española de S. M., después del banquete que le fuera ofrecido con motivo de su próximo viaje a extranjero.

UN COLMO

Chésterton, el célebre literato inglés, fué considerado no sólo como uno de los hombres más ingeniosos, sino también como uno de los más distraídos de la Gran Bretaña. Para contrarrestar en lo posible las lamentables consecuencias de sus distracciones, su esposa solía acompañarle siempre. Pero un día, estando ésta *indispuesta*, Chésterton había de dar una de sus famosas conferencias. Por más que la esposa, preocupada, le preguntó repetidas veces antes de que abandonara la casa: «¿Gilbert, estás bien seguro dónde has de ir para dar la conferencia?» — él, al poner los pies en la calle se dirigió hacia la estación, donde pidió un billete para Free Trade Hall. «¿Será el de Glasgow?» — preguntó el empleado, lejos de pensar de que, por distracción, pudiese tratar del edificio de Londres.

Chésterton, en efecto pagó su billete y se fué a Glasgow; al llegar a esta ciudad tomó un coche para trasladarse a Free Trade Hall. Pero en este establecimiento nadie sabía nada de la conferencia del literato londinense; de modo que éste, fastidiado por fin y desconcertado, se llegó a las oficinas del telégrafo para enviar a su esposa el telegrama siguiente:

«Estoy aquí; ¿dónde es que debo ir?»

Las personas feas o deformes están, por lo común en paz con la Naturaleza: ésta las ha maltratado y ellos la maltratan a su vez.


Mod. 14.

Mod. 14.—Elegantísimo sombrero en terciopelo de seda broché, con gran adorno de cinta y fina fantasía, en negro y colores,

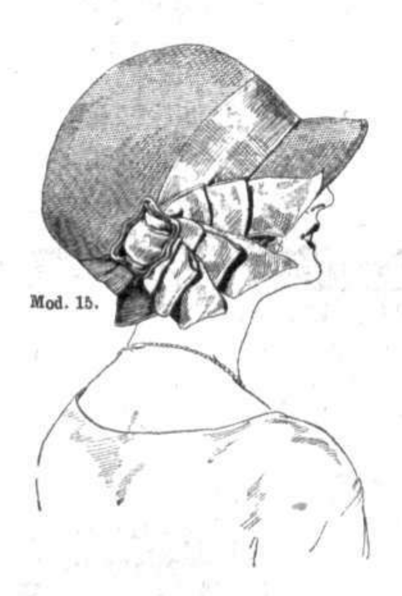
$ 13.50

Mod. 16.—Elegante chambergo de fino castor, adornado con gran moño de cinta de seda, todos colores,

$ 7.25


Mod. 16.

Señora: La **Casa Izquierdo.** Carlos Pellegrini, 490, invita a usted a visitar su departamento de MODAS en el que presenta el más bello conjunto de modelos de gran actualidad.


Mod. 15.

Mod. 15.—Sombrero de gran moda, en fino fieltro adornado con lindas hebillas y cintas. Gran variedad de colores y estilos,

$ 10.50

Mod. 17.—Elegante gorrito de gran actualidad, en terciopelo y crêpe georgette,

$ 13.50


Mod. 17.

Los pedidos del interior los despachamos en el día, debiendo agregarse $ 1.— para embalaje y franqueo.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

C. Pellegrini, 490. U. T. 38 Mayo, 0313. Buenos Aires.

NOTAS SOCIALES

Con los últimos días del mes de marzo, termina — según el protocolo mundano — la faz más animada del veraneo elegante... La vida se hace apacible y serena en nuestro Biarritz; muchas de las suntuosas residencias de la loma, cierran sus ventanas a la gloria del sol, dando esa impresión desoladora de la morada desierta, que es como un alma muda y dormida bajo los párpados que ocultan celosamente la vida, o la ilusión del vivir...

En cambio, dentro del tumulto de la gran ciudad, se perciben poco a poco, como chispazos, las impresiones de elegancia, de exquisita gracia; es que llegan algunas brillantes figuras femeninas, en rápida inspección de tiendas y modistas... a veces, resuelven instalarse definitivamente, otras, en cambio, anhelan descansar por breves días en la estancia, hasta que pasen las horas consagradas para el recogimiento, y a veces, hasta para el examen de conciencia, práctica muy difícil de conservar en medio del vértigo de la vida super-chic que han llevado ustedes, lectoras amigas, durante los dos últimos meses...

Y es el caso de preguntarnos unas a otras: ¿puede hacerse algo así como un balance o síntesis de tantas y tan sonadas actividades? Porque ya no hay medio de hacer balance sentimental como en años anteriores; ¡daría seguramente muy pobre resultado!... Todo el comentario gira actualmente en rededor del extraño rumbo que van tomando las costumbres de nuestra sociedad; podría creerse que una corriente perturbadora e irresistible arrastrara aquellos sentimientos de íntima delicadeza que fueran proverbiales en las mujeres de nuestra raza... No olvidemos ¡por el amor de Dios! que el culto del pudor y del recato debe ser cualidad inherente en la mujer; ante todo, para su dignidad personal, y luego — fuerza es confesarlo — para no romper su encanto...

Es realmente curioso el escuchar — en animada rueda mundana — las distintas impresiones: hay quien asegura que «la excesiva liberalidad de ciertas figuras juveniles, traspasa ya los límites del decoro, así se trate de jóvenes mamás o de niñas quinceañeras...» En cambio, no falta quien afirme que «todo espectador que permanezca fuera del brillantísimo círculo mágico, exagera y magnifica sus actos más insignificantes...»

¿Cómo desentrañar una impresión exacta al oir tan interesante controversia? Sin embargo, ciertos síntomas revelan que el mal está latente y que a la cordura femenina incumbe provocar cuanto antes, en nuestro ambiente, una reacción de moralidad...

Entre las pequeñas malignidades corrientes, acabo de oir — de labios de un viejo y atildado «clubman» — que los modistos, o mejor dicho los *maîtres de la couture* están anonadados ante el peligro que representa una de las más interesantes novedades de la vida de playa. Parece que nuestras elegantes, siguiendo la iniciativa de los *snobs*, desdeñan ahora todo sentimiento de vanidad o de coquetería; aquella vieja práctica de cambiar su atavío cuatro o seis veces al día, pasó a la *historia*... *El traje de baño es el uniforme de rigor*, y ya que los caballeros — de todas edades — demuestran su preferencia por el parco traje en todos los momentos del día, las figuras femeninas que imponen la moda, han hallado que no hay nada más divertido que organizar fiestas de índole especialísima. Se reune un grupo de matrimonios jóvenes a la hora del baño, en determinada playa; después de la obligada cura de sol, se almuerza en un modesto hotelito de los alrededores, y en seguida del almuerzo se improvisa el baile — conservando el mismo traje, naturalmente — y dura la fiesta hasta las ocho de la noche...

¿No les parece a ustedes presenciar una de las más animadas escenas de la «Escuela de las garçonnes»? ¡Y hay quien halle exagerada para nuestro ambiente la decantada aventura!

Los trajes de disfraz han sido este año — según se *asegura* — de una simplicidad extraordinaria, casi podríamos decir, ¡asombrosa! Se cita desde la ceñida malla negra y la robusta silueta de las nodrizas, hasta la ágil araña que mencionáramos días pasados; si alguna de esas máscaras dijo cosas muy extrañas para labios juveniles, escucharon también cosas más extrañas aún... Y es que la moda nos impone hoy el sostener discreteos de muy dudoso gusto, y si no seguimos la corriente, amigas mías, nos exponemos a vernos elegantemente *boycoteadas*... Cuentan que en una aristocrática comida ofrecida por dos deliciosas figuras femeninas, se decidió excluír a una pareja de recién casados, estrechamente vinculada a los invitantes, como a su brillante circulillo, porque se les consideraba *demasiado serios;* y en realidad, no han entrado aún en la corriente, no *flirtean*...

La misma resistencia se opone ahora a los jóvenes que, a pesar de pertenecer por su rango a los círculos más distinguidos de nuestra sociedad, prometen ser hombres de provecho; cuando esos jóvenes se han destacado brillantemente en sus estudios, conquistando merecidos prestigios, se les hace la vida difícil, cuando quieren disfrutar de la *fiesta del mundo* — ya sea en la playa aristocrática, o en las estancias en que se hace vida de *château*... — En algunos casos, cuando comprenden que su superioridad deprime y molesta, abandonan serenamente un ambiente que en verdad no les interesa.

LA DAMA DUENDE.

Buenos Aires, marzo de 1924.

LA AURORA

Todos los días, cuando va surgiendo,
de su esplendor admiro la grandeza.
¡Como que es la más límpida belleza
del misterio creador más estupendo!



Tal maravilla nuestros ojos viendo
sienten que una impresión nueva los besa,
y es tan soberbia la naturaleza
¡que hasta el fondo del alma llega ardiendo!



Oh, fantástica aurora peregrina!
Quien conozca tu encanto se ilumina
deslumbrado ante ti gloria del cielo.
— ¡Que hasta el silencio de tu vida hermosa,
va el poeta — en su ruta dolorosa —
buscando la caricia de un consuelo!

CARLOS B. PAZ


PINERAL
EL MEJOR DE TODOS
LOS APERITIVOS
PINERAL
PRODUCTO ARGENTINO
SI Vd. QUIERE RECUPERAR FUERZA Y APETITO TOME
Pineral
GRAN APERITIVO
PINI HERMANOS y Cía. - Buenos Aires.



Parte de los concurrentes al animado baile de disfraz que se realizó en los salones del Club del Progreso.

UN INVENTO QUE INTERESA A LOS AUTOMOVILISTAS

No es un invento muy veraniego, que digamos, pero acaba de hacerse ahora por un inglés, y conviene que tomen nota los que proyecten alguna excursión larga para el invierno que viene. Su objeto es evitar que las manos del *chauffeur* se entumezcan cuando hace frío en virtud del contacto con el metal de la rueda-guía.

El invento no puede ser más sencillo. Un chorro de agua caliente, procedente del motor, pasa por dentro de la rueda, a la que llega por medio de un tubo flexible puesto en comunicación con uno de los rayos, que está hueco, y después vuelve al depósito del agua. No es necesario que el chorro sea continuo: su paso por dentro de la rueda durante medio minuto basta para calentarla para un buen rato.

UN AMIGO FEMENINO

Sorprendido un estudiante por la llegada de su padre, envió a la criada de la casa donde paraba a la de una chica a quien había dado una cita.

— Discúlpame, Juana — la dijo,— y cuando vuelvas, si me encuentras con mi padre, habla como si vinieras de casa de unos amigos.

La sirvienta se fué, volviendo a la media hora, cuando el padre acababa de abrazar a su hijo.

— Vamos — le preguntó el estudiante. — ¿Has hallado a mi amigo?

— Si, señor — respondió Juana.

— ¿Y qué te ha dicho?

— Que iba a pasar la noche a la tertulia de...

— ¿Y qué hacía cuando tú llegaste?

— Se estaba poniendo el velo.

Un servicio que no tiene precio es nuestro servicio de expedición.

Gracias a él, cualquiera puede conseguir lo mejor en farmacia a los mejores precios con sólo hacer los pedidos a GIBSON, por carta o teléfono, que GIBSON los despachará de inmediato entregándolos en el domicilio del cliente en la Capital o bien haciéndolos salir por el primer tren, si es para el interior. Comprende este servicio cualquier pedido por pequeño o grande que sea; en cualquiera de los dos casos la atención es la misma.

Y ya es sabido que la atención GIBSON, como su servicio de expedición, son verdaderamente únicos.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.





Grupo de familias que concurrió al atrayente picnic organizado por un núcleo de jóvenes de esta localidad.

EL MEJOR OCULISTA

Goyen, pintor del zar Pablo de Rusia pintó, por encargo del soberano, un cuadro en el cual debían aparecer retratos de diferentes personalidades conocidas. Un día que el zar visitó al artista durante su trabajo, le dijo que los retratos no eran semejantes a los originales y preguntó cuál podía ser el motivo. El pintor contestó:

— «Se debe a que no veo bien y tampoco tengo bastante aceite para que arda bien mi lámpara.»

El zar, que comprendió a qué clase de aceite el pintor se refería, le envió el mismo día algunos miles de rublos con la anotación: «Para la lámpara de Goyen.» Algunos días después encontró el zar al pintor que se paseaba en la Alameda Laulawsky y le preguntó:

— «Bien, maestro Goyen, ¿ve usted mejor»?

— «Seguramente que sí, Señor— contestó el pintor; — en toda Europa no hay mejor oculista que Vuestra Majestad.»

MUCAMO LISTO

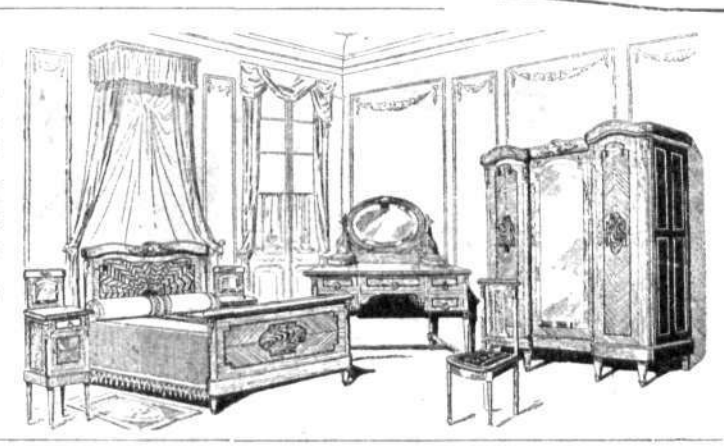
— ¿Qué se hizo una carta que dejé sobre el escritorio?

— Señor, la he llevado al correo.

— ¡Majadero, si no tenía puesta la dirección! ¿No lo has visto?

— Sí, señor; pero creí que no quería usted que se supiera para donde iba.













BUENOS AIRES, 5 DE ABRIL DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1331

JOSÉ S. ÁLVAREZ

FUNDADOR



REGATAS INTERNACIONALES EN EL TIGRE

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN EL YATE «ADHARA»

El doctor Alvear, su señora esposa doña Regina Pacini de Alvear, el Ministro de Guerra, general Justo, y el administrador general de la Aduana, señor Lupo, a bordo de la embarcación presidencial desde donde presenciaron las incidencias a que dió lugar la clásica fiesta náutica.

Foto de Vargas.

Creación de una Cátedra de Lectura y Declamación



El Ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, rodeado del director, señor Alfredo G. Villalba, y del personal docente de la Escuela Normal de Profesores, en el acto inaugural del nuevo curso agregado al plan de enseñanza superior de dicho plantel educativo.

Conferencia en el Colegio Militar



El doctor Alfredo Fernández Verano, presidente de la Liga de Profilaxis Social, desarrollando su tesis ante los jefes, oficiales y cadetes de nuestra institución militar.



El delegado internacional, comisionado Wm. Howard; el jefe territorial, señor Larsson, y miembros del Estado Mayor del Cuartel General del Ejército de Salvación, que asistieron a la manifestación pública verificada por todos los elementos que

Banquete al boxeador Spalla



Asistentes a la comida con que fué obsequiado el campeón europeo de peso pesado, organizada por la revista italiana "Il Littore" y celebrada en la sociedad "Italia Unita".

Doctor Francisco J. Oliver



Intelectual y político de larga y brillante actuación, diputado nacional y ex-ministro de Hacienda, era el finado además un vigoroso escritor y un notable economista cuyo fallecimiento, que ha sido muy sentido, significa una verdadera pérdida.

Doctor Juan José V. Britos



Caballero cuyas estimables prendas de carácter y de cultura eran ampliamente apreciadas en todos los círculos sociales a que pertenecía, y colaborador que fuera de nuestra revista, su muerte ha constituído una dolorosa y lamentable sorpresa.



Anverso y reverso de una de las medallas de oro obtenidas por „Caras y Caretas" en la Exposición Internacional del Centenario de la Inde-

LA "SABOYANA" DE ALFONSO DANVILA

La diplomacia ha dado siempre a las letras distinguidas personalidades. Los Eça de Queiros, Valera, Eduardo Wilde, Icaza, Danvila Jaldero y muchos otros ingenios, prácticos en el mundo de los observadores e investigadores, lograron renombre con sus obras finas y penetrantes.

Nuestro huésped diplomático, el notable escritor don Alfonso Danvila Burguero, ministro consejero de la Embajada Española en la Argentina, pertenece a esa brillante pléyade. Conocido por su prosa hidalga y pulida, que ha honrado varias veces estas páginas, no es necesario presentarlo a los lectores.

Ahora publicó en bien presentado volumen su estudio «La Saboyana», segundo episodio de la serie que se ha propuesto hacer bajo el título general: «Las luchas fratricidas de España». La obra con que inició su alta empresa se llama «El testamento de Carlos II», y en ella hizo primores de erudición y arte. En «La Saboyana», digna continuación de la serie, escribe las memorias anecdóticas, galantes y políticas de una aristócrata francesa que viajó mucho por la península. El relato interesante, la descripción fiel, los juicios sagaces, convierten al libro en un manual ameno y literario de historia española, donde la fantasía adornó elegantemente a la verdad.



En honor del Ministro argentino en Francia



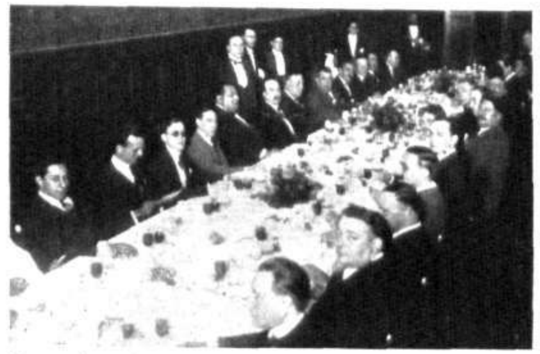
El doctor Federico Alvarez de Toledo con las autoridades y miembros del Comité de Sociedades francesas que le obsequiaron con un banquete con motivo de su alta designación oficial.

Reunión en la Bolsa de Comercio



Aspecto que presentaba el gran salon durante la asamblea celebrada por los socios a fin de ratificar la reforma del reglamento y proceder a la renovación de parte de las autoridades.

ROSARIO



Comensales en la demostración que un grupo de amigos ofreció al vicegobernador, señor J. Cepeda, para festejar el triunfo de las elecciones provinciales.



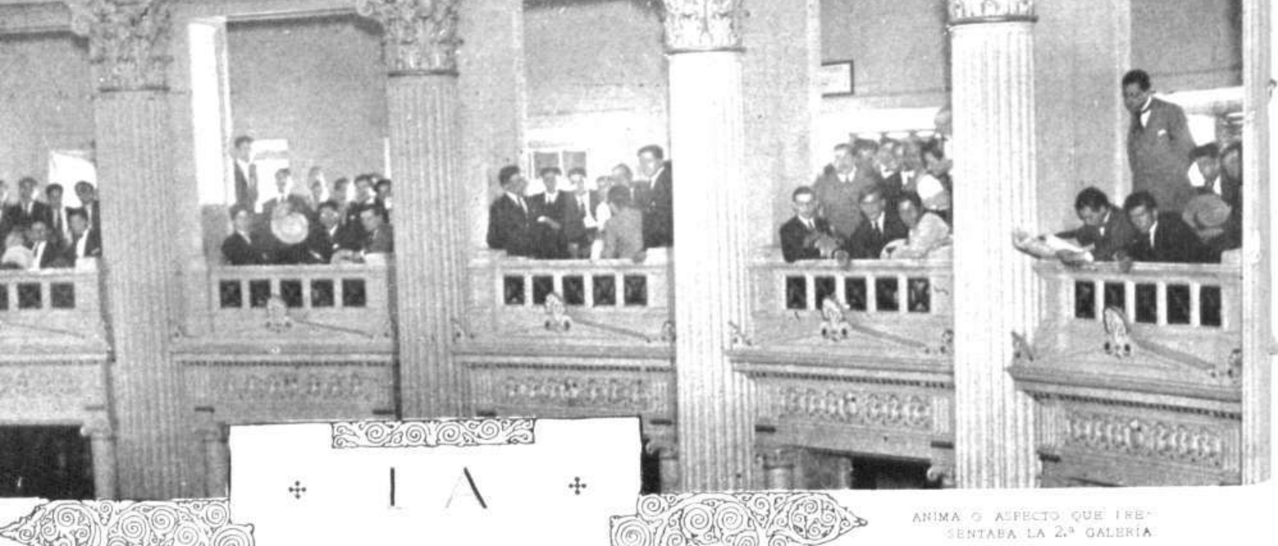
El doctor Garay presidiendo el escrutinio verificado en el Jockey Club en las elecciones para presidente, resultando elegido el doctor Emilio F. Solari.



El cónsul de España, doctor David Carreño, rodeado de los colegas y amigos que le dieron un banquete de despedida por su traslado a Bahía Blanca.



Público agolpado frente a la pizarra del diario "La Acción", siguiendo el curso de las informaciones electorales procedentes de la capital federal.



LA LUCHA ELECTORAL

ANIMADO ASPECTO QUE PRESENTABA LA 2.ª GALERÍA DEL CONGRESO DURANTE LA MARCHA DEL ESCRUTINIO

EL ESCRUTINIO EN EL CONGRESO

EL CANDIDATO RADICAL, DOCTOR FONROUGE, EN COMPAÑÍA DE UNO DE LOS FISCALES, VERIFICANDO UN CÓMPUTO





EL DIPUTADO NACIONAL, DOCTOR ADOLFO DICKMANN, ENTERÁNDOSE DE UNA DE LAS PLANILLAS CON LOS FISCALES SOCIALISTAS.

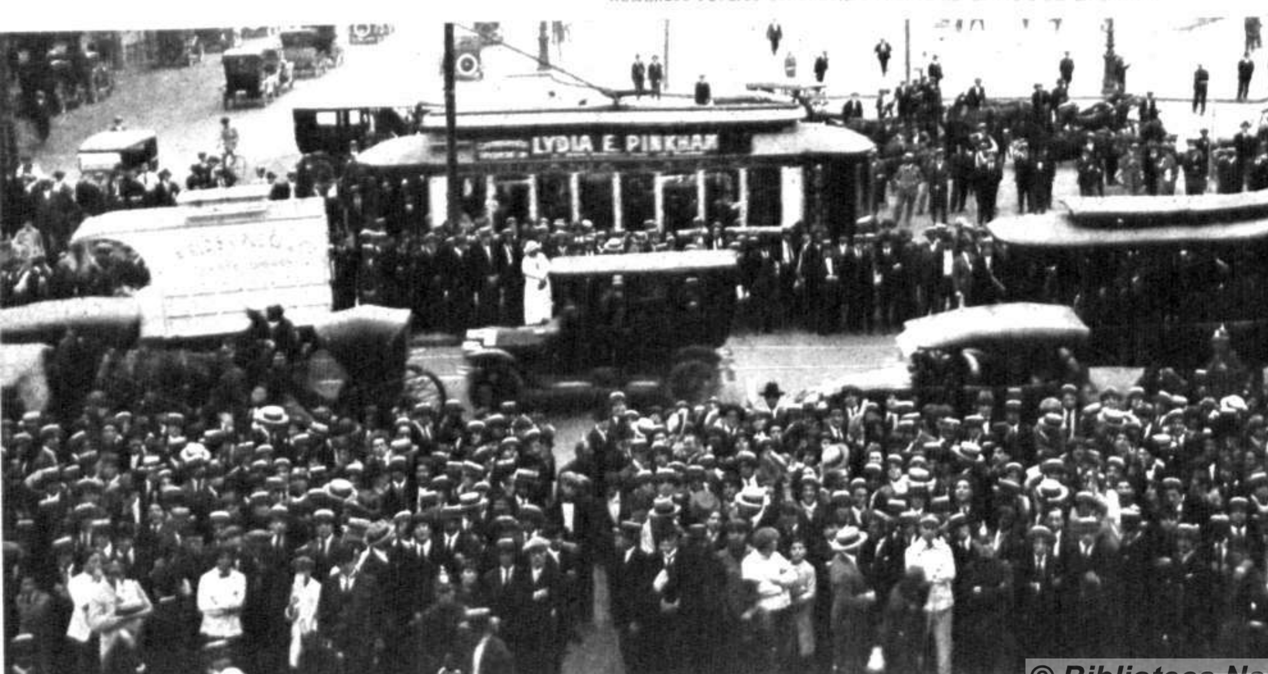


LOS PERIODISTAS DEDICADOS A SUS ARDUAS TAREAS INFORMATIVAS EN UNO DE LOS MOMENTOS DE MAYOR INTENSIDAD.

UN REPÓRTER TRANSMITIENDO POR TELÉFONO A SU DIARIO EL RESULTADO PARCIAL DE UNA DE LAS MESAS.



NUMEROSO PÚBLICO CONGREGADO FRENTE AL EDIFICIO DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS, SIGUIENDO LAS ALTERNATIVAS DE LA VOTACIÓN





COLOCANDO LOS RESULTADOS DEL ESCRUTINIO EN EL TABLERO.



MESA ESCRUTADORA QUE FUE PRESIDIDA POR EL DOCTOR JANTUS.

EL DR. ARIAS, PRESIDENTE DE LA JUNTA ELECTORAL, LEYENDO LAS BOLETAS.

EL DR. PODESTÁ, CANDIDATO Y PRESIDENTE EN FUNCIONES DEL PARTIDO RADICAL, VIGILANDO LAS OPERACIONES.

LOS PERIODISTAS TOMANDO NOTA DE LOS RESULTADOS PARCIALES DE LA VOTACIÓN EN EL HALL DE LA CÁMARA.

[illegible] PRESIDIDA POR EL DR. [illegible]

BRAVO



PRODUCIDAS las conocidas incidencias últimas, solicitamos del doctor Bravo una entrevista.

Nos acoge cordialmente. Tiene esta casa para él particulares motivos de simpatías y no pierde ocasión de manifestarlo así.

En su despacho de abogado todo es sencillez. Nótanse allí los rastros de una labor intensa. Rodeado de sus libros, de sus folletes, de sus expedientes, el doctor Bravo se nos antoja un trabajador rudo e incansable, uno de esos obreros cuyas ilusiones, aspiraciones y anhelos supo tan bien representar y defender desde los estrados de las tribunas parlamentarias. Su voz, clara y vigorosa a la vez, tiene inflexiones diversas; de pronto parece un clarín vibrante y avisor, y de pronto descubre las ternuras escondidas del poeta...

—Su renuncia a la senaduría ¿es irrevocable?

—Sí. De otro modo mi situación dentro del partido sería irregular e incómoda. Amo, sobre todas las cosas, mi libertad de acción y no me siento capaz de renunciar totalmente a ella.

—¿Respecto a su actuación futura?...

—Seguiré ejerciendo mi profesión, a la cual dedicaré desde ahora todas mis energías. Volveré a la literatura con el mismo entusiasmo de los primeros días... Como ustedes ven, no he podido matar al literato que hay en mí.

El doctor Bravo sonríe optimista y alegremente. Tenemos en ese instante la íntima convicción personal que, en efecto, la literatura, en el espíritu del ex legislador socialista, triunfa sobre la política. Dentro de un marco severo y sencillo la efigie del gran Sarmiento, colocada detrás de la mesa de trabajo, atisba curiosamente; parece como si el glorioso luchador recriminara en silencio esta profesión de fe, breve y escueta, que nos hace el doctor Bravo. Para Sarmiento la política era la batalla, la gran batalla necesaria para su espíritu como el aire para la vida. Y el ex legislador socialista abandona las voluptuosidades del combate político para entregarse, en el silencio amoroso de la meditación, a las caricias de las musas...

El doctor Bravo nos habla luego de las causas que le obligaron a presentar su renuncia. Baja el tono de su voz pero el acento es rotundo y enérgico. Para ciertos espíritus demasiado libres y que aman, sobre todas las cosas, el espectáculo maravilloso y variado de la naturaleza, los primeros impulsos, que son siempre los más generosos, toman el carácter de una decisión irrevocable. No queremos hablarle de la posibilidad de volver atrás. En su mirada y en su rostro entero se reflejan por igual la valentía y la tenacidad de sus pensamientos.

Su renuncia, sin embargo, no entraña una claudicación de ideas, y el doctor Bravo nos asegura al respecto:

—He aprendido a no dar a los hombres sino un valor transitorio y a atribuir el considerable mérito de lo perdurable a las grandes ideas. No soy un desertor de ideas. Fuera del partido seguiré cooperando en el desarrollo de los anhelos humanos que nos son comunes.

Libre de ataduras, la labor literaria del doctor Bravo ha de ser fecunda. Nos es lícito esperarlo todo del talento. Y el ex legislador socialista tiene, ante todo y sobre todo, un exquisito talento literario.

CARLOS ERNESTO MANGUDO

ENLACES







SEÑORITA OBDULIA ARCE CON EL SEÑOR ALFREDO J. BALESTRINI, EN LA CAPILLA DE LAS VICTORIAS.

SEÑORITA ELSA MARÍA POVIÑA CON EL SEÑOR CÉSAR R. TORRES, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

SEÑORITA SARA TRAPANI Y LARA CON EL ALFÉREZ DE NAVÍO EDELMIRO A. CABELLO, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



FIGURAS DE ACTUALIDAD
Sr. ROKURO MOROI
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO
DEL JAPON
por
ALONSO

Así firmó en japonés
y en castellano después.



Los últimos modelos de la Moda

COMO MODELO VIVIENTE Y ATRAYENTE PARA EXHIBIR SUS NOVEDADES Y ELEGANCIAS FEMENINAS, LA MODA HA QUERIDO, EN LA PRESENTE TEMPORADA NEOYORQUINA, VALERSE DE LA FIGURA DE LA MUY GENTIL ARTISTA ANITA STEWART; Y AQUÍ SE NOS MUESTRA ELLA LUCIENDO UN COSTOSO ABRIGO DE BROCADO, A COLORES CLAROS, CON FORROS DE SATÍN, CUELLO ESTILO MILITAR Y BOCAMANGAS DE MANGUITO, PRENDA QUE HA SIDO DISEÑADA POR EL CONOCIDO DIBUJANTE L. P. HOLLANDER Y QUE [illegible] DISTINCIÓN Y ESPIRITUALIDAD.

EL ANCHI DE DOÑA DANIELA

POR

CIRO TORRES LÓPEZ

DIBUJOS DE BESARES




IMBREANTES las flacas y largas piernas, avanzaba El Anchi, caballero en su «Pioresnada», yegua chiquita y escuálida. Traía a la rastra un cardón seco, cactu gigantesco que fuera a buscar en lo más escarpado de los barrancos de Palmira, finca vecina.

Cuando llegó frente a la iglesia, se detuvo, sin desmontar.

A poco apareció doña Daniela, su madre, la cual traía otro cardón:

— ¿Qué hacís? ¿Por qué no entrás? — le gritó.

— En... en... entro, máma?

— ¡Claro! ¡Inservible!, ¡entrá!

Meneó talones a la jaca entonces, y persignándose, avanzó hasta el centro del vasto patio de la iglesia. Desató el cardón, sin bajarse, y esperó.

— ¡Andáte pa la casa y largá la yegua! — ordenó luego la mujer, mientras ella desataba a su vez su cactu.

El Anchi se marchó como había venido, paso a paso, con las piernas al aire, bailoteando. Un momento después lo siguió la madre.

Más tarde regresaron trayendo pajas, cohetes, pedazos de sal, papeles y «pocotos». Anoticiados, unos muchachos acudieron, y entre todos se pusieron a rellenar los cardones; mientras El Anchi sudaba cavando los hoyos en donde los plantarían.

Cuando estuvieron enterrados, bien firmes, semejando grandes candelabros con sus brazos curvos hacia lo alto, doña Daniela, los muchachos y unas niñas de la localidad, que habían acudido — habladas de antemano — penetraron en la iglesia, a lavar la cara a los santos, a barrerla, previa batida con humazo a los murciélagos, y a limpiar un poco las flores de papel y de género que adornaban el altar, pues al día siguiente era la fiesta.

Al llegar a la casa, El Anchi libertó a su jaca y se dirigió a la cocina en busca de su olla de comida. Era éste un zote largo como un álamo, y más flaco que una espina, ceceoso de nacimiento, patizambo. Tenía la cara sucia, angulosa, estirada como la de una mula; los ojillos chiquitos y metidos el uno en el otro; cuatro pelos en la barba, y una boca como túnel, en la que brillaban unos dientes blancos, grandes, parejos y magníficos. Iba pobremente vestido, descalzo, rotoso; cubriéndose con un gran sombrero grasiento, de alas caídas en forma de hongo, por uno de cuyos agujeros asomaban rígidos mechones de cabellos. Era hijo de doña Daniela; la secundaba en todo trabajo, mansa y silenciosamente siempre, y lo único que él exigía a cambio; lo único que le preocupaba, le interesaba y le era indispensable; lo único que removía sus facultades, ponía brillo en sus ojos, y a veces lograba de él actitudes violentas, era su olla de anchi, residuo éste en forma de sémola, de la chicha. Todas las mañanas, indefectiblemente, doña Daniela ponía a la lumbre la tal ollaza, agregando a la sémola un poco de agua y de sal. A eso de las diez, ya lista, la retiraba del fuego. A las





doce El Anchi le hacía los honores, aunque muy parcamente; a las cinco de la tarde comía las tres cuartas partes de su contenido, comía hasta hartarse, riendo de placer, en el colmo de la felicidad; y por la noche, a las ocho, cenaba el resto.

Al penetrar en la cocina sintió un ruido, y cuando se dió cuenta, vió que por entre sus piernas salía como una exhalación, el pila de la casa, todo sucio de amarillo.

—¡Ta pila y mi... mi... miésca! — exclamó, presintiendo una desgracia, y a paso apresurado se llegó al sitio donde había guardado su ollaza, y ¡oh desesperación! ¡El pila se había comido su anchi! Furioso, lanzando interjecciones guturales, todo demudado el semblante, el opa salió al trote de la cocina, en busca del pila, dispuesto a matarlo. Extrajo de la cintura su honda, la cargó con una piedra y ¡ay del pila! Pero el animal, al divisarlo a la distancia en tan para él conocida actitud, emprendió la fuga saltando por entre los matorrales como una liebre. El Anchi, implacable, jurando y perjurando toda clase de votos, lo siguió a la carrera por espacio de una hora, apedreándolo; pero sin conseguir su venganza. Al fin, cansado, rabioso siempre, El Anchi regresó a la casa, y sintiendo hacia la maldita cocina y hacia todas las ollas vacías un odio incontenible, se puso a bombardearlas con su honda. Al ruido de los chirimbolos que volaban hechos trizas, acudió doña Daniela que acababa de llegar a la casa.

—¡Pero opa e los diablos!, ¿qué táis haciendo? — exclamó iracunda.

El Anchi no le hizo caso y continuó el bombardeo, haciendo saltar a pedradas fragmentos resplandecientes del fogón.

Doña Daniela comprendió que el opa estaba verdaderamente enfurecido. Se le llegó entonces y tomándolo apenas de las ropas, con voz dulce, le dijo:

—Pero Anchi, hijo, ¿qué te sucede? ¿Por qué ti has enojao tan fiero?

—¡Umbb!

—Sosegáte, ¡Anchi! ¿Que ti has quedao con hambre?

—¡Umbb!

—¡U! ¡opa caprichudo! ¿Qué te sucede, ma ver? ¡Hablá! ¿Querís que ti haga más anchi? ¿Ti ha faltao el anchi?

—Lo güá ma... matár al pi... píla!

—¡Qué! ¿Ti ha comío el anchi?

—¡Lo güá ma... matar al píla!

Y cansado de apedrear, y sobre todo entristecido por su inmensa pérdida, se sentó cerca de allí, sobre una piedra, con su honda cargada en la mano, esperando al enemigo. El enemigo ¡sabe Dios en dónde estaría a esas horas!

Doña Daniela penetró a la cocina, rezongando, lamentándose, echando ternos y santiguándose. El cuerpo del delito le dió la clave de la follonería del pila hacia su amo. Y comprendiendo que el opa no se movería de donde estaba, que no habría poder humano capaz de hacerlo trabajar esa tarde, y que a lo mejor, se negaría a acudir por la noche a la iglesia, si no le cocinaba inmediatamente su ollaza de anchi, se puso a la tarea.

Dos horas después El Anchi continuaba en el mismo punto, sentado, inmóvil, esperando a su enemigo. Doña Daniela le arrimó la olla humeante del nuevo anchi, y le dijo:

—Bueno, comé aura y después andáte a tráir las pencas pa las velas.

El opa siguió quieto, mudo, como una estatua.

A pesar de su empaque, el rabillo del ojo empezó a traicionarlo, fijándose con mayor insistencia cada vez en la olla tentadora. Después la miró rápidamente, a intermitencias, acariciador, avergonzándose. Luego le sonrió. Echó una mirada en torno, y como no había alma viviente por allí, se decidió al fin.

A medida que comía su sonrisa se tornaba más clara, más extensa, más completa. Su hambre, exacerbada por la espera, se vengaba.

Tenía derrotada ya a la ollaza, cuando de súbito cesó en su descomunal tragar. Allí, en su frente mismo, escondido detrás de un chañar, asomaba a intermitencias su cabeza pelada, de orejas puntiagudas y tiesas, «Pochocho», el pila rapaz. Su primer impulso fué el de coger la honda que yacía a su lado. Pero como el estómago lleno prestaba alegría al corazón, desistió de su venganza. Y ceñudo al principio, sonriendo luego, le lanzó miradas de fingido odio, que fueron dulcificándose, hasta tornarse acariciadoras. «Pochocho», pila amarillento a manchas blancas, asomó más confiado su hociquito puntiagudo y rojizo, encorvó el lomo, levantó su frágil manecita manteniéndola doblada en el aire, y con los ojillos lamentables clavados en el amo, quedó a la expectativa. El opa se sonrió. «Pochocho» adelantó rápido unos pasos, y se detuvo. El opa se hizo el de no verlo, por un momento, para hacerlo sufrir. Pero luego volvió a mirarlo. El pila repitió su carrerilla. Y al fin; después de varios amagos de amistad definitiva por ambas partes, «Pochocho» se le arrimó arrastrándose, lamiéndole los pies, orinándose y lloriqueando, para quedar por último con las patas arriba, como lechón al horno, en absoluta, espantosa sumisión. El Anchi, rabioso de mentirijillas, lo arrojó de sí con el pie, haciéndole dar varias vueltas por el suelo. En donde terminó el impulso, el pila se quedó quieto, en la misma actitud. Al verlo así, tieso, con las patas para arriba, más sumiso que un esclavo, El Anchi no pudo contenerse más: la clavó los ojos llenos de luz, y con su vozarrón gangoso, exclamó:

—¡Po... po... pochócho, vení!

Como movido por un resorte, de un salto, el pila se instaló sobre sus rodillas lamiéndole la cara. El opa le asestó un cachetazo no muy fuerte, reprendiéndole así, amorosamente, a su juicio. Las paces quedaron hechas. La faz de El Anchi radiaba de alegría. «Pochocho» era su único amigo, el único en el mundo que lo amaba, que lo comprendía, que estaba bajo su voluntad y que llenaba su corazón. ¡Ah, era hermoso cuando al andar por el monte en busca de leña o de pencas, esas gruesas y espinudas hojas del nopal, que blanquean admirablemente el sebo para las velas; o camino a Sumalao en los encargues de su madre; o en las noches obscuras y silenciosas, de regreso de empotrear a la «Pioresnada»; ¡ah!, era hermoso entonces escuchar a la zaga el trotecito del amigo, volver la cabeza y verle pendiente de sus movimientos, de sus gestos; charlar con él, chancearse, jugar carreras a veces; tenerlo estirado largo a largo — entre los brazos, mientras se duerme, en el verano, cuando el





camarada es frío como un trozo de hielo, y encogido, a los pies, en el invierno, cuando es caliente como una cataplasma. Es verdad que a veces, en los trances difíciles, durante las batallas a pedradas limpia del opa con los muchachos; o cuando el hambre le urgía demasiado; es verdad que entonces olvidaba sus vínculos con el señor y se portaba como un pila indecente, poniendo pies en polvorosa. Pero, ¿quién no tiene sus flaquezas?



Con un gran rebenque de carrero, que utilizaba de continuo, El Anchi se paseaba al trotecito por el patio de la iglesia, cuidando los cardones. La noche, no muy obscura, permitía columbrar numerosos manchoncillos que se movían en torno. Toda la aldea estaba congregada allí y su bulla subía de punto a medida que se acercaba la hora señalada para el gran espectáculo. Los muchachos, ansiosos de empezar la fiesta, se arrimaban demasiado a veces a los negros candelabros, dispuestos a iniciar la jarana; pero El Anchi acudía presuroso y a guascazo limpio, los atajaba.

Un recio griterío se alzó de pronto, y las campanas fueron echadas a vuelo. Acababa de llegar doña Daniela, y la cosa iba a empezar.

—¡A ver, vos Ladislao, trái tu yesquero! ¿Vos sois Ladislao, no?

—Y énque mi ha conocío ña Daniela?

—¡Uf! Trái el yesquero, hombre!

La mujer hizo lumbre y la arrimó a un mazo de ramillas y de papeles preparado en un hueco del cardón. Este empezó a humear. El Anchi y los muchachos acudieron a hacerle viento con la boca, con los sacos, con los sombreros. Igual operación realizaron con el otro cardón. La llamita surgió, tímida; dudó un momento, parpadeando; cobró cuerpo, y se alzó al fin, aguda y viboreante. Una intensa, roja claridad ahuyentó las sombras. Sus reflejos iluminaron las caras sonrientes, picarescas, de los aldeanos:

—¡Que viva doña Danielááaa!...

—¡Viváa, viváaa!...

—¡Viva el Anchíi!...

—¡Qué viva la Octaváaa!...

—¡Viváááaa! ¡vivááááaaa!... —corearon todos.

Un gozo muy hondo se le metió en el cuerpo. Se encorvó de dicha la mujer:

—¿Y?... ¡se hace lo que se puede! —dijo para ocultar su turbación. Era ésta, doña Daniela, una viejecita pequeña, de ojillos enrojecidos, violenta de carácter, movediza como una ardilla, gritona, religiosísima, muy trabajadora, muy charlatana y muy pobre. De sus amores con Balderrama, un lindo mozo, en los días floridos de su juventud, había resultado El Anchi, hijo único suyo, que nació opa. Balderrama había muerto. De idiota que era El Anchi se transformó en un opa muy servicial, muy trabajador, guapo como él solo. La secundaba en todas las numerosas tareas de la casa; le transportaba las velas para Sumalao; la ayudaba en la fabricación de pan, de masitas, de empanadas; le muqueaba los bolos para la chicha, y jamás le ocasionaba ningún gasto, él, personalmente.

Así, pues, la mujer se habría enriquecido seguramente—con el transcurso de los años — y su vida, deslizándose por la suave pendiente de su actividad, habría sido dichosa, serena, como la del más feliz aldeano; pero Dios quiso el negarle tales mercedes, porque El Anchi, a pesar de sus veintiocho años, no había aprendido aún a rezar ni siquiera el «Ave María». Y eso la llenaba de diaria, de renovada, de terrorífica pavura; porque estaba firme, absolutamente convencida de que la muerte habría de sorprenderla antes de que su hijo aprendiese la tal oración, causa ésta más que suficiente, a su jucio, para que su alma y la de El Anchi fuesen a parar a los más negros infiernos. Sospechaba fundadamente que Dios, nuestro Señor, no le quería otorgar ese don en castigo a su liviandad, para que perennemente purgase esa culpa de los años lustrales, cuando la sangre viva hace estremecer la carne por obra del Diablo, su enemigo. Así, pues, y en vista del fracaso de su enseñanza, que repetía todas las noches; del fracaso de la intercesión del Señor de Sumalao, no obstante las promesas cumplidas con creces, y del fracaso del patrocinio de San Roque, el del perro, y de San Ramón, el barbudo; doña Daniela venía realizando desde cinco años atrás esta fiesta que ella denominaba de la Octava, en honor de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, para que Nuestra Señora se condoliese de madre e hijo, y abogara con éxito ante el Omnisapiente, a fin de que El Anchi aprendiese el «Ave María» siquiera.

La Octava realizábala ocho días después de la magna festividad de la Virgen de las Mercedes, la patrona de la aldea. Y era esta fiesta de salvación la que se engullía todos los ahorros de la mujer, dejándola endeudada hasta los ojos cada año.

Quemaban los cardones ahora, en la víspera del magno día.

Con la boca muy abierta y sus ojillos clavados en los lengüeteos del fuego, El Anchi lo contemplaba absorto, hundido en ese espectáculo verdaderamente superior.

—¡Púmm... búmm... púmm! — resonaron como cañonazos los pedazos de sal bruta que guardaban los cactus.

—¡Bschíi... bschíi... bschííííiiii!!!!... — salieron silbando, brillando y caracoleando los buscapiés, sembrando el espanto, la confusión y las carcajadas entre los aldeanos.

—¡El Anchi! — gritó alguien. En el suelo, revolcándose, con los ojillos fuera de las órbitas casi, las manos crispadas sobre el pecho, castañeando horriblemente los dientes, estirando y encogiendo las piernas como las de una rana bajo la acción eléctrica, El Anchi se debatía presa de un ataque epiléptico. Al fin se quedó tieso, con la boca apretadísima, pero levantando los labios de modo que enseñaba los dientes en actitud macabra.

—¡Le ha dao el mal!

—¡Le ha dao el mal! — gritaban varios, mientras lo socorrían.

Con la rapidez del rayo, doña Daniela había conseguido alcohol y le





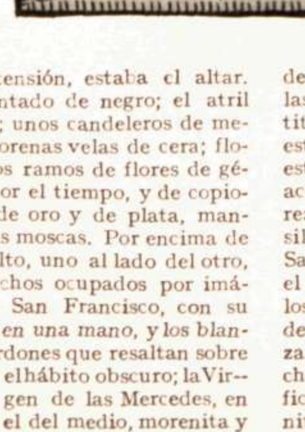


friccionaba las manos y la cara, echándole un poco en la boca, de vez en cuando. Era ese su mejor remedio. Ya era práctica en la cosa, porque estos ataques le daban con alguna frecuencia.

ACOMPAÑANDO al rezo, el armonio llenaba con sus notas los ámbitos de la iglesia atestada de fieles. Era ésta una sala grande, alta, completamente desnuda y blanca, en la cual negreaban las mantillas de las mujeres arrodilladas sobre alfombritas. Hacia la izquierda, arrimado a la pared se veía el confesionario, un mueble tosco semejante a un ropero con rejillas. A un lado y otro, en las paredes, a la misma altura siempre, colgaban pequeñas cruces negras, de madera a medio labrar. Hacia la derecha, la pared aparecía cortada por una gran puerta de tres cuerpos, frente a la cual sombreaba una *morera frondosísima*. En el fondo, más allá de la barandilla, ocupando toda la extensión, estaba el altar. Veíase el tabernáculo, pintado de negro; el atril color punzó, para el misal; unos candeleros de metal blanco con grandes y morenas velas de cera; floreros llenos de largos ramos de flores de género, descoloridas por el tiempo, y de copiosas flores de papel de oro y de plata, manchadas por las moscas. Por encima de todo, en lo alto, uno al lado del otro, había tres nichos ocupados por imágenes: San Francisco, con su *iglesia en una mano*, y los blancos cordones que resaltan sobre el hábito obscuro; la Virgen de las Mercedes, en el del medio, morenita y bella, ricamente ataviada, y San José, en el otro, con su varita verde, florecida, y su cara tristona de barba hamburguesa. De los tres, el de la Virgen era el único que tenía algunos de los vidrios. En el mismo fondo, a la derecha, haciendo martillo con lo principal, había un cuartito, la sacristía, en la cual se amontonaban al presente los hombres. Allí estaba el pequeño armonio manejado por unas niñas de la localidad.

Por las grandes puertas entraba plena la brillante luz primaveral, de octubre. Al fondo, ante las místicas y temblorosas lucecillas de los cirios, un sacerdote celebraba el Santo Sacrificio, secundado por tres más, a los que asistían cuatro sacristanes. Todo era contestado por Daniela. Afirmada contra la barandilla, en lugar preferente, contrita y temblorosa, muy endomingada, ésta tenía a su lado a El Anchi, el cual llevaba un traje nuevo, obscuro, durísimo, a rayas blancas, y un cuello tan alto y tan puntiagudo, que se le introducía debajo de la quijada, lastimándolo. Ello le daba un empaque y una tiesura extraordinariamente protocolares, que contrastaban abiertamente con sus pies desnudos, pues todo había aceptado, todo, menos el calzarse.



Esa inusitada cantidad de luces, esas casullas doradas que resplandecían, las notas largas y gangosas del armonio, la multitud negreante de los fieles, ponían en su alma el estupor, y sin atinar a ninguna acción, se dejaba estar así, arrodillado y tieso. De pronto, los acordes del armonio cesaron, cesaron los rezos, cesaron los murmullos; se hizo un gran silencio. Era el momento solemne del Sacrificio. El sacerdote iba a levantar el cáliz. En ese instante, como todos los años, exaltada, en el colmo de la devoción y de la esperanza, con las manos sobre el pecho, ofreciendo su sacrificio, implorando la infinita Misericordia de

Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, doña Daniela codeó a El Anchi, y por lo bajo, le pidió:

—¡Reza, hijo! ¡Ave Maríaaa...!

—A...a... a... a... a...

—Ave María, ¡hijo!

—A... a... a... aa... a...

—¡Ave María, Anchi!

—A...a...a...ve...ve...ve...

—¡Ave María!, ¡decí!

—A... a... a... ve.ve... ve...

—¡Ave María!

—A... a... ve... ve... ve... Ma... ma..

—¡Decí Ave María!

La campanilla iba a sonar. Era el instante Santísimo, preciso de la Elevación.

—A... a... ve... ve... Ma... ma... ma...

—¡¡¡Ave María, cará!!!...—y la blasfemia le salió entera, sonora, rotunda como una bofetada.



Se oyeron muchos carraspeos, disimuladores de lascarcajadas.

Furiosa, desesperada, congestionada, con los ojillos encendidos, los labios temblorosos, gesteando, próxima al llanto, doña Daniela, consciente del ridículo, fué a incorporarse para abandonar el recinto; pero pudo más en ella su religiosidad, su respeto a las cosas santas, y se dejó caer sobre las rodillas, vencida, hecha un montoncito, llorando amargas lágrimas de ira, de terror y de impotencia. El Anchi, furioso también por el insulto de la palabrota, se resolvía ya a devolver un terno más gordo aún, pero al ver a su madre así, tan doliente, tan desesperada, sintió un vuelco en el alma, se le nublaron de lágrimas los ojos y tocándola amoroso con una mano, y con voz quebrada, alcanzó a decir:

—¡Má... máma!

El sacerdote levantó la hostia. Cuatro campanillas repiquetearon. Los ecos del armonio atronaron los ámbitos. Toda la masa de fieles negreó, arrodillándose, contrita, humildísima.

Doña Daniela seguía llorando. Purgaba la culpa de su enorme pecado. Su alma no tendría salvación. Y no la tuvo, porque al año siguiente, hacia mayo, El Anchi, montado en su «Pioresnada» salió un día, como de costumbre, rumbo a Sumalao, llevando tres cajones de velas. (Ese recorrido lo efectuaba durante quince días seguidos, con la misma misión.) Al cabo de ellos doña Daniela acudía a casa de la comadre que se las guardaba, y oportunamente las ponía a la venta en la ermita del lugar, famosísima en cien leguas a la redonda, centro de grandes ferias y meca de largas caravanas de peregrinos y de promesantes que para cumplir sus votos acudían ansiosos de cirios, o sea de velas de doña Daniela. Por la tarde no regresó el opa; ni al día siguiente, ni al tercero. Hacia el cuarto anochecer alguien encontró a la «Pioresnada», vagando sin caballero, y con uno solo de los tres cajones de velas.

Todos los amigos de la familia, la policía, el juez de paz, los comedidos y desocupados, la aldea entera—con doña Daniela al frente,—conmovida y compadecida, se dió, ardientemente, a la búsqueda de El Anchi. Y seis días después, cuando ya desesperaban del resultado de sus esfuerzos, tras haber recorrido todos los campos, bosques, ríos, caminos y hondonadas comarcanas, hallaron en el lecho de uno de los arroyos que atraviesan la calzada el cuerpo a medio devorar por las mojarras. En su torno había restos de velas y pedazos de tablas. El ataque epiléptico había sorprendido al opa, derribándolo, al vadear la corriente.

Doña Daniela arrastró por algunos años más una vida más desolada y más miserable cada día. Llegó hasta a mendigar. Y al fin, la muerte acabó con ella en una noche de invierno. Pero hasta esa hora precisa, nunca, jamás, en ningún instante tuvo en el fondo de su alma ni un mal pensamiento, ni un reparo, ni una protesta hacia los ojos negros, grandes y mansos de Balderrama, su amado, que había hecho cantar los pájaros de su dicha en las horas aladas de su juventud.



FIN



5.632

(CUENTO)

o más curioso — comenzó diciendo el doctor Jiménez de Albornoz — es que oí esta historia de labios del mismo protagonista, y que me atrevo a afirmar categóricamente su autenticidad. Ustedes podrán ponerla en duda, y pensar que invento los hechos y el cínico personaje. Pero no hay tal, palabra de honor. Les diré, eso sí, que se trata de uno de los aventureros acudidos de lejanos países, y para quienes no hay tarea vergonzosa ni escrúpulo eficaz cuando el dinero entra en acción.

El que les presento, y llamaré Hendrick para mayor claridad, había nacido en una de esas tierras del Norte de Europa que suelen enviarnos la mejor de las inmigraciones, pero que no carecen, naturalmente, de pícaros, especie que prospera desde los Polos hasta el Ecuador. Hacía gala de noble abolengo intelectual, era hombre bastante «leído y escrebido», hablaba correctamente varias lenguas germanas y latinas, chapurraba algunos dialectos e idiomas exóticos, pues había andado por todo el mundo sin fijarse en ninguna parte, y conocía teórica y prácticamente la vida más o menos airada de las colonias europeas del Asia y el Africa, que eran como otra Arcadia para él, por la libertad extraordinaria, la falta de sanción moral y material y el predominio absoluto de que los blancos gozan en ellas.

Era un pícaro simpático y que inspiraba confianza a primera vista. Su cara redonda, rojiza y algo abotagada, respiraba la bonhomía de los grandes comilones y bebedores, y sus ojillos vivaces, semiperdidos entre la adiposidad de los párpados, eran risueños y parecían brillar de afectuosa franqueza. Dicho queda que era gordo, muy gordo, pero se movía con soltura, si no con agilidad. Como a buen aventurero correntón le gustaban las mujeres, el juego y el vino... mejor dicho la cerveza, pero a todo prefería los placeres gastronómicos.

Llegó probablemsnte a la Argentina provisto de muy eficaces recomendaciones, o bien hizo prodigios para introducirse y ganar voluntades, el hecho es que, en poco tiempo, Hendrick consiguió el no muy bien rentado pero sí muy cómodo puesto de 'nspector de la Lotería en una provincia de cuyo nombre no quiero acordarme.

Dicho esto voy a repetir, con la precisión de un acta bien hecha, lo que me contó de sus aventuras — o de su principal aventura — en aquella curiosa etapa de su vida. Salvo la manera de construir las frases y el acento peculiar del narrador, no quito ni agrego nada.

Yo me aburría muchísimo en los primeros tiempos — me contó Hendrick, — porque en el club y otros puntos de reunión de la ciudad no se hablaba sino de política, y a mí ni me gusta ni me conviene la política; sólo la hago cuando hay que defender el puchero... y lo demás; pero aun en ese caso trato de hacerla por cuenta ajena.

Andaba, naturalmente, muy pobre, y ni siquiera me atrevía a jugar un rato en el club, de miedo a perder los centavos necesarios para alcanzar el fin de mes, porque soy más cauto de lo que parece, y no quería dar que hablar demasiado pronto.

Paraba en un mal llamado hotel — el Hotel de las Naciones, — miserable fonda colonial, sucia y sin comodidades, en cuya mesa no aparecía jamás un plato apetitoso, ni siquiera medianamente comestible. ¡Y nunca pescado! Como buen hombre del norte, como buen ribereño, adoro el pescado, los crustáceos, los mariscos. ¡Nada vale lo que una raya a la molinera, si no es una fuente de ostras frescas, un buen cangrejo bien picante, a la americana, o una langosta con mayonesa!... No hablemos de camarones y langostinos, golosinas para abrir el apetito... Nada de esto, ni con mucho, me presentaban en el famoso Hotel de las Nacio-

nes — en honor de la verdad sea dicho que no lo tenían, tampoco, las mejores mesas familiares de la ciudad, — y me costó Dios y ayuda que, muy de vez en cuando y como plato luculiano, me prepararan un poco de bacalao cocido o un mal guisado y peor oliente «stock-fish», o pejepalo.

Ya ve usted si me aburriría, y me hubiese muerto de tedio a no mediar ciertas fugaces conquistas arrabaleras que no tengo para qué contar y que, afortunadamente, no dejaron rastro.

En cuanto a mis ocupaciones ni eran muchas ni me ayudaban a matar el tiempo: dos o tres horas pasadas en la Administración de la Lotería, una vez por semana, y pare usted de contar. No era para de articularse las meninges, como suelen decir los franceses.

El jueves después de mi feliz arribo a la provincia — continuó Hendrick — tuve el honor de presenciar y fiscalizar el primer sorteo de la lotería, practicado en presencia de un público escaso y poco entusiasta, según me pareció.

Más tarde supe que los billetes eran artículo de exportación y no de consumo local.

El sorteo, ante escribano público, empezó dando las doce en el reloj de la Catedral, y se hizo con toda honradez. Por la mañana, en efecto, yo había practicado minuciosamente el recuento y el examen de las bolillas, una por una, había inspeccionado los bombos con la mayor prolijidad y me había asegurado de que ni los números salidos ni sus respectivos premios pudieran ser cambiados en los tableros, puestos bien a la vista del público y los fiscales. Nada más limpio ni más legal.

Lo mismo, exactamente, ocurrió los jueves sucesivos. Yo cumplía con todo celo mis obligaciones, sin que nadie me observara nada. Por el contrario, los de la administración de la lotería se mostraban contentísimos y comenzaban a tratarme como a un amigo viejo, obsequiándome lo mejor que podían cuando llegaba el caso. Y el administrador llevó sus atenciones al extremo de averiguar mis gustos, no por simple curiosidad, sino para tratar de satisfacerlos, según vi después.

Como soy inclinado a tentar fortuna, pasados los primeros apuros y cobrado el primer sueldo — que no era, por cierto, el de un Ministro de la Nación, — comencé a jugar prudentemente en el club, y a comprar uno que otro entero de mi lotería. En el club no me iba mal, porque conozco el naipe y tengo mucha conducta; pero mis números — o, mejor dicho, mi número, porque nunca compré sino el 5632, no puedo olvidarlo — se quedaban siempre en el bombo: las probabilidades del jugador de lotería no son muchas.

En esto, un miércoles por la noche, y en el habitual corrillo del club, el administrador me dijo de repente:

— ¿Sabe, Hendrick, que mañana tenemos pescado fresco de Buenos Aires? Naturalmente, el primer invitado es usted. Lo comeremos aquí, en el club, a las doce en punto, porque con estos calores no puede conservarse más.

— ¡Pero mañana es día de sorteo! — exclamé.

— ¡Tiene razón! — dijo el otro, fastidiado por el contratiempo. — Pero no hay remedio, porque el gran expreso no pasa sino el jueves...

— ¡Eh, por una vez! — repliqué, allanándolo todo con tal de satisfacer mi gula, harto reprimida hasta entonces. — ¡Comeremos el pescado! El escribano basta y sobra para fiscalizar el sorteo. ¡Yo firmaré después!

Me regalé a mis anchas. Había unos pejerreyes de Mar del Plata, dignos de Apicio... y de mí. ¡Qué pescado, por Wothan!... ¡Y unos langostinos... más gordos que mi índice, lo que no es poco decir!... ¡Y aquello comenzó con una bullabesa preparada por las blancas — supongo — manos de la mujer del cantinero del club, hija de la Barceloneta... ¡No le digo nada!

¡Lástima que el expreso no pasara sino los jueves!

¡Lástima, sí, pero no por los sorteos, que se fueron al diablo, sino porque el festín no podía celebrarse más de una vez por semana!... Ya habrá supuesto usted, en efecto, que nuestro Vatel hembra, más feliz que el otro, recibía puntualísimamente la «mazée» enviada de la capital, vivita y coleando o poco menos, todos los jueves por la mañana... y que todos los jueves a medio día era yo infaltable en la mesa del club, rodeada de alegres y apetentes comensales.

Cupdró la casualidad de que uno de estos últimos — los únicos que, en la provincia, compraban lotería... de la provincia — se sacara íntegra la grande de diez mil. Festejó el fausto acontecimiento reuniéndonos a todos, más o menos vinculados a la lotería, con un almuerzo extraordinario, pero no ictiofágico, por lo del tren expreso. Pero el jueves tuvimos la francachela acostumbrada.

Y desde entonces empecé a andar de fiesta en fiesta, pues muchas veces eran dos por semana, porque la suerte comenzó a soplar, invariable como los vientos elisios, hacia el lado de nuestros administradores y sus amigos: casi no había sorteo en que no les cayera el premio gordo o alguno de los mayores. Yo, inocente, seguía asistiendo muy satisfecho a las comidas, como si hubiese olvidado por completo mis deberes.

¡Pero no los había olvidado, no, señor!

Un jueves del mes de mayo, lo recuerdo como si fuese ayer, cuando el administrador fué en mi busca para llevarme al club, me negué cortésmente a acompañarlo, agradeciéndole la amabilidad, y le dije:

— No, mi querido amigo, no. Demasiado me he divertido; ahora es necesario volver a la seriedad y atender a mis obligaciones.

— ¡Cómo! ¿No viene?

— Ya hace meses que no asisto a un sorteo, y eso no está bien. Voy a reanudar mis trabajos de inspector...

Se quedó mirándome de hito en hito.

— ¡Pero, hombre! — exclamó.

No sé qué leería en mis ojos; el hecho es que, muy cordialmente, me tomó del brazo y me hizo dulce violencia para llevarme al club.

— No sea desconfiado — me dijo. — «Todo se andará si el palito no se quiebra».

Me dejé llevar, pasivo y satisfecho al propio tiempo. Y comimos como reyes, y bebimos como gañanes.

A la semana siguiente quiso mi fortuna que la grande de diez mil cayera en el 5632...

Y en el primer vapor salí para Europa, cansado de fiscalizar lotería. ¡Lo que gocé!...

Volví hace dos años sin un peso. Y de vez en cuando pienso en buscar el 5632... pero ya no tengo tantas probabilidades de que salga...





Leyendas del mar

La Isla de los Pájaros

San Brandán, en las sagas del pasado heroico, es el patrono de los navegantes. Las leyendas del principio de la Edad Media están llenas de los fabulosos relatos de sus travesías, cuando partió sobre las olas en busca de las Islas Benditas. Un viejo y trabajoso romance narra cómo el santo y catorce monjes que lo acompañaban, embarcándose con la proa hacia el Occidente, arribaron finalmente a estas islas de maravilla, en las cuales, según la leyenda, fué el Paraíso terrenal.

La víspera de la partida, el santo advirtió a dos de los catorce monjes que se abstuvieran de acompañarle; díjoles que la noche antes había tenido una visión de peligro y de muerte, que si partían, intentando penetrar el secreto del mar occidental, perderíanse «corpus et spiritus».

Mas la aventura cantaba en el austero corazón de los monjes. Indiferentes al peligro, se embarcaron con el santo navegante, y la nave cristiana se hundió en las rutas desconocidas y misteriosas del mar occidental.

Solamente las aventuras fabulosas de Simbad pueden compararse con las que acaecieron a San Brandán y sus catorce monjes. Cuenta el romance latino cómo, en la primera isla que tocaron, les salió al encuentro, en la arena de oro de la playa, un galgo luminoso, que lamió las sandalias de Brandán y lo llevó a un castillo encantado. Luego, prosigue el relato, vemos a los aventureros monjes sobre el lomo de una inmensa ballena, la cual tomaron por una isla, hasta que encendieron una hoguera. Y de otra isla, verde y maravillosa donde las ovejas eran grandes como bueyes y las palmeras altas como montañas.

Al referirse a la isla de los Pájaros, dice el romance:

«...Y cuando hubieron cubierto cierta distancia hallaron un manantial de agua purísima: junto al manantial alzábase un árbol frondoso, y en cada una de sus ramas estaba posado un pájaro del paraíso: de tal manera cantaban estos pájaros, que la isla estaba llena de una música celeste...»

¿Fué esta isla una de las Canarias de la edad moderna?

Ahora, en la narración del santo marino, ocurre la temerosa aventura de la profecía.

Un día aciago el santo y sus monjes fueron atacados por una legión de demonios enfurecidos. Dos de los monjes, aterrados ante la diabólica aparición, arrojáronse a las aguas. Allí perecieron ahogados, según predicción de San Brandán.

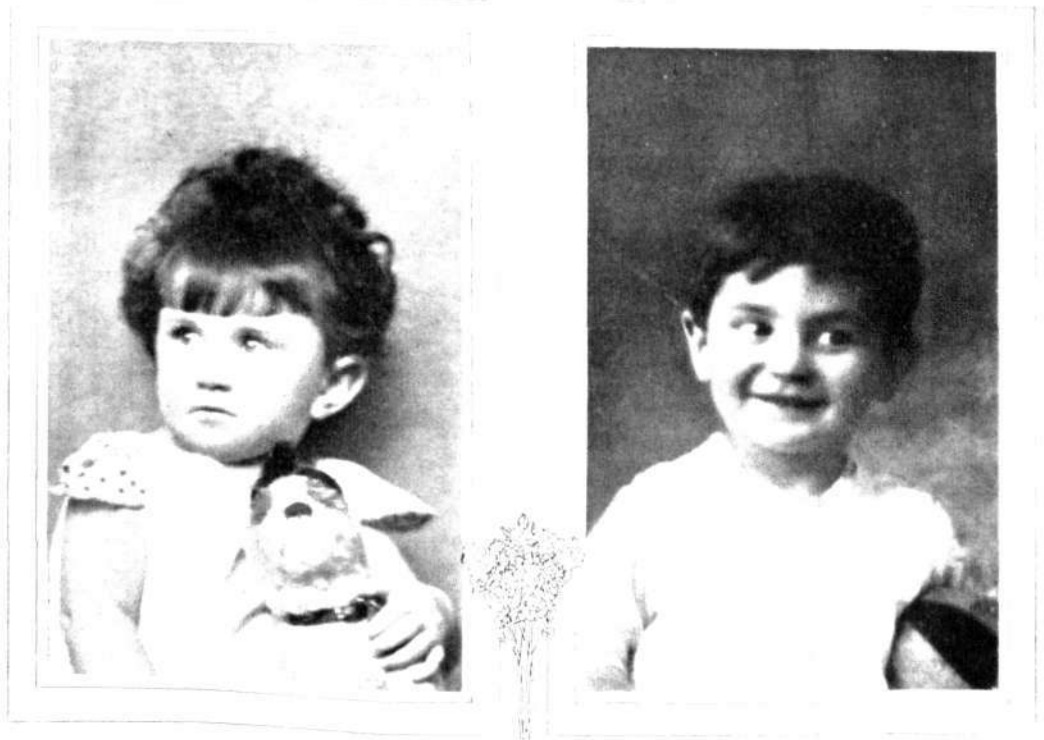
Junto con las almas condenadas de los monjes huyeron los demonios, dejando un fuerte olor a azufre sobre el mar, mientras San Brandán y los doce compañeros que le quedaban, regresaron con buen viento a las riberas cristianas, de donde partieron un día en busca de la Isla de los Pájaros.

Aquí termina el romance de los monjes marineros.

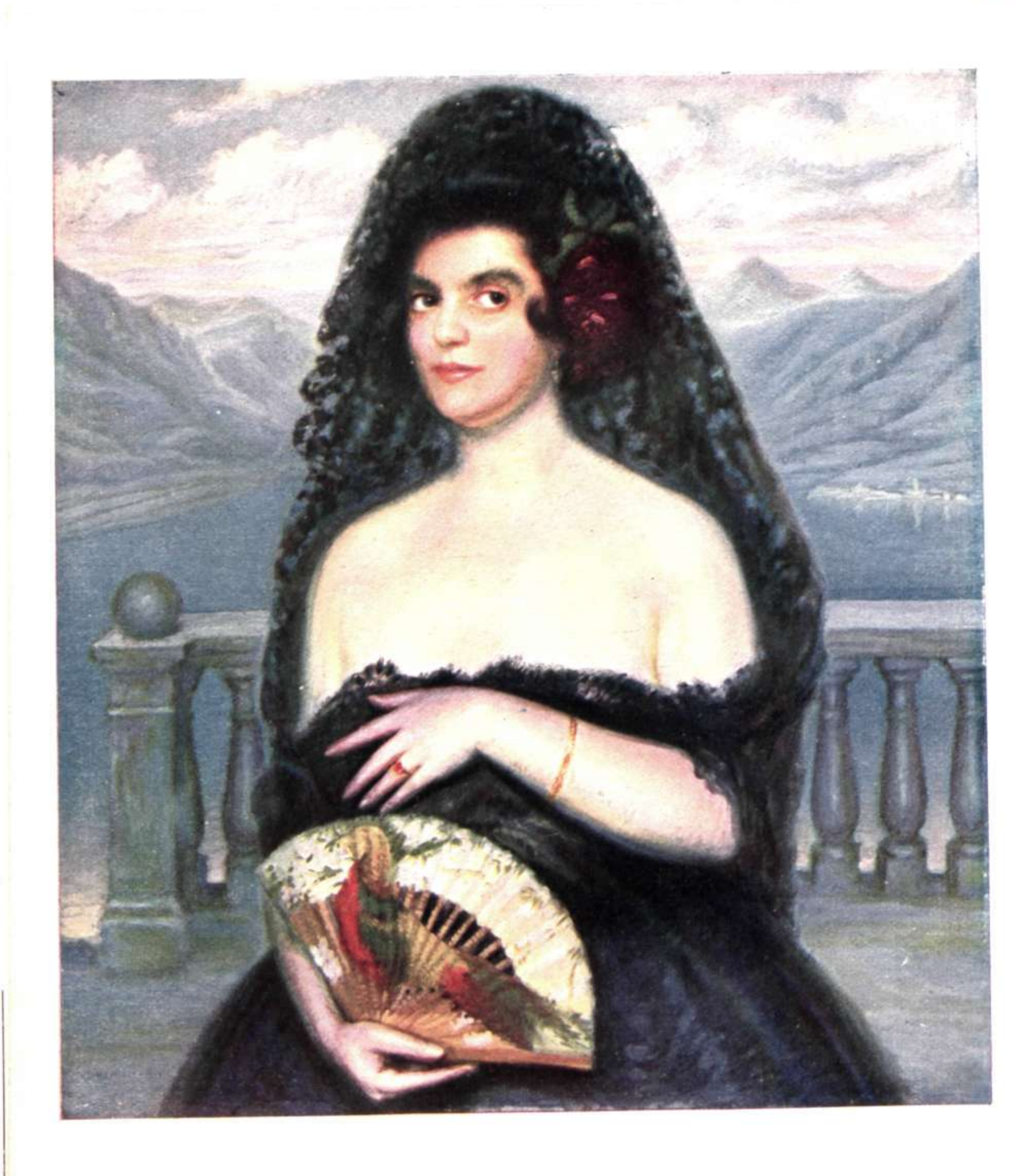
Hector Pedro Blomberg

Página Infantil

Corina Marín F. Calvo



Niña Mulhall — Pedrito R. Blanqué



ARTE ARGENTINO

LA DAMA DEL LAGO

OLEO DE CANASI

LA OBRA DE UN MÚSICO ARGENTINO EN PARÍS



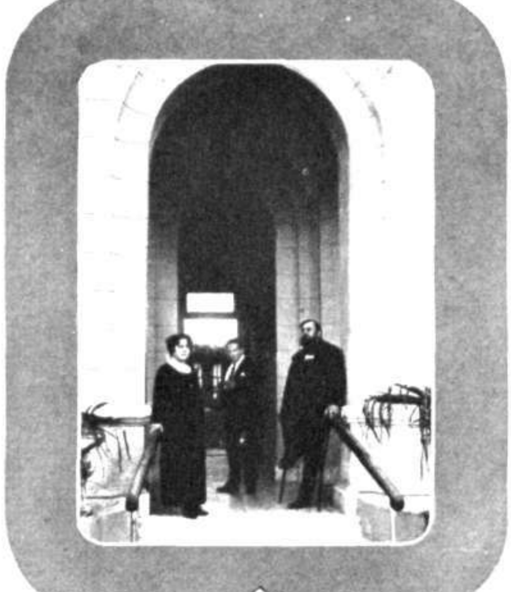
CARLOS PEDRELL Y EL SEÑOR XAVIER DE COUVILLE, AUTORES DE LA MÚSICA Y DEL TEXTO RESPECTIVAMENTE DE LA ÓPERA «LA GUITARRA».

Ha sido una ópera argentina la primera producción teatral nuestra que conoce los honores de la escena francesa. En el teatro municipal de París, el «Trianon Lyrique», el músico argentino Carlos Pedrell ha obtenido con su ópera «La Guitarra» un éxito de muy buena ley. La crítica ha reconocido en nuestro compatriota descollantes cualidades de compositor y el público no ha sido menos sensible a las bellezas de la partitura al interrumpirla continuamente por los aplausos la noche del estreno. La música de Pedrell, que es un compositor moderno, al recoger los motivos españoles que le sirven de tema, es enteramente personal en su instrumentación sinfónica y escapa a toda influencia más o menos en boga dentro de la música de hoy. Esta originalidad que le ha conseguido el aprecio de los entendidos, ha dado a nuestra música naciente el mejor lustre que pudiéramos aspirar en un país que, como la Francia, ocupa el primer plano musical del mundo con el plantel brillante de sus jóvenes compositores.



ARGUS.


El Gobernador, señor Leon Guillet, comentando con su Ministro de Gobierno, señor Taboad:, los pormenores de una publicación.


En la intimidad, con su esposa, señora Almayra N. de Guillet, y su hijo Augusto.


A la hora del despacho particular con su hijo, que actúa como secretario privado.

ENTREVISTA *con el* GOBERNADOR DE SAN LUIS

Cosa corriente es abrir juicio sobre los hombres que llegan al Gobierno, en este nuestro medio, en que los apasionamientos culminan. Por eso, la misión del cronista finca, lisa y llanamente, en procurar «ver», a través de las cosas.

Ocurre que, por múltiples razones, resultaría engorroso y hasta ingenuo formular preguntas. De esa manera, el reportaje, que no atañe a urgentes tópicos de actualidad, enciérrase en una especie de penetración moral hacia los hombres. Así, brevemente, sin breviario concebido, hánse deslizado unos minutos con el Gobernador puntano, que asiste a un momento transitivo para todos los intereses de su provincia.

Es un gobernante moderno. De acción. Quiere cerciorarse de que las obras públicas no duermen largos expedientes. Abrir caminos, que por ahí echará San Luis fuera de sí la modorra del pasado. Y reconoce muy cuerdamente que tras de la hojarasca de todos los gobiernos, nada es tan firme como los actos que hayan comportado un provecho público. Con actividades,


A solas, en el gabinete particular, lejos de los rumores de la política donde el pensamiento, cobra serenidad y nitidez.

con realidades, puede aspirarse a la discreta satisfacción de ser respetado.

— Soy un ferviente lector de "Caras y Caretas" — expresa el señor Guillet. — La conservo desde su primer número. Muchas veces, ajeno a hechos que mis ocupaciones han alejado de mí, los he "descubierto" por sus páginas, verdadera historia palpitante de los tiempos modernos.

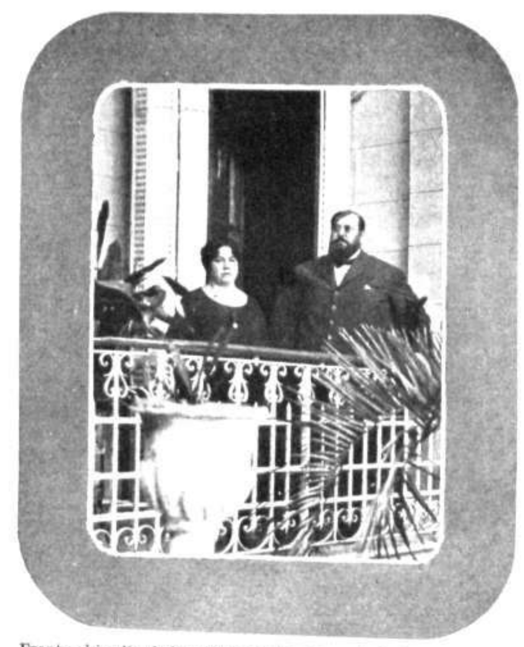
— ¿V. E. ha previsto lo que reclamará la riqueza de la provincia para el paso decisivo de su progreso?

— Ah, mi amigo — repone el gobernador, *— no está en mi calcular. Puedo esforzarme para que tomen mayor impulso las iniciativas; lo demás, depende directamente de la obra privada. El espíritu de ejecución debe traernos a San Luis esa prosperidad...*

Yo comprendo. Nada puede abrirse mejor camino que la iniciativa del capital privado, yendo a los yacimientos, reconociendo los veneros auríferos, gustando el jugo de las fuentes maravillosas, que vierten aguas curativas; acercando a las renegridas y voraces tierras del valle la reja del arado para que las alegrías de la vendimia y las riquezas de las mieses agiganten el bienestar del suelo.

San Luis, con sus grandezas naturales, tiene medios para emular a sus vecinas (Córdoba y Mendoza) en aquellos progresos que su suelo brinda a quien reuna más decisión y desarrolle más voluntad.

Y ahora, complaciente lector, te diré que estas mis palabras formaron parte de una entrevista en que el gobernante y el visitante se acercaron imaginativamente al mismo asunto: palabras no pronunciadas, porque tienen la eficacia de un deber para todos los hombres de gobierno.



Frente al jardín de la residencia familiar, el Gobernador con su esposa, en complaciente "pose" para nuestro corresponsal.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY



S A N I S I D R O

TORNEO DE TENNIS



Señoritas de Pasman, Méndez Delfino, Marcó y Christophersen, que tomaron parte en el torneo.



Señoritas Cabred, Díaz, Pettes, González Chaves y Baya, que se desempeñaron brillantemente en las reñidas partidas jugadas con carácter benéfico por el Club Atlético.



Señoritas Lía Cabred, Nenina Obarrio, Jiménez Zapiola y Sarita González Chaves.



Señoritas Inés Machkinnon y Esther Pasman.



Lucido aspecto que presentaba la cancha del prestigioso Club durante el juego, que ofreció la particularidad de ser disputado únicamente...



Srtas. de Daireaux y Carmen Pestaña, esta última una de las or-...

BRASIL

Río de Janeiro



El Embajador argentino, doctor Mora y Araujo, pronunciando su brillante discurso de entrega.



El pabellón argentino que ha sido donado al Gobierno brasileño en una cívica ceremonia oficial en que tomaron parte elevados representantes de ambas repúblicas hermanas.



El Ministro de Justicia agradeciendo, en nombre de su Gobierno, la donación del edificio.

ESPAÑA

Homenaje de Madrid a Benavente



El Rey Don Alfonso con don Jacinto Benavente, el general Primo de Rivera, el alcalde de la Villa y Corte, el Rector de la Universidad Central, la actriz señora Díaz de Artigas y otras personas que rindieron al eximio dramaturgo un entusiasta testimonio de simpatía y admiración, habiéndole sido impuesta por manos del Monarca la Gran Cruz de Alfonso XII.

Inauguración del Museo-Instituto de Valencia de D. Juan



El Soberano español rodeado del Presidente del Directorio Militar, del ex presidente del Consejo de Ministros, Sr. Maura, y de otras ... personalidades ... tado por el ex-ministro señor Osma.

EN EL EXTRANJERO

Campeonato de España de "Hockey"



Un interesante incidente del partido de pelota con palo encorvado en que el equipo del "Real Polo Club", de Barcelona, resultó ganador por 2 a 0.



Los jugadores que componen el equipo triunfante.

Don Alfondo XIII entregándoles la copa desde el palco real.

RUSIA

La Justicia del Soviet



El general Pepeljaev, ex-ministro de la Guerra durante el gobierno de Koltchak, entre los 25 oficiales que, con él, fueron condenados a muerte en el proceso que se siguió en Tchita, capital de la república de las provincias occidentales de Rusia, contra un grupo de 76 personas acusadas de rebeldía. El general, después de oída la sentencia, se declaró arrepentido de su antisovietismo.



«GE! — ROJA LIEBRE — EL JEFE DE UNA DE LAS TRIBUS DE LOS INDIOS SIUX.

EN EL LEJANO OESTE

El «lejano Oeste americano» no es, *en este caso, el tan explotado* en películas, sino el que corresponde al Sur del Estado de Dakota, una región de 600.000 habitantes en que abundan los indios *dakotas* (pescadores y cazadores de pieles), o *siux*, tribus primitivas y que conservan su idioma y costumbres propias; calculándose que, en total, no pasan de 250.000 los aborígenes con que cuenta en la actualidad el territorio de Norteamérica.

UNA DANZA TÍPICA EN QUE LA MELODÍA Y LOS MOVIMIENTOS SON BASTANTE RUDIMENTARIOS



«CUERVO-ÁGUILA» AMAGANDO UN GOLPE CON SU TOCA...





UN JOVEN INDIO ADIESTRÁNDOSE EN EL MANEJO

En lucha contra la Hidrofobia

PODEMOS afirmar que nuestras preocupaciones acerca del tratamiento antirrábico por Institutos oficiales, poco han salido del cariz dado a su primera organización. El actual Instituto Pasteur, que ya es una exiguedad para nuestro ambiente, va a ser transformado en las postrimerías del año que corre, y podrá entonces decirse que aquello está en debida forma, pues además del gran edificio que se construye sobre terrenos del Parque Centenario, con diversos pabellones y comodidades, habrá terreno disponible para viveros de los animales que requieren las observaciones.

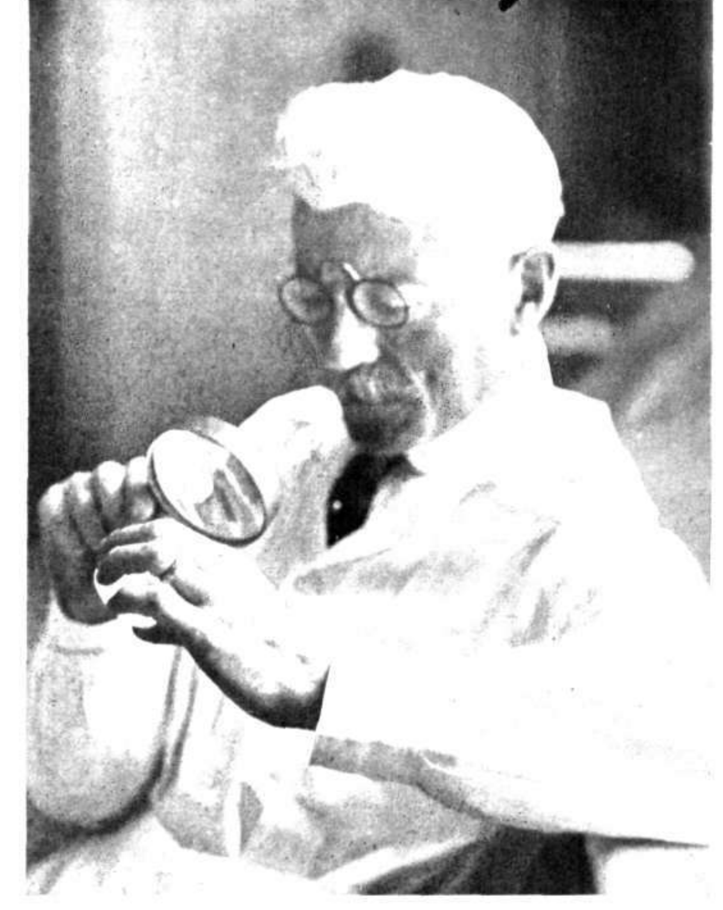
Desde hace más de un cuarto de siglo, el doctor Ramón C. Aranguren, desde los empleos iniciales, viene siguiendo la marcha del Instituto, compenetrándose de sus necesidades, analizando casos y circunstancias. Con ese bueno y grande bagaje de experiencia y estudio, llegó a la dirección del mismo hace siete años, y lucha por dar a la obra toda la importancia que su misión social reclama.

Ha debido desarrollar su acción ante las adversidades creadas por la escasez de elementos, en locales impropios, y en desventaja con los cuidados que requiere el Instituto y las inclinaciones a la investigación.

En ocasión de conmemorarse en Strasburgo el primer centenario del inmortal Pasteur, la Municipalidad bonaerense designó al doctor Aranguren su delegado oficial ante los certámenes científicos que allá se celebraron tan rumbosamente.

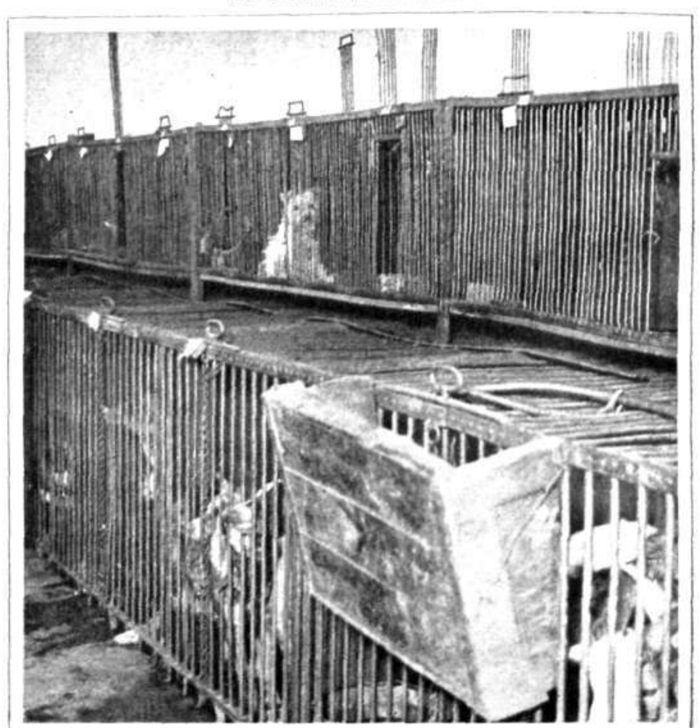
Concluida esta misión, y aun en los intervalos que ella podía ofrecer, el citado médico argentino frecuentó las grandes clínicas de París, y por espacio de tres meses observó el desarrollo y la marcha del gran Instituto Pasteur que tiene la capital de Francia, y de cuyas enseñanzas piensa extraer cuantioso provecho nuestro compatriota, para darle aplicación inmediata en la importante obra que le está confiada.

Calcúlase que la edificación y arreglo del Instituto Pasteur, de acuerdo a los mejores sistemas europeos, requerirá quinientos mil pesos de inversión. Para demostrar la importancia de lo que significa la lucha contra la hidrofobia, baste con estas cifras: hasta hoy, el Instituto atendió 80.000 atacados por animales rabiosos, 43.021 fueron sometidos al tratamiento antirrábico por vacunaciones con médula de conejo, y el resto, o sea 36.979, sin requerirlo, por haber estado sanos los animales que les mordieron.



DOCTOR RAMÓN C. ARANGUREN, DIRECTOR DEL INSTITUTO PASTEUR DE BUENOS AIRES, QUIEN ACABA DE CUMPLIR UNA IMPORTANTE MISIÓN COMO DELEGADO DE LA MUNICIPALIDAD A LOS CERTÁMENES CIENTÍFICOS CELEBRADOS EN STRASBURGO CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE PASTEUR.





...PERROS HIDRÓFOBOS DESTINADOS A

LOS LIBROS

LITERATOS Y TÓPICOS ESPAÑOLES

POR VENTURA CHUMILLAS

No trata el autor de este libro únicamente de hombres y cosas de España, pues también habla de cosas y hombres nuestros, bien que en proporción pequeña en el conjunto de su obra. El autor, que es presbítero y ha sido muchos años párroco en la ciudad de Buenos Aires, posee indudablemente espíritu crítico, bien que atemperado por natural benevolencia, y escribe bastante bien, dando interés a todos los asuntos que toca. Su libro está compuesto con artículos anteriormente publicados en diarios y revistas; pero ello no significa que sea de índole tan efímera como suele decirse que son los trabajos de carácter periodístico. Hay, en suma, en el libro del señor Chumillas, muchas páginas dignas de ser leídas con atención, pues con deleitar instruyen.

ARMONÍAS

POR GUSTAVO R. LENNS

Podría con exactitud llamarse poeta festivo al autor de este libro de versos? A nuestro juicio, no; porque si es verdad que entre las suyas hay no escasas composiciones que, sin duda deberían clasificarse en esa categoría, hay otras que, bien que teniendo ciertas exterioridades festivas, no dejan de contener materia ética que nada de festivo tiene. En todo caso, el señor Lenns es un versificador fácil y feliz, cuyos versos se leen sin sombra de fatiga y en más de una página con positiva satisfacción.

UNA MUJER FRONTERIZA

POR GASPAR MARTÍN

El autor de esta obra, que contiene media docena de novelas cortas, pertenece al número de aquellos escritores, de los cuales puede decirse que, poseyendo muchas cualidades como tales, no logran con sus escritos dejar en el ánimo del lector impresión honda alguna. Los temas de los relatos del señor Martín son interesantes, pues ofrecen casos de psicología, especialmente femenina, nada vulgares. El estilo en que están escritos es correcto, fácil, armonioso, y sin embargo, dichos relatos, una vez concluída la lectura, no dejan en el lector más rastro que el agua de un río al pasar sobre una roca. La explicación del fenómeno nos parece estar en la circunstancia de que el autor no ha hecho tomar el aire refrescante de las realidades de la vida a sus cualidades de escritor, aunque más de un lector podría creer lo contrario. El cuento, la novela corta, la novela, por bien escritas que estén, por interesantes que sean sus argumentos, saben a poco cuando se advierte que son mero trabajo intelectual, sin relación con aquellas realidades. Es posible que estos juicios nuestros sean equivocados, y ello mucho nos complacería, porque, como ya lo dijimos, advertimos en el autor muy apreciables condiciones de escritor.

EL DOCTOR FRANCIA

POR ENRIQUE WISNER DE MONGESTER

Pocos personajes históricos más atrayentes en su tétrica adustez, que el doctor Francia, tirano del Paraguay, cuya sombría figura inspiró a Carlyle un estudio hermoso, como todos los suyos, pero en el cual, como en casi todos sus escritos de carácter histórico, los derechos de la verdad no fueron tan respetados como era menester. Bien es cierto que en la historia del Paraguay, desde su conquista y colonización por los españoles, todo es más o menos extraño. Esa historia aún no ha sido convenientemente escrita por un historiador capaz de llevar a cabo con éxito la empresa; pero son muchos los que la han estudiado y han dado a la publicidad los resultados de sus estudios en trabajos aislados, monográficos casi siempre y dispersos muchos de ellos en diarios y revistas de no fácil consulta, de suerte que la historia del Paraguay es quizás la menos conocida entre las historias de los países hispanoamericanos, salvo tal vez en la parte referente a las misiones de los jesuítas. Y el período de esa historia, correspondiente al gobierno del doctor Francia, es uno de los menos conocidos y uno de los que más han sido desfigurados, precisamente por esa falta de conocimiento. Mucho habrá que trabajar todavía para que el gobierno del doctor Francia sea presentado al público interesado en esas materias, en forma lo más cercana posible a la verdad, porque los elementos de trabajo no son extraordinariamente abundantes, y de ahí la singular importancia de este libro, escrito por persona que pudo recoger muchos datos, en el Paraguay mismo, cuando aún no habían transcurrido muchos años de la muerte del tirano. Importante este libro, decimos, y mucho; pero es fuerza reconocer que no es el libro que aún se espera sobre el doctor Francia. El autor, muerto ya hace tiempo, recogió informaciones, a veces valiosas, sobre hombres y hechos, pero carecía de las condiciones necesarias para escribir un buen libro histórico, no era historiador, en una palabra, y por ello el valor de su libro pierde mucho desde ese punto de vista. Además, muchas de sus aseveraciones deberán ser sometidas a un proceso escrupuloso de verificación. De todas suertes, este libro merece ser conocido por todos los que tienen algún interés en el estudio de personalidad tan extraña, tan fuerte, tan diabólica, como la del doctor José Gaspar Rodríguez de França, llamado Francia.

ES UNA NOVIA SEVILLA

POR J. MUÑOZ SAN ROMÁN

Sevilla es, sin duda, una de las ciudades más interesantes de la madre patria para los hispanoamericanos, que la vemos actuando en nuestra historia desde que en ella se estableció la Casa de Contratación hasta que se instaló la famosa Junta Suprema de España e Indias, cuya política tanta parte tuvo en los sucesos que inmediatamente precedieron a la campaña por la independencia. Agréguese a ello los encantos peculiares de la ciudad, y se comprenderá que hayamos leído este libro con el más genuino agrado. El autor, escritor elegante y espiritual, nos presenta la Sevilla de hoy, no muy diferente de la de ayer y de la de siempre, con mucha gracia y con pinceladas, por decirlo así, de verdadero artista.

EL AMOR COMO REDENCIÓN

POR FERNANDO AYBAR SOBRECASAS

Para primera obra de autor joven, no puede negarse que esta novela significa un esfuerzo, por lo menos material, considerable. Bien hubiéramos querido darnos la satisfacción de leerla; pero el propio autor nos ha disuadido de ello, al prevenir en su prólogo, que no pretende que la lean los críticos, pedagogos o profesionales, entre los cuales, con manifiesta inmodestia, creemos contarnos. Pero no sería leal que no repitiésemos lo que el autor advierte en el dicho prólogo, o nota al lector: «Un libro de este orden debe ser, ante todo, algo así como una tribuna de higiene moral, que sirva de contrapeso a los avances de la licencia y que perfile, con trazos inconfundibles, el valor y la luz del Amor, ya que con Amor es como se quiere de veras a la vida. Sin pretensiones de ninguna naturaleza, he vaciado un fuerte contenido de aquel concepto, dentro de un marco absolutamente respetuoso, exponiendo en las planas que siguen algunas fallas que se advierten en nuestra ética social.»

FÁBRICA DE CORCHOS

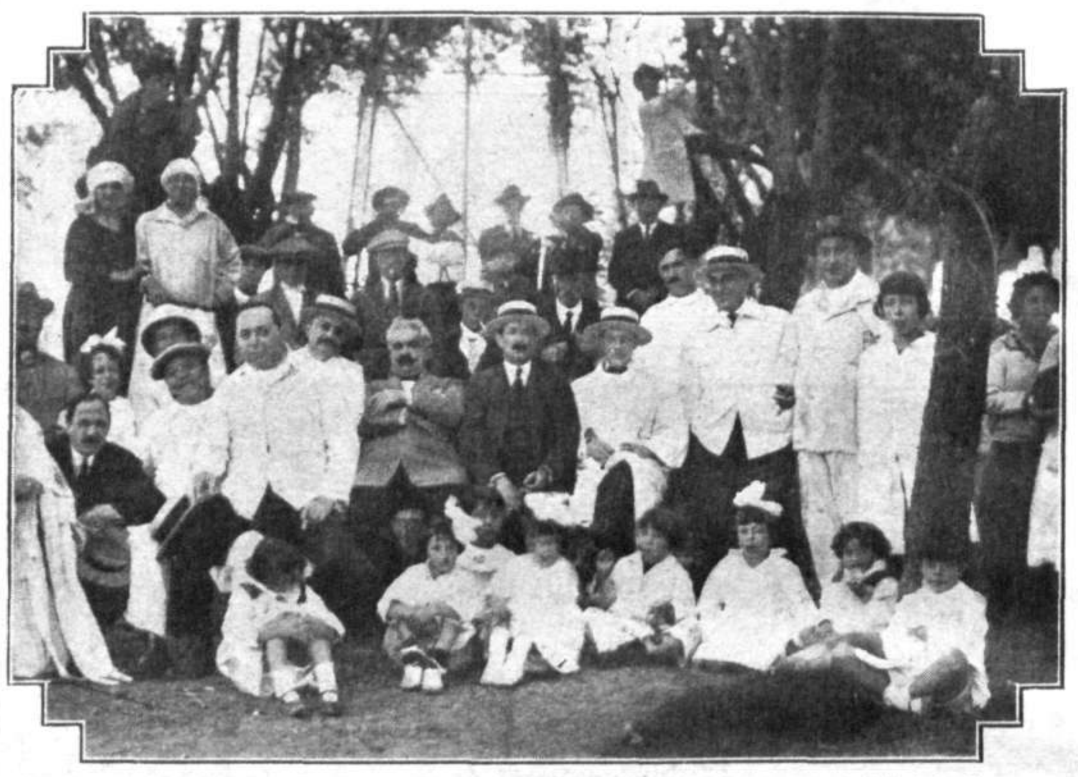
NOTA COMICA DEL



—Me dijeron que el negocio del plomo lo arruinó?

—Sí; realmente con el plomo me hundí, pero los corchos me han puesto a flote.

De Luján



Concurrentes al almuerzo criollo ofrecido a sus amigos por el señor Roleri, celebrando un grato acontecimiento familiar.



Extractos, Polvos, Colonias, Lociones,
Coloretes, Jabones, Lápices, Perfumadores.
Artículos delicados, exquisitos, de buen gusto y de superior calidad.
PERFUMERIA MENDEL
En Buenos Aires: Calle Guardia Vieja, 4439.
En Montevideo: Calle Cerrito, 673.
En Asunción (Par.): Calle Alberdi, 217.
Perfumadores de cristal, con extr. "Si tu voulais", "Marlise" o "Anitra" $ 0.45 c/u.
Lápices Rouge de bello carmín, en estuches de metal. No. 9, $ 0.70; Nos. 10 y 12, $ 1.75.
SAVON PARFUMERIE MENDEL DENTIFRICE
Jabón dentífrico, en caja metálica. Lo más práctico, cómodo y excelente para la higiene dental. $ 0.70 la caja.
POLVO COMPACTO CIELITO MIO
PERFUMERIA
Polvo Compacto Cielito Mío, de muy exquisito perfume, de fácil aplicación y propio para la toilette del momento en paseos, fiestas, excursiones, viajes, etc. Fabricado en los colores BLANCO, ROSA, MANDARINA, BRUNETTE, OCRE, RACHEL, o sea para todos los tipos femeninos. Precio: la caja,
$ 0.70
Perfumeria Mendel Cielito mío
Polvo Cielito Mío, lo más delicioso. Preparado en los tonos BLANCO y RACHEL. Precio: Caja chica, pesos 1.—; caja grande, $ 2.—.
Coloretes, muy delicados y con ricos perfumes, en lindas cajas de metal labrado, provistas de un cisne y un espejito en su interior. Fabricados en los tonos ROSA, CHAIR, MANDARINA, ROSA FRAMBUESA, BRUNETTE, VIOLETA de PARMA, OCRE, ROSA CYCLAMEN. Precio: la caja,
$ 1.85
Agua de Colonia Mendel
Agua de Colonia Mendel, de grato y permanente perfume, en frascos de 1 1/2, 1/4 y 1/8 litro, a $ 11.50, 6.50, 3.50 y 1.90, respectivamente.
Loción Cielito Mío Perfumeria Mendel
Loción Cielito Mío, sutil y deliciosa, de gran aceptación. El frasco,
$ 3.50

De Luján

Concurrentes al almuerzo criollo ofrecido a sus amigos por el señor Roleri, celebrando un grato acontecimiento familiar.


Extractos, Polvos, Colonias, Lociones,
Coloretes, Jabones, Lápices, Perfumadores.
Artículos delicados, exquisitos, de buen gusto y de superior calidad.
PERFUMERIA MENDEL
En Buenos Aires: Calle Guardia Vieja, 4439.
En Montevideo: Calle Cerrito, 673.
En Asunción (Par.): Calle Alberdi, 217.
Perfumadores de cristal, con extr. "Si tu voulais", "Marlise" o "Anitra" $ 0.45 c/u.
Lápices Rouge de bello carmín, en estuches de metal. No. 9, $ 0.70; Nos. 10 y 12, $ 1.75.
SAVON PARFUMERIE MENDEL DENTIFRICE
Jabón dentífrico, en caja metálica. Lo más práctico, cómodo y excelente para la higiene dental. $ 0.70 la caja.
POLVO COMPACTO CIELITO MIO
PERFUMERIA
Polvo Compacto Cielito Mío, de muy exquisito perfume, de fácil aplicación y propio para la toilette del momento en paseos, fiestas, excursiones, viajes, etc. Fabricado en los colores BLANCO, ROSA, MANDARINA, BRUNETTE, OCRE, RACHEL, o sea para todos los tipos femeninos. Precio: la caja,
$ 0.70
Polvo Cielito Mío, lo más delicioso. Preparado en los tonos BLANCO y RACHEL. Precio: Caja chica, pesos 1.—; caja grande, $ 2.—.
Coloretes, muy delicados y con ricos perfumes, en lindas cajas de metal labrado, provistas de un cisne y un espejito en su interior. Fabricados en los tonos ROSA, CHAIR, MANDARINA, ROSA FRAMBUESA, BRUNETTE, VIOLETA de PARMA, OCRE, ROSA CYCLAMEN. Precio: la caja,
$ 1.85
Agua de Colonia Mendel
Agua de Colonia Mendel, de grato y permanente perfume, en frascos de 1 1/2, 1/4 y 1/8 litro, a $ 11.50, 6.50, 3.50 y 1.90, respectivamente.
Loción Cielito Mío Perfumería Mendel
Loción Cielito Mío, sutil y deliciosa, de gran aceptación. El frasco,
$ 3.50

De Daireaux



Miembros de la Comisión Directiva de la Sociedad Española y Rondalla Vázquez, frente a la entrada principal del Prado Español, cuya reciente inauguración ha sido muy celebrada.

Palco ocupado por la familia del señor Miranda que obtuvo el primer premio en el concurso de Carnaval.

CANCIONES

¿Para qué? Las hay para todo; para cuando uno está triste, para cuando uno está fatigado; para cuando se piensa en la casa que está lejos; para cuando le desprecian a uno porque ha sido un vil pecador y un gusano de la tierra; para cuando se tiene ganas de llorar porque la gente se ha mostrado buena con uno; para cuando el corazón se siente alegre porque hace buen tiempo y se ve el cielo de Dios, el cual es siempre bueno y parece que nos sonríe... Las hay para todo, para todo. ¿A qué, pues, hacer otras?

Había salido la luna redonda y brillante detrás de los campos. Flotaba al ras del suelo y sobre las aguas movibles una bruma de plata. Cantaban las ranas y se oía en los prados la flauta melodiosa de los sapos El agudo trémolo de los grillos parecía responder a la titilación de las estrellas. Murmuraba el viento mansamente en las ramas de los olmos y bajaba de las colinas que dominaban el río el delicado canto del ruiseñor.

— ¿Qué necesidad tienes de cantar? ¿Acaso no cantan mejor que todo lo que tú puedes cantar?.

ROMAIN ROLLAND.

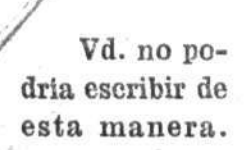
PAN FRESCO EN EL PADRE NUESTRO

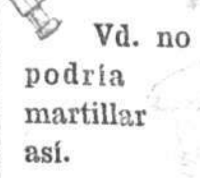
Preguntaba un maestro a uno de sus pequeños discípulos:

— ¿Por qué dices «el pan fresco de cada día?»

— Porque a mi familia no le gusta el pan duro, sino el de la última hornada.

¿Sabe usted que su cuerpo necesita de los ejercicios físicos como del alimento?





¿Porqué tiene su cepillo de dientes un mango tan largo?

Williams

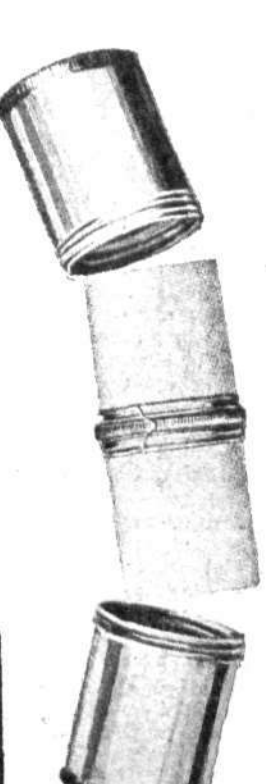
El único jabón de afeitar de cómodo empleo por su adecuado soporte.

Muchos objetos que requieren empuñarse firmemente tienen un lugar o mango apropiado para ello. De los jabones de afeitar el único es el "Williams" que dispensa esa comodidad, debido a su doble soporte.

El "doble-soporte" del jabón "Williams" tiene un espacio adecuado para empuñarlo fácilmente, evitando que los dedos toquen el jabón, y haciendo por lo tanto, rápida y cómoda su manipulación.

El "doble-soporte" fabricado con un metal inalterable asegura duración eterna. Siendo así que una vez terminada su barra de jabón, sólo debe usted adquirir otra aprovechando el mismo estuche.

Venta en todas partes. Capital: **$ 1.60.**





MAYON Ltda., Agentes de J. B. WILLIAMS Co.



LA «CLASE HUMILDE»

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE UNA MUJER TIMIDA



EBO comenzar por declarar que pertenezco a la clase... orgullosa, ya que de ninguna manera podría catalogarme dentro de «la clase humilde». Sin embargo ¡infeliz de mí! ¿poseo acaso las aptitudes que a la clase orgullosa corresponden? No me ha dotado Dios de un carácter enérgico, de un aspecto imponente, de una voz imperiosa. Dijérase que más bien estaba yo hecha para la clase humilde... si la clase humilde no fuera tan orgullosa. A nadie intimido, nadie tiembla delante de mí. Y sólo Dios sabe los males que este dulce aspecto me ha traído.

Es cierto que en los salones, allá por mis diez y ocho años, halagábame oirme cumplimentar de esta manera: «¡Tiene usted una cara tan suave!» «¡Parece usted un angel!» Y yo ¡pobre de mí! creía que con esta dulzura había de conquistarme el mundo. Halagábame también sobremanera la marcada preferencia que la «clase humilde», que los sirvientes de la casa de mis padres demostraban siempre por mí. Todos me pedían que al casarme los llevara conmigo. ¡Ay! ¿Preveían en mí el país de Jauja, que para ellos había de ser mi casa? ¿Era el instinto de la araña que presiente a su víctima?

El no intimidar a nadie me ha llevado, por otra parte, a hacer extraños descubrimientos... Tiemblo que alguna de mis mucamas abra este cuaderno y lea lo que de ellas voy a revelar. ¿Cómo afrontaría yo luego sus iras o reproches? Y me avergüenza además confesar que entre mi cocinera y yo, por ejemplo, ella es quien representa el orgullo, y yo... ¿acaso la humildad? ¿la timidez? ¿la cobardía?... Pero he dicho que aquí voy a decirlo todo. Lo que he descubierto es que la característica de la «clase humilde» es el orgullo. ¡Ah, cuántas veces envidié aquella altivez, aquel porte con que las personas entradas a mi servicio me hablaban, obligándome a mí, la dueña de la casa, a bajar humildemente la mirada! Siquiera por decoro hubiera deseado en tales momentos parecer, no un ángel como otrora me decían, sino un tigre, un león. O de ser un ángel, poder como San Miguel sacar la espada.



AQUELLA frase característica que es como el clisé de la «clase humilde», la he oído cien, doscientas veces, y aquí en la soledad me río de ella, pero en cuanto advierto el gesto que la precede como el relámpago que anuncia el trueno, me pongo casi a temblar... No me olvido de la primera vez que la oí. En un tono casi amistoso había yo dicho a mi «femme de chambre»: «No sea zonza, Pilar.» Y he aquí que Pilar se yergue delante de mí; su estatura parecía aumentada en diez centímetros; me mira de arriba abajo, y luego con una indignación auténtica y envidiable exclama:» ¿Zonza yo? ¿Yo, zonza? A mí nadie me ha dicho zonza, y no será en esta casa donde se me diga por la primera vez.» Quedéme en el primer instante anonadada; parecióme, a juzgar por los efectos, que había yo cometido un atentado; pero luego, reponiéndome un poco, dije a Pilar, a guisa de consuelo: «Pues a mí, ... a mí me han dicho zonza muchas veces.» Ella parecía no oirme y seguía repitiendo con aquel énfasis y seguridad que tanto admiro: «Nadie, nadie me ha dicho zonza...» «Pero Pilar, ensayaba yo de nuevo: ¿no ha tenido usted hermanos, ni padres, ni siquiera primos?» —«Y no será en esta casa...» —continuaba ella. No recuerdo cómo terminó el incidente, pero lo que con seguridad puede conjeturarse es que la que salió airosa no fuí yo sino ella.

Otra vez fué Juana, la niñera. Vestía ella a mi chiquillo de tres años escasos cuando, no sé lo qué pasó, que de pronto púsose la criatura a mover manos y pies, luchando por su libertad. En una de estas manotadas dió con el hombro de su niñera. Con una dignidad insospechada hasta aquel momento, vi entonces a Juana apartarse a dos metros de distancia, y mirándonos por turno, al delincuente y a mí, declamar: «¡Señora, a mí nadie me ha puesto la mano encima! Y no será en esta casa...» A pesar de mi cobardía, tuve esta vez el valor de sonreir: «¡Pero mujer, si se trataba de un bebé!» «Se tratará de lo que usted quiera; pero a mí ¿ponerme la mano encima? ¡Sólo que fuera mi padre! ¡Ni mis padres me han tocado, y no será aquí!...» Y dando media vuelta, salió del cuarto con aquella solemnidad y aparato inimitables para mí, que pertenezco a la clase altiva.



AHORA, en este Diario, en que me confieso de veras, y para mayor confusión mía, voy a contar lo que hace poco me ha ocurrido. Tan grabada me había quedado aquella frase, el clisé de la «clase humilde» y de tan feliz efecto me parecía, que llegó un momento en que ensayé apropiármela con un éxito... desastroso. A propósito de unos árboles que se empeñaba en derribar, y a lo cual yo, harto tímidamente me oponía, hablóme el jardinero en un tono que me pareció no era en realidad decoroso que yo lo soportara. Entonces, diciéndome en mi interior:

«¡Valor, hija mía! ¡Recuerda que perteneces a la clase orgullosa!», me estiré cuanto pude... Involuntariamente imitaba la actitud de mi mucama de marras y comencé en el mismo tono que ella: «A mí nadie me ha faltado nunca al respeto, y no será usted...» Este «no será usted» sonó a mis propios oídos de una manera terrible; creí haber pronunciado un insulto irremediable; me turbé, y no sé cómo terminé la frase; creo que poniéndome colorada, avergonzada de mi servil imitación. Y mientras tanto el otro, a quien mi frase no había anodadado ni mucho menos, seguía cada vez más airado: «Y si no le gusta a la señora, pues quédese con sus árboles. Sepa la señora que no me va ella a enseñar jardinería; que he sido jardinero del señor Z. y he cuidado el parque del señor N.» Al llegar aquí, yo ya no sabía si pedirle perdón o si huir de la justa cólera de Pedro, cuya vanidad de artista había, al parecer, herido. Tal como me lo dijera, Pedro me dejó bajo mis árboles — en una actitud por cierto melancólica — mientras él, sin que su dignidad decayera un solo instante, se iba a buscar sombra, o mejor dicho sol, fuera de casa



Vivo en el perpetuo terror de ofender a la «clase humilde». ¡Son gentes tan delicadamente susceptibles! Si veo vaciarse como por encanto mis frascos de agua de olor o mi polvera, si algún objeto desaparece de mis cajones, y arriesgo una tímida pregunta a mi mucama, en cuanto advierto en ella la primera señal de desagrado, mis preguntas vuélvense a mis ojos monstruosamente impertinentes, y me hallo, no sé cómo, pidiéndole disculpas. ¿No me ha pasado más de una vez que habiendo tomado la heroica resolución de despedir a una sirvienta, e intentando realizarlo, concluía rogándole que se quedara? Ayer se me presentó mi ayuda de cámara diciéndome: «Señora, me voy ahora mismo.» — «¿Qué le he hecho, Rosa? ¿No he sido buena con usted?» — «Si que ha sido usted buena y que le tengo cariño.» — «¿Y entonces?» — «Que a mí... nadie me hace eso. ¿Cree usted que no escuchaba yo detrás de la puerta cuando dijo usted a su hermana que pensaba renovar parte del servicio?» — «No se trataba de usted Rosa. Y porque una vez haya usted escuchado detrás de la puerta, yo no me enojaré...» — «Antes de que me diga usted «váyase», yo me voy. Porque a mí eso... nadie me lo hace.» (¡Ese «a mí» y ese «nadie»!) Jamás conseguí pronunciarlos de aquel modo!» — «Pero si le digo que estoy contenta con usted.» — «Que no; que me marcho. Porque a mí nadie me ha tratado mal; y no será aquí...» — No, Rosa no será aquí, se lo aseguro; no será aquí donde «por la primera vez». .. «Rosa, como una máquina a la que han dado cuerda, continuaba: «Usted no me ha tratado mal; pero antes de que me trate usted mal...» Y añadía luego, como embriagada de su importancia: «No han de faltarme casas como esta ¡y mejores que esta!» No hubo razonamiento que sirviera. La sola idea de recibir un desaire de su señora, la ha hecho salir de mi casa, donde se hallaba bien al parecer. Intenté el último argumento: «Si usted se va así, yo no voy a poder recomendarla.» — «Yo no necesito de usted ni de nadie.» «A mí...» No oí el resto. Pareciéndome absurdo que Rosa se fuera de casa tan sin motivo, apelé a su hermana mayor. Esta, dándome la razón, decía: «Se le ha metido en la cabeza...» Yo volví con mi argumento: «¿Cómo voy a recomendar a una muchacha que se sale de esta manera?» Y aquí la consabida transformación: la mujer de la «clase humilde» se hace un palmo más alta, y cambiando de tono, me declara: «Eso... nos tiene sin cuidado. En presentando la tarjeta de mi marido coloco a mis hermanas donde quiero.» Soy muy sugestionable, como por estas páginas se habrá colegido; y siendo lo que fué el sonido de aquella voz, mi imaginación demasiado rápida, o demasiado lenta, me representó no sé qué clase de emperador en la figura de Fernando Gómez, el marido de Josefa. La pregunta salió de mis labios en un tono involuntariamente respetuoso: «Su marido, ¿qué es?» Y exactamente como quien dijera: «Es emperador», con solo el cambio de una letra y media, oigo que se me contesta: «Es encerador.» — «¡Ah!» digo entonces como quien se lo explica todo. La explicación estaba en que tratándose de una familia de enceradores, es decir, perteneciendo a la «clase humilde», la característica debía ser el orgullo. Esto me lo ha enseñado la experiencia.



Heme aquí, pues, en busca de una nueva mucama para reemplazar a Rosa. Tengo una en trato... Me da vergüenza decir que la he tomado. Sí; voy a consignarlo aquí como castigo de mí misma y para escarmiento de las mujeres débiles a quienes legaré estas páginas: después de haberme formalmente propuesto no tomar a ninguna sin un seguro informe, he tomado a Joaquina Pérez sin poseer de ella la más remota referencia, sin saber si será una aventurera o una pícara... ¡Sabe Dios lo que será! No tengo remedio. Por la veinteava vez he sido víctima del segundo clisé de la «clase humilde». ¿Qué me ha dicho Joaquina Pérez para que así la haya tomado, faltando a mi resolución? Lo que me dijeron otras veinte, y ha producido hoy en mí el mismo efecto que cuando la primera vez. Me ha dicho: «Si va usted al Rosario, o al Tandil, o a Bahía Blanca, pregunte usted por mí, y entonces sabrá quién soy yo. ¡En diciendo Joaquina Pérez»... — No sé lo que en el Rosario, o el Tandil, o Bahía Blanca pasaría «en diciendo Joaquina Pérez», pero lo cierto es que «en oyendo» yo aquellas frases — ¡avergüénzate, hija mía! casi le pedí disculpas a aquella señora por haberle requerido informes. El exigirlos sonábame ya a impertinencia mía, a cosa ofensiva, tratándose... ¡de Joaquina Pérez! En aquel instante tuve el firme convencimiento de que Joaquina Pérez era la honorabilidad personificada, y he aquí porqué, sin preguntar por ella en el Tandil, el Rosario o Bahía Blanca, la tomé sin titubear. Mañana vendrá con su baúl. ¿Cómo haré para decirle que, no pudiendo ir al Tandil, necesito otros informes? ¿Cómo me atreveré a demostrarle desconfianza? Es una mujer alta, fornida, llena de dignidad; tiene una voz gruesa y un pronunciado bozo sobre el labio superior. Me aterra imaginar el momento en que se erguirá para responderme: «A mí, nunca, nadie me ha exigido referencias y no será aquí...» No, no seré yo la primera que se atreva. Nunca tendré valor para ofender el orgullo de Joaquina Pérez. ¡Dios mío!, ¿qué es lo que me espera cuando ella tome posesión de mi casa? Nunca tendré valor para herir el más altivo, el más susceptible de los orgullos: el orgullo de la «clase humilde.»

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ



El padre misionero Próspero Alarard rodeado por los miembros de su familia y por algunas de sus relaciones que le tributaron una demostración de afecto con motivo de su próximo viaje a la Indochina.

LA MISA DE NOCHE BUENA

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo, esperaban la hora de que comenzase la misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral, y comenzó la misa.

Pasó el introito y el Evangelio y el ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla. Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas, llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y el organista puso sus manos sobre las teclas del órgano. De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde, se desarrolló un tema; diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban, cada cual en su idioma, un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba con devoción. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

GUSTAVO A. BÉCQUER.



FERNET-BRANCA

¿No se siente Vd. con apetito; la digestión se le hace difícil; su estómago se halla indispuesto? Una copita siempre le procurará un alivio seguro.

Elixir Estomacal Indispensable

Importadores: **HOFER & Cía.** Bs. Aires.




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

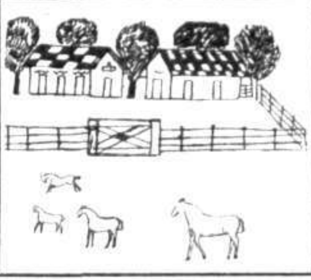
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1662 — Vendiendo CARAS Y CARETAS.
FALIER TOTARO.



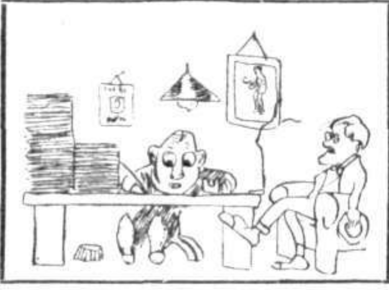
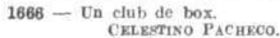
1663 — Un niño aseado.
MARINA A. GARCÍA.



1664 — La chacra de mi tío.
MARIA LUISA QUEIJEIRO.



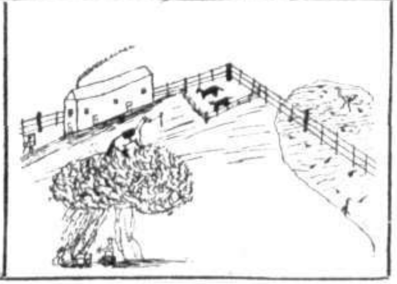
1665 —Luis lee un cuento a sus primos.
JOSEFINA LÓPEZ.

1666 — Un club de box.
CELESTINO PACHECO.



1667 — El musolino de mi cuadra.
ALFREDO BOURDILLON.



1668 — Mateando a la sombra del ombú.
ROBERTO L. POLVORIN.



Señora: ¿por qué quitarle el pecho a su hijito

antes de los dos años? Todo médico le confirmará que ese período es necesario para asegurarle un desarrollo normal y una constitución robusta. Si la leche disminuye o si es mucho el esfuerzo para Vd., recurra a la Malta Palermo y le será fácil satisfacer al bebé más exigente sin desmedro alguno para su salud.

Muchos distinguidos profesionales atestiguan que la Malta Palermo, producto genuino de la industria nacional, es más eficaz que sus similares extranjeros.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. - BUENOS AIRES





HOJAS CAIDAS

Mientras que el trío y las intemperies arrecian sin conseguir apagar la llama renovadora de la Italia política; *mientras que las estupendas* últimas imitaciones de pieles lucen su perfección quitando mérito a las verdaderas, es grata labor lanzar una mirada al otoño que pasó, trayendo consideraciones que podrán, quizás, ser útiles a las lectoras ocupadas en preparar su colección de vestidos invernales.

La manga corta, muy corta, ha sobrevivido al verano; moda práctica — dicen — pero no elegante y, por eso mismo, indigna de registrarse en la verdadera moda. El brazo desnudo es un complemento del escote para fiesta; pero ese principio de manga, que a veces no llega a 1/4, tiene algo de inconcluído; produce, al esteta, un malestar indefinible, una impresión desagradable.

Eso hablando de elegancia y no de practicidad. A esta misma impresión han obedecido los modistos, oponiendo, a la manguita, la manga larga y angosta en el vestido «tres-piezas», tan en boga durante el otoño y la primavera. Estos vestidos se hacen generalmente de dos géneros: la pollera y el saco en Kasha, agnella, terciopelo; la bata en crepé georgette, satín o crepé de chine bordado.

El modelo «clásico» lleva la pollera y el saco de terciopelo negro: el último con bolsillos bordados de plata y todo ribeteado por una tira angosta de piel.

Además de los «tres-piezas» y de las pieles, han vivido otro triunfo los sacos cortos bordados de piel, los abrigos «trescuartos», y los largos, lisos, ceñidos tapados cubriendo finos vestidos de satín o de crepé muy trabajados; — tapados que en los centros menos fríos de Italia (la costa, Roma y Nápoles) seguirán llevándose todo el invierno, así como en Buenos Aires, si es que habrá este año también los días primaverales de junio y julio de que yo recuerdo haber disfrutado otrora.

Lo suntuoso de los trajes de noche es indescriptible. El tul y el encaje descansan sobre fondos plegados o no. El tul se ha impuesto al encaje que, dentro de unos meses, veremos quizás confinado otra vez en el campo de los adornos.

El tul toma la forma de túnicas romanas; es constelado de diamantes y perlas y posado sobre forros largos y angostos, entrecortado por tiras de bordado o tejidos de otro tono que resaltan en transparencia.

En los vestidos de tul a volados, éstos vienen bordados con cintas de pluma lisa.

Es un verdadero furor el del bordado sobre tul. Perlas «turquesa» y «esmeralda» sobre tul rosa; hilos de plata sobre tul blanco.

En los vestidos de encaje a volados éstos son lisos o plegados, ribeteados por galones de perlas de color o por angostos biais de satín. El encaje de oro viene sobre bordado de metal o perlas, y acompañado de grandes cinturones de tul de dos tonos, atados sobre un costado.

La nota discreta viene de los vestidos obscuros bordados, en parte, de jáis; además de los encajes perlados sobre brocado, de las combinaciones de encaje y satín en tiras alternadas, y de las túnicas de puntilla dorada sobre forro de terciopelo negro. La mayor novedad consiste en los forros guarnecidos en la forma ya dicha.

Los modelos para señoritas son igualmente de encaje o de tul, pero adornados con mucha sobriedad; el conjunto debe dar una impresión de cosa asaz delicada; mientras que para las señoras la divisa es: riqueza.

El terciopelo negro y el encaje de oro, alternados con anchas tiras para un modelo perfectamente ceñido, sin mangas, terminado por un volado de satín negro doble llegando desde abajo de la rodilla hasta el tobillo es la más feliz de las combinaciones y el más sentador de los modelos para una silueta esbelta sin delgadez.

Otra variación del mismo estilo es la «robe-chemise», sin mangas y con ancho escote en punta, llevando a los lados dos riquísimas caídas de puntilla plateada o de oro, que salen por debajo de un bordado sobre las caderas.

Las «robe-chemises», y las formas envolventes — las primeras completadas por caídas vaporosas — han brillado y reinado en el otoño europeo. Podría decir también en el invierno; pero hablaremos mejor de él más adelante.

Hubo modelos a volados, en los vestidos de noche, pero de corte moderno que les quitaba toda desagradable reminiscencia de otra época en que «volados» fué sinónimo de «bulto».

El modelo mejor que he visto, en ese estilo, llevaba una pollera formada por dos grandes volados hasta debajo de las rodillas, de los que salía una estrechísima pollera muriendo en puntiaguda «traine». La espalda era cubierta por un «manteau de cour» ablusado y enteramente bordado. Una grande hebilla de oro viejo y piedras sobre la cadera derecha. El conjunto era más esbelto que ninguno; la que lo llevaba era muy alta y muy delgada.

Claro está que a esos vestidos de línea tan fina acompañan perfectamente los modernos peinados lisos con una lluvia de rizos delante o atrás o a los dos lados, sostenidos por peinetones, «couteaux», etc. El peinado español hubiera resultado desadorno; sobrevive aún, pero con los vestidos de otro estilo. Con el «godet», por ejemplo.

Mis lectoras, ávidas de conocer desde la primera hora la moda venidera, ya habrán observado por los figurines invernales que el «godet» existe, y es muy de moda, pero que ha sufrido una evolución de la que por falta de espacio no puedo hablar esta vez.

Dos novedades se nos anuncian: el zapato de punta ancha, casi cuadrada, y el retorno a esos vestidos ligeramente ablusados, con cinturón flojo, pollera un poco amplia con una caída o un «coquillé» lateral, que llenaron las calles de Buenos Aires en la pasada primavera.

En los primeros — los zapatos — no creo. Por más tentativas que se han hecho, la mujer latina ha permanecido fiel al zapato de punta fina y taco más o menos alto; moda antihigiénica si se quiere, pero que resulta tan estética para nuestro gusto.

Y puesto que «latino» es y fué en los siglos, sinónimo del arte y del genio...

El Mejor Alimento para los Niños



En todo el mundo el QUAKER OATS es el alimento principal para los niños. Contiene los 16 elementos indispensables para éstos en estado de crecimiento.

Los niños necesitan siete minerales para sus huesos, para una buena dentadura y para su propio crecimiento. El QUAKER OATS contiene $3\frac{1}{3}$ veces la proporción de alimento mineral que hay en el arroz.

Los niños necesitan elementos de formación del organismo. El QUAKER OATS los suministra en una proporción igual a $2\frac{1}{3}$ veces la que contiene el arroz — dos veces el valor en energía de la carne.

Todos estos elementos son esenciales para crear niños fuertes y sanos — también para los adultos que necesitan vigor y vitalidad.

Tómese QUAKER OATS por lo menos una vez al día.

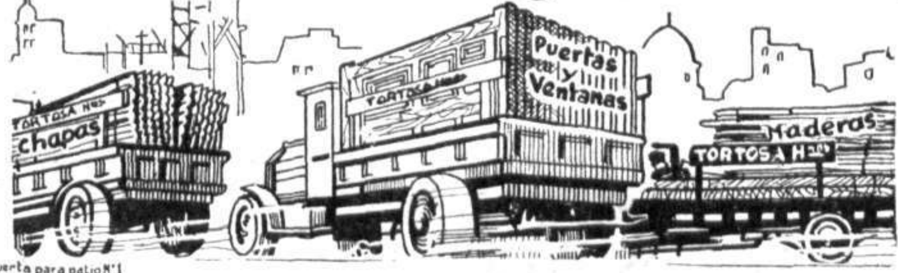
El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca





Nuestras entregas rápidas



Puerta para patio N.° 1



mediante nuestro servicio de AUTOCAMIONES, la perfección y solidez de las

PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO

que fabricamos, y el argumento decisivo de que son más baratas que las de madera inferior, significan para el interesado

VENTAJAS INAPRECIABLES

Ventana N.° 13

de cedro

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: 1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19 20-21-22-23-24-25-26-27-35 36-47-48-51-52

PUERTA N.° 1.

De 3.00 × 1.10 c/u. $ **94**
» 2.80 × 1.10 » » **92**
» 2.60 × 1.10 » » **89**

Solicite catálogo.

Acordamos 5 % de descuento.

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

VENTANA N.° 13.

De 2.40 × 1.00 c/u. $ **78**
» 2.20 × 0.90 » » **72**
» 2.00 × 0.80 » » **68**

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



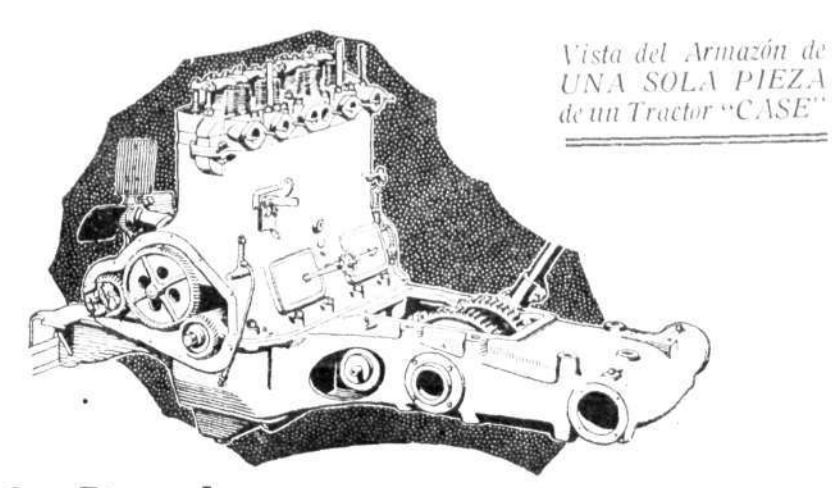
Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS, N.º 105

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



Vista del Armazón de UNA SOLA PIEZA de un Tractor "CASE"

Siendo Duraderos, Los Tractores "CASE" a Kerosene Resultan *Económicos!*



4

TAMAÑOS

10/18 - 12/20
15/27 - 22/40

LAS cualidades de mayor valor en un Tractor son su **eficiencia** y su **duración**. Muchos factores, exclusivos de los Tractores CASE a Kerosene, contribuyen a ese fin. Uno de dichos factores consiste en que el armazón del CASE está constituído por una sola pieza de hierro fundido, especial, fuerte y prácticamente irrompible; con esto se logra:

1.º Que el centro de gravedad resulte bajo, aunque con suficiente espacio debajo, evitándose, así, cualquier posibilidad de vuelco.

2.º Que todos los engranajes, ejes, cojinetes se mantengan en constante y perfecta alineación, dado que el armazón, siendo de una sola pieza, no puede torcerse. Esto propende a la mayor **eficiencia** y duración del Tractor, pues las pérdidas y los desgastes por fricción quedan reducidos al minimum.

3.º Que, con este armazón, el peso se halle perfectamente distribuído, con lo que se obtiene el más alto poder en el arrastre.

Con el fin de conocer más a fondo las ventajas del Tractor CASE a Kerosene, solicítenos el folleto "Testimonios de Agricultores Satisfechos" y el Nuevo Catálogo N.º T 24/11.

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

Paseo Colón esq. Belgrano **Buenos Aires.**



ROSARIO
BAHIA BLANCA

MONTEVIDEO
PORTO ALEGRE


BAILE DE FANTASIA EN EL CLUB ALEMAN. — Aspecto del salón durante el reparto de premios a las mejores máscaras.


Familias de Schmidt, Schubert, Hasenbalg, Seyppel, Mengsfeld, en los jardines del Club.


Señoritas de Werner, Melber, Meirs, Honig, Schelkas y Mengsfeld.


Los doctores Baraldi, Ortiz Gronet, Machado y Gómez, acompañados por sus señoras.



La Mayor de todas las Riquezas

LA SALUD

experimentarán las madres que crían al tomar diariamente unas copitas de **AFRICANA EXTRACTO DOBLE**, bebida agradable al paladar y que les ayudará a criar a sus niños sanos y fuertes.

EN LA COMIDA Y A TODA HORA

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

DE VENTA EN TODOS LOS BUENOS ALMACENES

Elaborada por la

Cía. CERVECERIA BIECKERT Ltda.

San Juan 3334. Buenos Aires.

LA CIENCIA DE MI TIO

I



Lo que es como bonita, vaya si lo era. Su frente alta, aunque un tanto deprimida; su nariz respingadilla y de alas ligeramente contráctiles; su boca, en la que lo delgado de los labios no perjudicaba en nada a lo atrevido de aquella comisura movediza e incopiable, que algunas veces se pudiera tomar por la última línea del pentágrama de la ironía, y sobre todo el fruncimiento especial de sus arqueadas cejas, daban a su rostro esa gracia picaresca que es la eterna desesperación de cuantos se empeñan en buscar la belleza en las justas proporciones.

Y sin embargo, en aquel rostro picante de color y lleno de luz, había una sombra que, al par que admiraba, producía un inexplicable escalofrío. Aquella sombra eran dos magníficos ojos, de color negro con reflejos azulados, como las alas del cuervo, y de mirada profunda y llena de abismos, como el mar.

Mi tío la quería con el cariño de esos viudos a quienes ha tocado en suerte desempeñar a la par las funciones de padre y de madre. Pero, aunque constituían su más sabroso encanto las travesuras y agudezas de Andrea, solía a las veces acontecer que, mirándola de hito en hito, se quedaba triste y meditabundo.

Esto pasaba principalmente cuando, tomándola en sus rodillas, ni más ni menos que en la época en que tenía seis años, llevaba instintivamente sus huesosos dedos a la hermosa, aunque extraña cabeza de la muchacha, y sin cuidarse de respetar los primores artísticos de su peinado, armaba allí un tecleo parecido al de un organista que tiene que habérselas con su instrumento rebelde. Entonces se le oía murmurar: «¡Estas protuberancias! ¡Estas protuberancias!», y haciendo un significativo movimiento de duda, quedaba sumido en un como a modo de doloroso éxtasis, de que no salía, hasta que un importuno aviso le hacía montar en su escuálido caballejo, y se iba a asistir a algún pulmoníaco de Valsombreda o a sacar de su cuidado a alguna parturiente de Fombreñosa.

La mejor prueba de que mi tío compartía conmigo el cariño que a su hija profesaba, es que, complaciéndose en acariciar la idea de unirnos con el santo lazo del matrimonio, no sólo me dejaba en completa libertad de requerirla de amores, sino que alentaba mi natural timidez y me hacía poner colorado como una cereza, cuando entre burlas y verdades ponderaba mis cualidades físicas y morales, y le decía que no era poca su suerte al haberle deparado el cielo un marido que más de cuatro la envidiarían.

Ella, merced a las desigualdades de su carácter, unas veces estaba tan expresiva conmigo, que me persuadía de que yo sólo podía hacerla feliz, y otras, en cambio, se mostraba tan esquiva y despegada, que llegaba a dudar si únicamente por complacer a su padre admitía mis obsequios.

Esto en un principio me hacía cavilar y me ponía triste y meditabundo; pero al cabo me llegué a acostumbrar de tal modo a su manera de ser, que ni la más leve sombra de desconfianza alteraba la paz de mi ventura.

II

En este estado estaban las cosas, cuando una mañana, precisamente la del día en que por cumplir yo los veinticinco años entraba en mi mayor edad, mi buen tío me llamó a su despacho, y des-

pués de cerrar su librote en el que había pintadas como hasta un par de docenas de calaveras surcadas de líneas de puntos y divididas en celdillas, me hizo sentar a su lado y me habló así:

— Desde hoy entras en posesión de tus bienes, y yo dejo de ser tu tutor. Esto no me preocupa gran cosa, pues conozco tu buen juicio y sé que no harás tonterías; pero como, al morir tu madre, le prometí dejarte colocado dignamente, creo llegado el caso de hacerte una pregunta: ¿Estás dispuesto a casarte con Andrea?

La emoción que me embargaba no me permitió contestar. Mi única respuesta fué arrojarme en los brazos del que para mí había sido un padre y que en aquel momento realizaba el más hermoso sueño de mi vida.

Para aumentar mi alegría oí a lo lejos el sonar de los clarines del escuadrón de húsares que había estado alojado en el pueblo y que ya se alejaba definitivamente. ¿Por qué no decirlo? Desde que sabía que un teniente miraba con buenos ojos a mi prometida, no podía sufrir a aquellos soldados.

Una vez pasada la efusión de ternura que nos había hecho enmudecer, mi tío continuó:

— Para empezar a arreglarlo todo sólo falta una fórmula.

Y consultando su reloj, dijo llamando a la venerable anciana que hacía los oficios de ama de llaves:

— Andrea debe estar ya levantada: dígale usted que venga.

Frotándose las manos alegremente estaba mi tío cuando la vieja volvió a entrar en el despacho con toda la precipitación que sus años permitían y, mostrando el amojamado rostro descompuesto por el espanto, murmuró con la voz ahogada por los sollozos:

— ¡Señor! ¡Andrea no está en su alcoba!

— ¿Y qué? — murmuró mi tío con marcado desabrimiento. — Si no está allí, buscarla en otro lado y en paz.

El digno médico, que a pesar de la tranquilidad que quería aparentar se había quedado pálido como un cadáver, se pasó la mano por la frente como para apartar de ella un pensamiento importuno, y dando tal espellón al ama de llaves, que por poco la hace caer, salió del despacho con paso incierto, aunque presuroso.

Yo que le seguía como un perro sigue a su dueño, entré casi a la par que él en la alcoba de Andrea, aquel *sancta santorum* de la casa, en que ni con el pensamiento había osado penetrar jamás.

Allí el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos no dejaba lugar a la duda. Sobre el lecho revuelto habían quedado algunas ropas; un artístico vargueño, que indudablemente servía de guardajoyas a la muchacha, mostraba abiertos y vacíos sus más secretos escondrijos; en el tallado armario de roble que ocupaba uno de los testeros de la pieza se notaba la falta de algunos vestidos que se debía haber cogido con la precipitación de su fuga; y, como si estos indicios no bastaran, una escala de seda, pendiente aún del alféizar de la ventana daba unas explicaciones que hacía innecesarias una breve carta que Andrea había dejado sobre la mesa de pies salomónicos que desempeñaba el papel de escritorio.

Al pasar los ojos por aquellos renglones, hizo mi tío un esfuerzo como el que sintiendo interceptados los órganos vocales quiere romper a hablar, y al cabo de un rato consiguiéndolo por fin repitió esta sola frase:

— ¡Las protuberancias! ¡Las protuberancias!

Y como si aquel grito salido del fondo del alma hubiera agotado sus fuerzas, se desplomó sobre el pavimento, como añoso tronco herido repentinamente por el rayo.

III

La enfermedad del atribulado Galeno fué tan larga y penosa, que no me permitió abandonarle un momento durante largo espacio. Así es que, cuando entró en el período de la convalecencia, ya me pareció tan imposible dar con la desdichada, causa de nuestras penas, como querer buscar una aguja en el fondo del mar.

Entre los dos parecía existir un tácito acuerdo para no nombrar nunca a Andrea, y sin embargo, acostumbrados a vernos continuamente, habíamos aprendido a leer en nuestros ojos, y sabíamos que su recuerdo no se apartaba un punto de nosotros.

Lo peor era que, aunque disimulado, nos separaba una especie de rencor. Las miradas de mi tío parecían estarme diciendo continuamente: «¿Por qué no has corrido a buscarla?» y las mías, clavándose con lástima y con enojo en el enfermo, se hubiera dicho que repetían: «Y usted, si conocía sus inclinaciones ¿por qué no enderezó a tiempo el que ya nació torcido arbolillo?»

Una tarde por fin las hostilidades se rompieron. El enfermo, que ya se permitía salir de la estancia en que el ataque de hemiplegia le había retenido más de dos meses, estaba sentado a la sombra de un emparrado de la huerta sumido en sus cavilaciones, cuando de pronto, encarándose conmigo, murmuró con rudeza:

— Eres un ingrato.

— ¿Por qué? — le pregunté un tanto amostazado.

— Porque ni en mientes te ha venido una vez siquiera hacer lo que ya hubiera hecho yo, si mis malditas piernas no se negaran a arrastrar esta máquina en que ya no hay rueda sana.

Yo, que comprendí lo que con aquello quería decirme, me apresuré a objetar:

— ¿Es que aún cree usted posible mi boda con Andrea?

— No; pero lo que creo es que ni tú ni yo tenemos derecho a guardarle rencor. La infeliz no tiene culpa de nada.

Aquellas palabras me hicieron perder el respeto que a mi interlocutor debía, y, sin ser dueño de mí, contesté:

— Entonces el único culpable es usted.

— Esperaba ese reproche — replicó con amarga resignación; — pero no creas que me ofende. La humanidad entera piensa como tú, y seguirá pensando así mientras no tome en serio una ciencia que hoy se llama charlatanismo, y que sin embargo es el sólo oráculo que puede darle la clave, lo mismo de las grandes catástrofes de la historia que de los más ignorados dramas de la familia.

Por un momento creí que desvariaba y le miré con espanto. El comprendió mi duda y se apresuró a añadir, mientras se golpeaba el cráneo:

— Todo el secreto está aquí. Suprime una protuberancia de la caja que encierra la masa encefálica de César, y Roma no saldrá de los límites de Roma. Enmienda una depresión del occipucio de Bonaparte, y Waterloo en vez de una derrota será un triunfo. Es más, redondea la cabeza de Andrea y harás de ella una Lucrecia romana. ¡Si hubiera conseguido quitar de mi cráneo esta maldita abolladura, de tales empresas sería capaz que, contrarestando las inclinaciones de esa desgraciada, a estas horas la tendríamos a nuestro lado haciendo mi ventura y la tuya!

Al decir esto, de tal modo se animaba su pálido semblante, tal fosforescencia tomaban sus apagados ojos, que tuve miedo.

El medio que juzgué más acertado para cortar su sobreexcitación, fué separarme de su lado, y pretextando el fresco que se comenzaba a levantar

le conduje a su despacho, buscando yo, en la soledad de mi habitación, algo que calmara la tensión nerviosa de que me hallaba poseído.

IV

Lo primero que vi sobre mi mesa fué el correo. No había recibido carta alguna, pero en cambio había allí hasta media docena de periódicos de Madrid, de los que maquinalmente rompí las fajas. Por fin me fijé en uno, y tratando de encontrar distracción a mis agitados pensamientos, leí con una avidez digna de mejor causa una porción de cosas que ni a mí me importaban, ni pienso que tampoco al que las escribió.

Al cabo di en la sección de noticias; pero como aquello tampoco me interesaba, iba ya a soltar el diario, cuando de pronto, sin poderme contener, lancé un grito de horror. Dos líneas, sólo dos líneas redactadas con la fría indiferencia del que llena un oficio, vinieron a darme el golpe más rudo que he sufrido en mi vida. Andrea, precipitándose desde lo alto del Viaducto, había enmendado las desigualdades de su cráneo contra las piedras de la calle de Segovia.

Cómo tuve serenidad para tanto, no lo sé. Pero lo cierto es que recordando que mi tío recibía los mismos periódicos que yo, corrí a su despacho para quitar de su alcance aquella malhadada noticia.

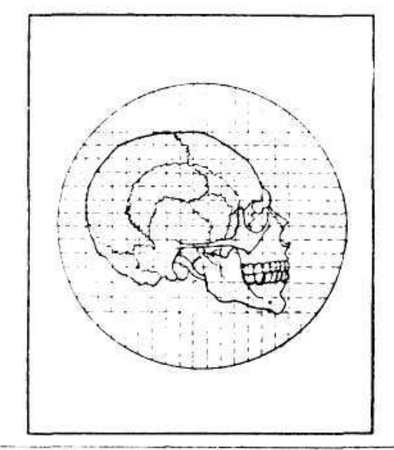
Cuando llegué era tarde. El periódico, arrugado y hecho pedazos, estaba a sus pies. El enfermo, amoratado el rostro y presa de una agitación febril, anunciaba un nuevo ataque.

Al verme, sin embargo, sus ojos rodaron por las órbitas, su lengua castañeteó un momento contra el paladar, y haciendo un supremo esfuerzo, murmuró:

—¡Las protuberancias! ¡Las protuberancias!

Después su cabeza cayó pesadamente sobre aquel libro lleno de calaveras cortadas por ángulos y líneas de puntos. Una apoplejía fulminante había acabado con su vida.

A N G E L   R.   C H A V E S



V

Desde aquel día mi vida ha sido de las más inútiles que se han arrastrado por este miserable planeta. Jamás he tenido resolución ni para el bien ni para el mal, y todo ha dimanado de que el obstáculo me ha hecho exclamar siempre: «Indudablemente mi cráneo no está organizado para esto».

Hoy, que soy viejo, no puedo enmendarme; pero allá, en el fondo de mi conciencia, siento una especie de increpancia que me obliga a repetirme continuamente: «¡Si la ciencia sólo sirve para hacernos perder la confianza en nuestras propias fuerzas, medrados estamos!»



"El intestino es un laboratorio de venenos".

(*Bouchard*).

Las alteraciones de la digestión intestinal son causas del conjunto de trastornos morbosos que se conocen con el nombre de autointoxicaciones.

Aunque la experimentación no ha permitido todavía aislar todos los venenos que se forman en el intestino y asignar a cada uno de ellos su papel especial en la intoxicación del organismo, hace ya mucho tiempo que la clínica ha demostrado que agotando la fuente de estos venenos mediante el régimen y otros medios, **facilitando la eliminación y reforzando los medios de defensa del organismo,** se podía combatir eficazmente la autointoxicación.

Entre los medios de defensa, que como magníficas barreras, cuenta el organismo, tienen lugar preponderante la mucosa intestinal, el hígado y las glándulas de función antitóxica. El epitelio intestinal tiene activo poder antitóxico, aparte de su papel pasivo de membrana filtrante. El papel del hígado ha sido demostrado hace mucho tiempo por numerosos fisiólogos; este órgano destruye los dos tercios aproximadamente de los venenos de origen digestivo.

Ahora bien; no porque venga bien al caso, sino de toda la vida, se sabe que las

PILDORITAS REUTER



estimulan las funciones del hígado y de la mucosa intestinal; hacen segregar abundante bilis, cuya acción antipútrida ha sido demostrada por Schiff, y después de reforzar estos poderosos medios de defensa del organismo, facilitan la eliminación de los venenos que aún queden, por sus seguros efectos como laxantes.

Son, pues, las Pildoritas Reuter la medicación más razonada para combatir las autointoxicaciones intestinales.

UNICOS IMPORTADORES:

73, MAIPU, 73 **ILLA & Cía.** BUENOS AIRES

De Rosario



Comisión organizadora del festival realizado en esta ciudad a beneficio de la Sociedad Anita Garibaldi.

UN INCIDENTE CURIOSO

Un miembro prominente del Parlamento Irlandés del Estado libre, empedernido pescador de caña, se disponía semanas atrás a colocar una porción de cebo en el anzuelo, cuando sonó un tiro de fusil y una bala ignorada fué a atravesar el sombrero con el que el pescador se defendía de los rayos solares.

El personaje trató de indagar quién pudiera ser su desconocido agresor, pero no lo consiguió.

Algunos días después de este incidente recibió un paquete postal. Abriólo y comprobó asombrado que contenía un sombrero magnífico, nuevo, flamante. El cubre-cabeza llevaba adherida una cartulina que decía: «Excúseme, señor. Cuando disparé sobre usted lo hice por haberlo confundido con otro. Para desagraviarle me permito ofrecerle este sombrero, que es de última moda y que le sentará muy bien.»

La noticia nos ha llegado de Irlanda directamente. Pero nosotros hemos de añadir esta reflexión: si el agresor, en vez de agujerear el sombrero hubiera perforado la cabeza de su víctima, ¿habría podido ofrecerle otra nueva?

SE DESCUBRIÓ UN NUEVO COMETA DE OCTAVA MAGNITUD

El astrónomo Dubjga ha poco anunció que ha descubierto un nuevo cometa de la octava magnitud entre las constelaciones del Barco y Orión, al Sureste de Sirio.

El cometa camina hacia el hemisferio del Sur.

AGRICULTURA

FORESTALES UTILES: EL EUCALIPTO

De las plantas forestales exóticas, la más importante y notable por todos conceptos es indudablemente el eucalipto.

Es el árbol más popular y conocido, porque no hay estancia o establecimiento agrícola o ganadero en cualquier provincia o territorio, especialmente en la zona central del país, donde no se haya propagado y difundido: son sus plantaciones densas y elevadas, que con sus bordes verdosos denuncian desde lejos, en el vasto horizonte pampeano, la presencia de la estancia señorial, de la cabaña o del simple puesto o portada.

Es el eucalipto uno de los árboles de más antiguo abolengo en el país entre las especies importadas: se puede decir que su introducción en la Argentina fué casi simultánea a su difusión en Europa, pues en Francia fué introducido en 1854, en Norteamérica en 1856 y en la Argentina, en 1857, se plantaron los primeros ejemplares.

Es un árbol que tiene su historia, y aunque varios plantadores beneméritos de la arboricultura nacional se disputan la prioridad de su difusión en el país, nadie niega que el inmortal Sarmiento fué el que introdujo su semilla y con su prédica fomentó su cultivo, especialmente en la provincia de Buenos Aires.



Majestuoso ejemplar de eucalipto, 50 metros de altura; 65 años de edad; en San Isidro.

El eucalipto es entre los árboles el gigante de las especies vegetales; en su tierra de origen, Australia, alcanza más de 150 metros de altura y su tronco de 8 a 10 metros de diámetro; en nuestro país puede llegar a 50 y más metros de altura y 3 a 4 metros de diámetro.

También podemos catalogar el eucalipto entre los patriarcas de los vegetales, esto es, de los seres vivientes más longevos de la Creación, pues hay ejemplares en Australia a los que se les calcula varios miles de años de edad.

De las esencias forestales cultivadas es el que mayor número de formas ostenta; son más de 200 entre especies y variedades, que se conocen y cultivan en el mundo, y numerosas son también las que se conocen entre nosotros, siendo las más renombradas el E. globulus, rostrata, resinifera, amygdalina, gunnii, longifolia, etc.

Un "islote" de eucaliptos, que perfila sus bordadas copas en el horizonte.

Es además, de los que mayor utilidad prestan por las múltiples aplicaciones que tienen sus plantas: en la formación de bosques densos, tupidos y durables, que se adaptan a diversas y opuestas condiciones topográficas, ya en terrenos altos o bajos y en diversos climas; para abrigos de montes frutales o huertas en defensa de los vientos, de los fríos y heladas; para sombra al ganado y a las poblaciones en estancias y chacras, que la presta en forma permanente durante todo el año; para adorno, por su porte alto y majestuoso, por la amplitud de sus frondas de bellos y variados matices, es de los árboles más adecuados para la formación de avenidas, parques y jardines; por su madera sólida, dura, inatacable por los insectos, resistente, fuerte, flexible, aplicable en las construcciones, ebanistería, y otras industrias; por su leña, combustible, abundante y de fuerte poder calorífico; por su corteza rica en tanino que se emplea útilmente en el curtimiento; por sus hojas ricas en aceite esencial aromático y balsámico, el eucaliptol, muy usado en medicina, y sus flores, de propiedades melíferas acentuadas y que derraman su perfume durante casi todo el año, según la especie cultivada.

En fin, el eucalipto es, entre los árboles forestales, el más bello, elegante y majestuoso, que con frecuencia ha inspirado la imaginación de los poetas, que vieron en sus magnos troncos «las columnas de algún ciclópeo templo»; en sus hojas, «hoces forjadas en raro glauco acero», y en su cápsula frutal, «el cáliz cincelado o urna repujada, que encierra los gérmenes fecundos de su gran progenie».

Tantas preciosas cualidades reune este árbol, cuyo cultivo no presenta ninguna dificultad para su explotación: efectivamente, en cuanto a clima, dado el extenso catálogo de especies disponibles, puede el agricultor encontrar la que se adapte a las condiciones más diversas y opuestas; así, por ejemplo, los E. gunnii, amygdalina, robusta, rostrata, resisten bastante bien las heladas; el E. globulus se adapta bien a toda la zona central y norte del país; y en lo que respecta a suelo, si bien se adapta a los más diversos, prefiere los de mediana consistencia, frescos y fértiles; y hay especies, como el globulus, que crecen igualmente bien en terrenos bajos y húmedos y pantanosos, a los que con frecuencia sanean, con su exuberante vegetación.

El eucalipto se reproduce por semilla, únicamente, que se elige de árboles adultos y fuertes, y se siembra en almácigo, bajo vidriera, de septiembre a octubre, y al aire libre en noviembre, efectuándose el primer trasplante en macetas o latas, cuando las plantitas tienen 8 a 10 centímetros de altura, cuidando de abrigarlas bien de las solanas fuertes. A los seis meses de la siembra en otoño, al tener las plantas de 50 a 60 cm. de altura, se procede a su plantación definitiva, en hoyos bien preparados, y con su pellón de tierra, a la distancia de 3 a 5 metros, según se trate de avenidas o montes, prestándoles después todos los cuidados y defensas que exige una plantación de importancia. Quisiéramos, en fin, que el eucalipto fuera algo así como el «árbol nacional», que formara parte integrante, si no preponderante, de la flora silvestre artificial que deberá adornar, matizar y embellecer nuestras pampas, abrigando y defendiendo la vivienda, el hogar de nuestras poblaciones rurales.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



VERA. — Comparsa infantil "Las Hadas", que obtuvo el primer premio en el Concurso organizado en esta localidad por la Comision de festejos de Carnaval.

GRANDEZA DEL UNIVERSO

Con las alas del huracán quiero recorrer todo cuanto el Eterno ha hecho brotar del caos, hasta llegar a los confines de este piélago inmenso, y echar el ancla allá donde se cesa de respirar, donde Dios ha señalado los límites de la Creación.

Veo ya de cerca las estrellas en todo el esplendor de su refulgente luz: véolas proseguir su milenaria carrera al través del firmamento, para alcanzar el fin que les está señalado: algo adelante. ¡Ya no se ven estrellas!

Lánzome audaz en el imperio inmensurable del vacío; mi vuelo es rápido como la luz. Mas ahí se me aparecen nuevas nubes, otro universo y continentes y ríos...

De improviso, en solitario camino, veo venir hacia mí un peregrino, que me dice:

— Detente, viajero: ¿a dónde vas?

— Hacia los límites del Universo, allá donde se cesa de respirar, donde Dios ha colocado los lindes de la Creación.

— ¡Detente! Caminarías en vano: delante de ti está lo infinito.

¡Oh, pensamiento mío! Pliega tus alas de águila. Y tú, imaginación atrevida, aquí ¡ay! es donde debes dejar caer el ancla. — SCHILLER.

La grandeza de los tiranos, se conoce por la elección de los suplicios. —Mitolología de la Revolución.


Trapiche
RESERVA
Indispensables cuando
se prefieren los
mejores VINOS
BENEGAS Hnos. y Cía. Lda.
Soc. Anón. INDUSTRIAL y COMERCIAL
744 - FLORIDA - 744
BUENOS AIRES
TRAPICHE



CARCARAÑA. — Distinguido núcleo de señoritas que prestó su desinteresado Concurso en el concierto realizado a beneficio de la Colonia de Vacaciones.



CARCARAÑA. — Comisión de señoritas a cuyo cargo estuvo la organización de las Romerías Españolas, realizadas últimamente con brillante éxito.



EL LOCO FRIAS

PRIMERA PARTE

En la revolución de 1880, el fervor político llegaba al delirio. La juventud formaba espiritualmente la vanguardia del movimiento.

Sus entusiasmos no pueden ser comprendidos en períodos como el actual, en que el indiferentismo y la relativa despreocupación de los asuntos públicos, forman el estado psicológico colectivo. Para este caso no abro juicio sobre cuál de las dos situaciones, la de exaltación popular o la de inercia excesiva, es la más normal y la más conveniente a los intereses nacionales.

Cada momento histórico tiene las condiciones adecuadas a sus orígenes y a sus finalidades.

Anoto simplemente el hecho de que la juventud argentina en las dos últimas décadas del siglo pasado, se caracterizó por su entusiasmo y sus bríos para la acción, como la de este tiempo se distingue por sus aptitudes para el análisis y la reflexión.

El ejercicio especializado de esas facultades desarrolló en las nuevas generaciones una especial capacidad para las situaciones espectantes.

Estas no eran virtud de las generaciones porteñas, a las que yo incorporé mi argentinismo juvenil.

Sin distinción de partidos y por solidaridad espiritual con la tendencia autonomista, que inspiró la resistencia de Buenos Aires en 1880, la juventud se militarizó por acto espontáneo.

Con sus elementos más distinguidos se organizó el batallón de «Los rifleros», cuyo jefe era el comandante Joaquín Montaña.

Dos meses antes de la revolución, los jóvenes que formaban aquel cuerpo acuartelado, frente a la Plaza del Retiro, lucían sus uniformes por la calle Florida y en los salones.

La actuación social, demasiado activa y un poco jactanciosa de los «Rifleros», dió la impresión entre el pueblo, de que su marcialidad era de pura escenografía y circulaba el rumor de que llegado el momento de la prueba, por influencia de las familias de rango, a que pertenecían los «Rifleros», éstos no serían llevados a la línea de fuego.

Tal versión maliciosa era, seguramente, sin fundamento, porque aquellos jóvenes entusiastas estaban sinceramente resueltos a cumplir con su deber y lo habrían hecho con más bizarría por lo mismo que se dudaba de su decisión ante el peligro.

La duda no podía ser más injustificada, pues ella no tenía más motivo que la de tratarse de la «juventud dorada», como si no existieran en todas partes ejemplos de intrepidez y hasta de heroísmo de los representantes de la nobleza.

En nuestro país y especialmente en épocas anteriores, las familias de más entronque aristocrático dieron valientes damas patricias y militares, de los que forman la gloriosa plana mayor de nuestra historia.

Pero a pesar de lo injusta y lo infundada de la presunción sobre la innocuidad militar del batallón de los elegantes, la versión maledicente se generalizó al extremo que de cada nuevo voluntario que solicitaba su admisión en aquel cuerpo, se creía que buscaba «marcializarse» sin riesgo.

Yo había llegado a principios de aquel año a Buenos Aires, en busca de un empleo para continuar mis estudios. Venía recomendado a un pariente de mi familia, facultativo ilustre, exministro de Avellaneda, uno de sus amigos de más confianza y médico de su casa.

Este me acogió cordialmente, me llevó a su casa y en pocos días realizó la gestión para conseguirme un empleo. El presidente se lo prometió para una fecha próxima, pero yo no aguardé el nombramiento a pesar de necesitarlo.

La revolución me había ganado. Un cargo oficial, por modesto que fuese, me parecía una claudicación. En cambio, con mis optimismos de muchacho y mis efusiones de civismo militante, yo atribuía candorosamente una gran importancia al hecho de renunciar al empleo prometido en la administración de una presidencia, combatida en nombre de principios y de ideales que, con pocas modificaciones, formaron más tarde mi credo político.

Resuelto a incorporarme al movimiento, me despedí en una carta de mi respetable pariente, agradeciéndole sus finezas y su buena voluntad, y me presenté como soldado voluntario a uno de los batallones organizados para la defensa de Buenos Aires.

Algunos de mis amigos, que pertenecían al de «Rifleros», me invitaban a que ingresase en él; pero yo, teniendo presente lo que se murmuraba en la calle sobre la condición privilegiada de aquella unidad miliciana,

demasiado aristocrática, me fui al batallón «Maipú», mandado por un coronel Boneo, que no sé si era militar de línea o de guardia nacional.

Pero ese cuerpo tenía una composición mixta. En dos de sus compañías predominaba el elemento de mediana condición social, algunos jóvenes de la oficialidad llevaban apellidos de los pertenecientes a familias distinguidas y varios a ricos industriales. Las otras dos compañías estaban compuestas por hombres del pueblo, de los que a primera vista podía clasificárseles de carne de cañón. El batallón «Maipú» tenía un emplazamiento de batalla.

Estaba a su cargo la trinchera de la calle Santa Fe y Junín, que por ser posición estratégica se la consideraba el punto más importante de la defensa de la ciudad.

Creíase que las fuerzas nacionales reconcentradas en Belgrano, donde se había instalado el Presidente Avellaneda con la mitad del Congreso, intentarían apoderarse de la capital por asalto.

Durante un mes se esperaba día a día el ataque. Las trincheras construídas en la esquina de Santa Fe y Junín eran el punto de avanzada. Una cerraba la calle de Santa Fe y otra la de Junín, formando ángulo recto con la primera.

Como construcciones militares eran completas, con arreglo, naturalmente, a la técnica del tiempo. Tenían cuatro metros de altura con un foso bastante profundo por delante. Su parte interna era una explanada de tres metros, donde debían operar los combatientes, resguardados por grandes bolsas de arena que coronaban en todo el largo la parte alta de la trinchera. Estaban acomodadas en forma que por pequeños espacios intermedios entre bolsa y bolsa podían hacer fuego los defensores.

El ataque, que se anunciaba como inminente, debía ser, según las versiones circulantes, externo y subterráneo a la vez, aprovechando la cloaca máxima que hay en esa calle y de la que entonces decían que se extendía hasta Belgrano. En los días que precedieron a los combates de los Corrales y Puente Alsina, donde se decidió la contienda a favor de la autoridad nacional, las precauciones se activaron y en la trinchera se hizo vida militar activísima. De día ejercicios de instrucción y de noche vigilancia estricta con una ronda de centinelas avanzados de tres cuadras adelante. Otros dentro de la cloaca. El relevo de esta guardia se hacía con más frecuencia, por considerarse el puesto de mayor responsabilidad y peligro, pero, sobre todo, por los efectos físicos y hasta morales que producían una hora de guardia en la embocadura de las dos grandes avenidas subterráneas, donde se situaba un centinela, en una obscuridad absoluta y en un recinto donde el viento encajonado producía los más extraños rumores.

Una vez sola me tocó hacer de centinela dentro de la cloaca...

Pero el recuerdo de esa hora que por sí solo ofrece materia para un estudio fisio-psicológico, me apartaría del tema de este artículo destinado a rememorar uno de los tipos criollos más raros y más interesantes entre los muchos interesantes y raros con los que la vida me ha puesto en contacto.

El ingreso al batallón «Maipú» lo hice en compañía de un condiscípulo y amigo salteño, que más sociable que yo y más diligente para procurarse comodidades, trató de relacionarse desde el primer momento con los compañeros y con el capitán de la compañía a la cual nos destinaron; pero principalmente con el encargado del depósito de la Mayoría, donde se daba la ración y se pagaba el prest, que era de diez pesos moneda corriente. Esta suma representaba entonces el valor adquisitivo de un peso nacional.

Yo me mantuve aislado en los primeros días y retraído, observando.

Me limitaba al cambio de observaciones y de impresiones muy parcas de mi parte, con los compañeros inmediatos de fila durante los momentos de descanso en los ejercicios.

Allí me dirigió la palabra un joven como de veintiocho años, trigueño, de estatura mediana, grueso, pero de movimientos vivos y de cara expresiva, una cara parlante como la de los buenos artistas que tienen el lenguaje fisionómico. Y los artistas de esa especie no están solamente en los teatros; los hay en todos los escenarios de la sociedad. Yo lo había visto desde el principio, animando y alegrando con su presencia y su charla los grupos, llamado y festejado por su charla chispeante y su alegría ruidosa.

Hablaba siempre en voz alta, declamando, pero con una declamación que, por su naturalidad, era espontáneamente artística.

Era una naturaleza tropical. Para los creyentes de la influencia decisiva del medio, su exuberancia estaba explicada, sabiendo que era tucumano.

Le llamaban el loco Frías y él mismo se designaba con ese calificativo, festejándolo como un chiste.

Reía con una risa estentórea, rotunda, en que por primera vez hice la observación de que la risa contagiosa, la risa provocativa de risa, es una clase de risa integral que tienen pocas personas. La mayoría ríe con risas imperfectas.

Los que saben reir de un modo completo, interpretan a los que ríen fragmentariamente. Con esa expansión transmiten las fuerzas de su plenitud vital y traducen la predisposición análoga que en la mayoría de la gente permanece inerte y escondida en los misterios de nuestra psicología.

Como el artista del canto remueve con la potencia de su voz la vida sentimental que duerme en el fondo de la naturaleza humana, del mismo modo los artistas de la risa también penetran en el mundo de lo subconsciente y despiertan allí fuerzas afines.

Hay risas desentonadas, pero hay risas canoras y rítmicas, perladas como un gorjeo, en los niños y en las mujeres jóvenes.

Hay cierta clase de risa melodiosa, que sólo pertenece al estado de inocencia y de salud perfecta.

Un técnico en materia musical podría descubrir y clasificar las variedades del tono y la pujanza de la risa en lo que tiene de armónica. La risa es, a su modo, un canto de alegría. Puede serlo también de dolor o de ira disimulada. Pero, en lo general, la risa espontánea y sana es el canto de la sangre que hace contenta su marcha.

Hay tenores de esa risa.

Frías era uno de ellos. Cuando hablaba, su voz se oía en todo el cuartel; cuando reía, su risa resonaba hasta la calle. Y muchas veces se observó que los transeuntes, hasta los cuales llegaba el eco de su carcajada plena, continua y ondulada, sonreían al pasar y dirigían la vista en busca del reidor.

Esa sonrisa fugaz era una pequeña siembra hecha al acaso en almas desconocidas por uno de esos sembradores de alegrías cuyas gracias divierten, pero a los que nadie toma en serio, cuando en realidad desempeñan una función importante: son maestros de sabiduría en uno de sus géneros más necesarios: la frivolidad sonriente, opuesta a las frivolidades adustas.

Pero Frías no era un risueño permanente. En esto, como en todo, tenía una naturaleza compleja y en ciertas fases contradictorias. Mentalmente era a la vez un imaginativo y un positivo.

Mostrábase alternativa-

mente afable, irónico y agresivo. Sencillo a veces hasta la llaneza, denunciaba en otras una psicología complicada. Generalmente estaba o aparentaba estar de buen humor; pero en ciertos momentos se ponía sentimental y su sentimentalismo era triste y tierno. Desde la primera vez que habló conmigo fué adoptando un tono deliberadamente grave y sobre temas serios.

—Me llaman «el loco Frías» — me dijo — y yo me dejo nombrar así, porque aquí, haciéndome el loco, me va bien y hago lo que quiero. Otros, aparentando seriedad, son más locos. A todos les conozco la manía. Pero yo sé distinguir las personas. Desde que lo vi a usted, comprendí que no podía tratarlo como a los otros.

Y aquí me espetó un juicio extremadamente elogioso, que él pretendía hacerme creer era el efecto de su observación inteligente y de su don para conocer las condiciones de la gente a primera vista.

Esta chifladura es una de las más frecuentes entre hombres de todas las categorías, especialmente entre los políticos y militares. De éstos, hay pocos que no pretendan la *mirada de águila de Napoleón* y San Martín para valorar las capacidades de los hombres a la primera ojeada. No sé si Frías tendría o no la facultad de penetración que él se adjudicaba; pero, en relación a mi caso, yo estoy seguro que su concepto favorable de mí, era consecuencia de manifestaciones amistosamente generosas de mi amigo salteño.

Este, entre sus buenas cualidades, tenía la de alabar a los amigos en todo lo que no se refiriese a las virtudes de «hombre práctico», de las que él se atribuía el privilegio.

Después de mi conversación incidental durante el ejercicio, Frías me buscó por la noche y expresándome que quería ser mi amigo, me refirió una parte de su vida y me hizo un análisis de su psicología, en el que reveló vigorosa y vivaz inteligencia, pero desequilibrada. Había estudiado medicina hasta tercer año, en cuyo tiempo recibió una herencia. Con ella se fué a París para continuar sus estudios. Pero no estudió. Dedicándose a lo que llaman la gran vida, gastó su fortuna propia y a los tres o cuatro años volvió al país en busca de los auxilios pecuniarios de su familia, que era pudiente. Se los prestaron un tiempo.

Después, en atención a que no estudiaba ni quería trabajar, le retiraron todo subsidio. En esta situación se presentó a las filas revolucionarias, dispuesto a jugar el todo por el todo.

Era uno de los que más y con mayor sinceridad anhelaba la ocasión de un combate, en que pudiera, como él decía, «lucirse o liquidarse».

Abrigaba la esperanza de resolver el problema de su vida, haciéndose militar, para lo cual se creía con las mejores aptitudes. Y sobre este punto acostumbraba hacer, a su manera, una crítica de los militares de aquel tiempo.

Al ponderar su capacidad para la carrera de las armas, enumeraba todos sus vicios y flaquezas, sosteniendo ser esas las cualidades que por entonces se necesitaban para llegar a coronel y general.

Estas opiniones las emitía en presencia de oficiales de línea, que comandaban las compañías de nuestro batallón. Si otro las hubiera expuesto, los hubiese irritado o, por lo menos, se hubieran creído en el deber de rebatirlas; pero, dichas por quien las expresaba, eran «cosas del loco Frías». El hecho es que sobre éste y otros temas, no se sabía si hablaba en serio, bromeando, o bromeaba, hablando en serio.

En broma o en serio, el hecho es que una vez pronunció una frase profundamente intencionada. Refiriéndose a sí mismo, diseñó la psicología de de una gran parte de los criollos, con estas palabras:

— Yo no sé trabajar, pero sabré morir con honor.

J. CASTELLANOS



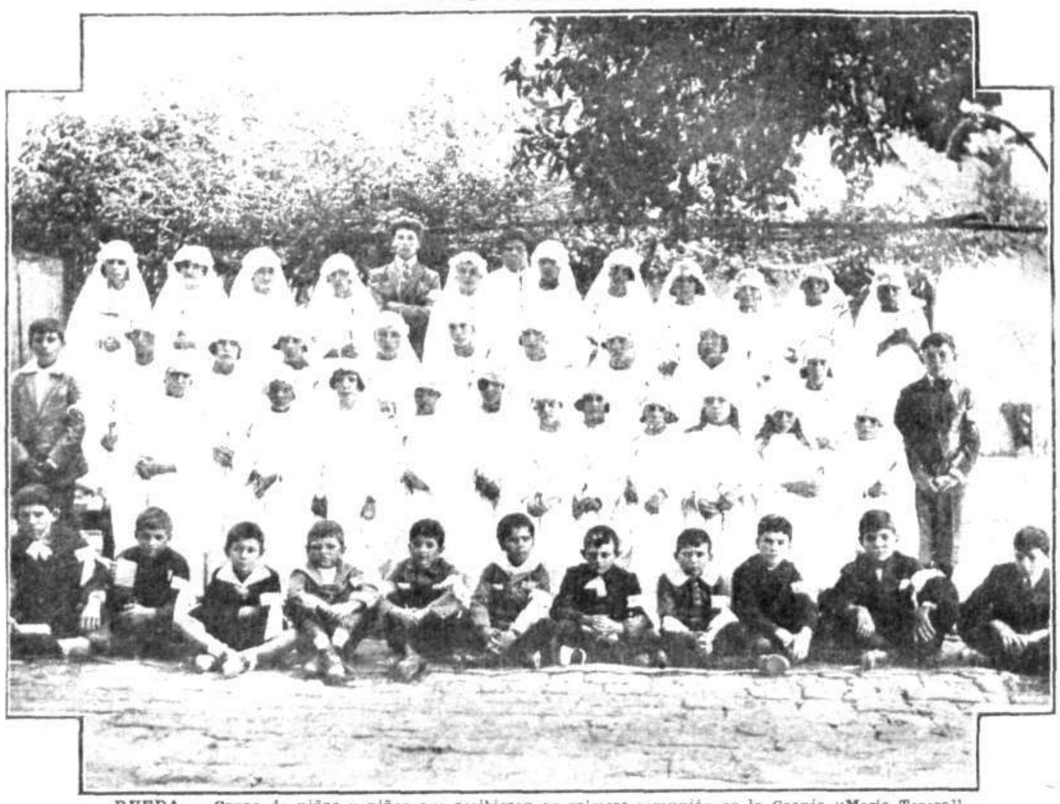
LOS DE ENFRENTE

— Están completamente arruinados y piden a todos los amigos.
— Hombre, ¡qué bien que estemos peleados con ellos!



DEPENDE DONDE...

— Señorita: ¡Oígame usted! Yo tengo la mano sobre el corazón...
— ¡Qué coincidencia! ¡Y tendrá pronto la mía en la cara!



RUEDA. — Grupo de niñas y niños que recibieron su primera comunión en la Granja "María Teresa" de esta localidad.



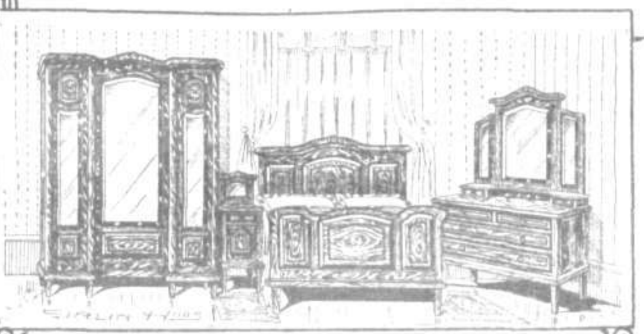
CORRIENTES 1172-80

BUENOS · AIRES

Grandes Almacenes de Muebles.

CALIDAD SUPERIOR, ESTILOS MODERNOS

TALES SON LAS CARACTERISTICAS DE LOS MUEBLES QUE OFRECEMOS A PRECIOS NOTABLEMENTE REBAJADOS



JUEGO DE DORMITORIO construido en roble norteamericano, lustre claro u obscuro, amplio formato, frente fileteado en palo de rosa; compuesto de: 1 ropero de 3 cuerpos, 1 cama de dos plazas con elástico, 1 «toilette» forma cómoda, 2 mesas de luz con repisa, lunas biseladas, herrajes y aplicaciones de bronce, mármoles de color.
El juego completo.............................. $ **530.—**



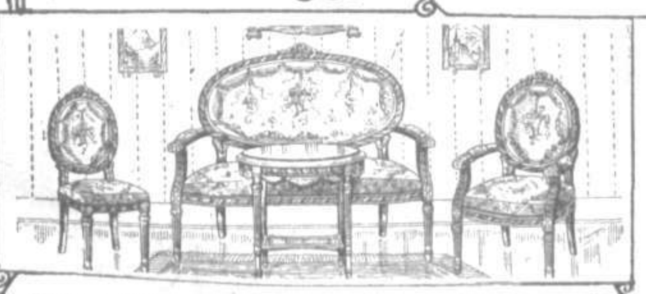
GUARDARROPA, construido en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame** .... $ **85.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico imperial. De 2 plazas, metros 1.40, pesos **120.-**; 1½ plaza, metros 1.05, pesos **100.-**; 1 plaza, metros 0.90 pesos .... **65.—**



JUEGO DE COMEDOR, gran formato, construido en roble norteamericano, lustrado a muñeca, lunas biseladas, mármoles color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce; compuesto de: 1 aparador y 1 trinchante.................. $ **370.—**
Completo, con mesa y 6 sillas tapizadas búfalo.. $ **490.—**



JUEGO DE SALA, modelo ovalado, dorado «París», sobre nogal tallado» tapizado en lampás de seda, compuesto de: 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. **El juego completo**.......... $ **320.—**



CAMA DE HIERRO, esmaltada al laqué, con elástico imperial, reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, pesos **45.-**; 1½ plaza, pesos **35.-**; 1 plaza................ $ **25.—**

PEDIDOS. Los pedidos que recibimos por carta, merecen toda nuestra atención, y los atendemos con la misma preferencia como si fueran hechos personalmente.

CATALOGOS
General de MUEBLES, edic - Nº 9.
CAMAS de BRONCE „ „ Nº 2.
CAMAS de HIERRO esmalt „ Nº 1.
JUEGOS de MIMBRE „ „ Nº 3.

CATALOGOS. Al solicitarlos rogamos mencionar el artículo que se desee, a fin de remitir el catálogo correspondiente.

De Tucumán

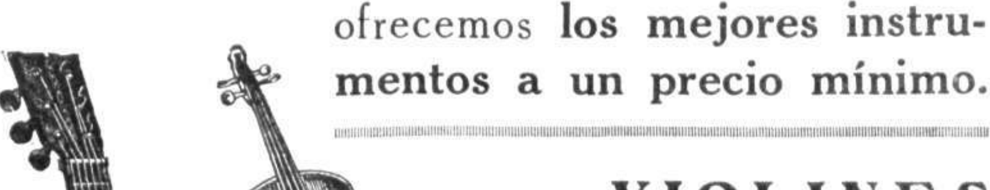


El Interventor de la Provincia, doctor Gondra, rodeado por destacados miembros del Gobierno, de la Justicia y de la Junta Escrutadora, el día en que se realizaron las elecciones provinciales.



Miembros de la Junta Escrutadora entregados a la pesada tarea que implica el recuento de votos, en el Salón de la Legislatura.





ACORDEONES

marca **PIEMONTE** superan a todos.

OFERTAS ESPECIALES

N.º 6012. — **Hermoso Acordeón "AMERICA"**, de 8 bajos y 19 voces. Sonido fuerte y vibrante. Lo remitimos con método para aprender sin maestro y embalaje gratis $ **21.-**

N.º 6015. — **Precioso Acordeón "PIEMONTE"**, de 8 bajos y 19 voces de acero. Con método y embalaje gratis, a... $ **30.-**

N.º 6016. — **Regio Acordeón "PIEMONTE"**, de 8 bajos y 19 voces de acero. Esquineras «STRADELLA» Con método y embalaje gratis, a pesos........ **45.-**

N.º 6017. — **Gran Acordeón "PIEMONTE"**, de 8 bajos y 21 voces de acero. Con método y embalaje gratis, a pesos........ **67.50**

N.º 6037. — **Acordeón "PIEMONTE"** a PIANO, 36 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis, a........ $ **190.-**

N.º 6038. — **Acordeón "PIEMONTE"** a PIANO. 48 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis........ $ **210.-**

N.º 6040. — **Acordeón "PIEMONTE"** a PIANO. 60 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis........ $ **235.-**

N.º 6039. — **Acordeón "PIEMONTE"** a PIANO. 80 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis........ $ **275.-**

N.º 6041. — **Acordeón "PIEMONTE"** a PIANO. 120 bajos y 34 voces. Con estuche y embalaje gratis........ $ **320.-**

GRAN CATALOGO ILUSTRADO remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES

tipo de auténticos

STRADIVARIUS

N.º 4100 bis. — **Hermoso Violin** tipo «CONSERVATORIO». Buenas voces. Se remite completo, con estuche, arco y pez, por sólo........ $ **33.-**

N.º 4101 bis. — **Buen Violin de Orquesta**, construcción esmerada. Lo remitimos completo con estuche, arco y pez, al precio irrisorio de........ $ **38.-**

N.º 4102 bis. — **Precioso Violin de Salón**. Instrumento fino. Lo ofrecemos completo con estuche, arco y pez, por sólo....... $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **Violin de Gran Orquesta**, terminación perfecta, voces inmejorables Completo, con estuche, arco y pez, por sólo........ $ **53.-**

Otros modelos de Violines desde $ 25.— hasta pesos........ 2.500.—

Solicite Gran Catálogo Ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

Guitarras "AMERICA"

Las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

N.º 3013. — **Muy buena GUITARRA** de voces inmejorables, construida con maderas bien estacionadas........ $ **14.-**

N.º 3015. — **GUITARRA** construida en madera extrafina de nogal con cenefa alrededor de la tapa armónica........ $ **19.-**

N.º 3017. — **Rica GUITARRA** gran tamaño, construida en fina madera de nogal con adornos de mosaicos........ $ **23.-**

N.º 3004. — **Regia GUITARRA** con boca de estrella, instrumento fino y recomendable, igual al dibujo, a........ $ **30.-**

N.º 3005. — **Preciosa GUITARRA VALENCIANA** legítima, en fina madera de nogal de los Pirineos........ $ **39.-**

Con cada guitarra regalamos el método AMERICA para aprender sin maestro.

El embalaje es gratis. Cualquiera de estas guitarras puede llevar clavijero mecánico aumentando su precio en $ 3.—.

Otros modelos de guitarra hasta $ 500.—. Solicite catálogo N.º 23 enviando $ 0.20 en estampillas.

VIOLONCELOS, CONTRABAJOS, VIOLAS, BANDURRIAS

y todos instrumentos de cuerda con sus accesorios ofrecemos los mejores en condiciones ventajosas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979
BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.
No cerramos los Sábados.

GANADERIA

SENCILLOS Y EFICACES METODOS PARA APRECIAR VACAS LECHERAS

Durante una experiencia de 17 años viendo y examinando Exposiciones rurales y ganaderas en este país, he podido darme cuenta muchas veces de la completa ignorancia de ciertos jueces o árbitros cuando desempeñaban su trabajo en las secciones de la exhibición que se les encomendara, delegando en ellos las importantes obligaciones que requiere el cargo. Por otra parte, también he presenciado con gusto veredictos hechos por expertos, los cuales no causaron la más mínima querella.

Hace tres años, en la Exposición de Palermo, un jurado inglés que fuera especialmente contratado en Gran Bretaña para juzgar la sección de vacas lecheras, fué severamente criticado por los exhibidores y por el público, disgustado, y, acaso, no sin alguna razón. Como consecuencia de esto, al año siguiente un experto fué traído de Norteamérica, y supo dar mayores satisfacciones por la costumbre que adoptó explicando a los espectadores el porqué otorgaba el primer premio a un toro o a una vaca, así como los demás honores secundarios. Además, al terminar su cometido en cada categoría, dicho jurado invitaba al público que presenciaba sus selecciones a que le preguntara lo que creyera pertinente acerca de su trabajo, y el hombre, en las contestaciones, procedía con gran cuidado y sinceridad al exponer sobre el terreno, de un modo verdaderamente práctico, los actuales defectos y las buenas cualidades de los animales a los que había concedido premios.

Muchas cosas han de ser consideradas cuando se juzgan las condiciones de una vaca lechera, y algunas advertencias dadas recientemente en Inglaterra por un conocedor, ante un grupo de estudiantes interesados en esta materia, me han impresionado lo bastante para decidirme a hacer de ellas una síntesis o resumen a los lectores de estas páginas, teniendo en cuenta, muy especialmente, la gran difusión que la industria lechera ha logrado alcanzar en la República Argentina al presente.

El mencionado experto comenzó refiriéndose al innegable hecho de que una vaca rindiendo una abundante cantidad de leche, era un animal que representaba, en el curso de un año, un considerable y valuable trabajo, y lo mismo — en el sentido material — que cualquier ser humano, hombre o mujer, este animal se desarrolla vigoroso, enérgico, de viva expresión, libre en sus movimientos y muy bien dispuesto a dar el mejor y el mayor rendimiento. Por este razonamiento, el experto citado considera el ojo de un animal como un excelente indicador, y la macicez y la buena proporción de las carnes, fineza en la figura y pellejo elástico, son todas cualidades que deberá poseer una buena vaca lechera. Otros detalles de reconocido aprecio como indicadores de su requerida constitución son la anchura del hocico y de las ventanas de la nariz, profundidad del cuerpo y bien desarrolladas costillas.

Como el que suscribe ha explicado ya en artículos anteriores, es muy importante que una vaca lechera posea buenos cuartos traseros, anchura entre los huesos del garrón y desde éstos hasta las ancas, lo que prueba desde luego sus buenas condiciones. Asimismo, una buena vaca lechera ha de sostenerse bien equilibrada sobre sus cuatro remos, los cuales no han de ser muy grandes. La configuración desde los garrones hasta las ancas (véase la ilustración) deberá ser casi exactamente en línea vertical.

Con respecto a la ubre, es importante que una buena vaca lechera la posea bastante grande, pero al mismo tiempo deberá entenderse claramente que en todos los casos una ubre abundante no siempre guarda



relación con una producción de leche también abundante. La ubre deberá ser de correcta formación, de apariencia cuadrangular y no demasiado caída, extendiéndose pareja hacia adelante y atrás y estando bien balanceada, los pezones colocados de un modo simétrico y bastante espaciados, pero no colgando de los extremos de la ubre.

Lo más importante de todo, en este caso, es que el pellejo de la ubre sea suave, flexible y elástico. Una larga, sobresaliente y bien ramificada vena mamaria, ancha y bien advertible al tacto, con amplios veneros lácteos en el cuerpo, también es un excelente indicio de buena capacidad lechera en el animal.

Otra muy importante característica en una vaca lechera modelo, es el escudo, el cual ha de ser ancho y de color obscuro y cubierto con pelo crecido hacia arriba y de naturaleza sedosa.

LA CUESTIÓN DEL TAMAÑO EN EL SHORTHORN MODERNO. — ALGUNAS ÚTILES REFLEXIONES

Cuando, cierta noche, conversando el que esto escribe con un experto británico que había estado juzgando categorías de pedigree Shorthorn en Palermo, este caballero mencionó casualmente el hecho de que, algunos meses antes de su visita a la Argentina, había estado en compañía de un prominente comerciante ganadero escocés, con el cual había discutido acerca del tamaño que presentan en la actualidad los ejemplares modernos, por así decirlo, de la raza de pedigree Shorthorn, comparándolo con el que tenían en otra época aquellos animales que acreditaban a famosos criadores, tales como Colling Hermanos y Amos Cruickshank.

— Con respecto al gran número de Shorthorns de hermosa calidad que he examinado en Palermo durante tres días — nos informó nuestro comunicante, — siento mucho decir que, en general, no eran de gran tamaño. Ciertamente, eran de figura gallarda, macizos, muy proporcionados y llenos de carácter; pero, comparados con otros ejemplares de la pasada generación, ofrecían notable diferencia con relación a su tamaño.

«A mi juicio, el tamaño del Shorthorn escocés, que es un tipo muy acabado, es muy desfavorable, en la presente generación, si se le parangona en tal sentido con los animales de las épocas anteriores.

«Yo puedo asegurarle a usted que es éste un asunto que es muy comentado actualmente en los círculos ganaderos de la raza Shorthorn de Gran Bretaña.

«Es muy cierto que el tipo moderno de este animal ha mejorado mucho en cuanto a figura simétrica y carnes bien proporcionadas, pero me temo que los criadores escoceses están abocándose a un punto peligroso como lo es el descuidar el tamaño y el peso de sus animales. El hecho es, pues, que como los toros de tipo escocés son utilizados en gran extensión para la cruza de todas las viejas tribus vacunas inglesas, esto significa que si los ganaderos británicos no toman medidas acerca del particular, acabarán por encontrarse con que sus productos Shorthorn, considerados como de raza, no poseen mayor peso por año que los Aberdeen Angus y Red-Polled.»

Ampliamente, durante horas, discutimos este punto, y el ya mencionado experto ganadero escocés me dió bastante material para escribir un largo artículo; pero la carencia de espacio no me permite ahora extenderme más acerca de los antiguos criadores de la universalmente favorita raza Shorthorn, cuando ellos se mostraban orgullosos, y con razón, del gran tamaño y peso de sus animales, que tanto cuidaban.

Muy cierto es que, en la época actual, los animales no son cuidados y alimentados como se tenía por costumbre en otros pasados tiempos; y asimismo es innegable que ningún tipo contemporáneo de la raza Shorthorn, aunque se cuiden y alimenten hasta los 10 ó 12 años, podrán alcanzar el peso de varios de aquellos gigantes de las épocas anteriores. La historia nos dice que, en los días remotos de los famosos ejemplares Colling Hermanos, el tamaño de los mismos constituía una gran característica de la raza Shorthorn. Pero otra vez hablaremos más sobre este punto.

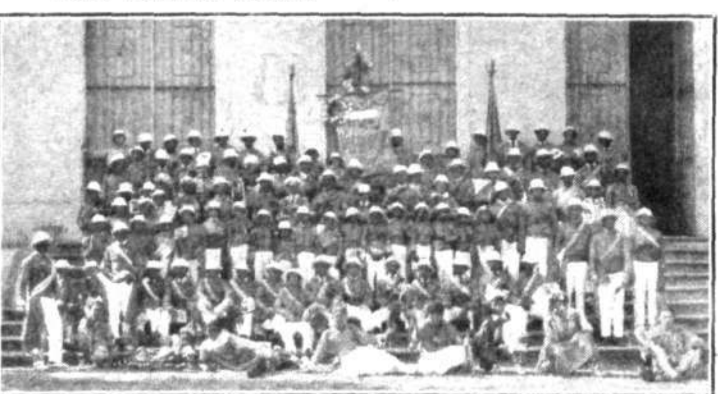
Geo. A. J. Peters


PRODUCTOS
SUPREMA
El encanto de su belleza atrae y fascina
a cuantos gozan el contemplarla, porque
en su tocador tienen un lugar privilegiado
los notables PRODUCTOS
SUPREMA
Polvo Grasoso
SUPREMA
Adherente, de gran finura y delicado perfume. La caja,
$ 1.70
Agua Colonia
SUPREMA
De aroma muy persistente. Ideal para el baño y tocador. El frasco,
$ 2.65
DE VENTA EN TODAS PARTES
Sociedad General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS & Cía. - BOLIVAR, 1725 - Bs. AIRES
Remitimos GRATIS muestras del Polvo Grasoso SUPREMA
En CORDOBA: RUGGIERI Hnos. - Santa Rosa, 35
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
2.65

De Entre Ríos



CONCORDIA. — Ecos de Carnaval. Grupo "Pescadoras Boloñesas", que integraron las señoritas de Fonseca, Salduna, Nebel y Caminal, que obtuvo el primer premio instituído al mejor conjunto.



Comparsa "Los pelandrunes" que se adjudicó el primer premio en el Concurso realizado en esta ciudad y que llamó justamente la atención en los corsos locales.

LA CALVICIE APÓCRIFA

La calvicie en la gente joven hace aparecer las cabezas con amarilleces y rubores de frutas en sazón, entre coloración de mango criollo y manzana roteña.

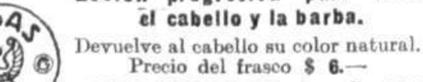
Siempre que el cronista se encuentra con un calvo joven, le parece contemplar una calva apócrifa, o un calvo de pega, que lleva el cabello oculto bajo una calva.

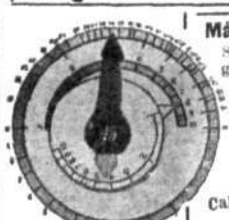
Sin embargo, los ademanes, las palabras y las miradas de los calvos jóvenes, demuestran victoriosamente que su calvicie no es falsa, que es absolutamente auténtica. Porque la calva le da a su poseedor una apariencia completamente serena, seria, académica. El joven dueño de una de esas pulidas testas que tanto abundan, todo lo habla como calvo; sus ojos adquieren penetración de calvo y sus maneras son rigurosamente severas; si sonríe, exhibe una sonrisa rigurosamente calva.

La calva le da al que la porta una especie de nimbo luminoso, le rodea el rostro de una suave luz, rara y brillante, que parece filtrársele por la tonsura, más o menos opulenta; unas hacen más pensadoras ciertas frentes, algunas coronan el occipucio como un solideo, otras corren desaforadas hacia el cogote.

Si existe alguna cosa útil es la calva, legítima o aparentemente apócrifa. Sin ella, la humanidad estaría casi huérfana de sabios y de gente comedida y respetable. A pesar de las muchas ventajas que brinda, los barberos la han mirado siempre con el más desdeñoso rencor, pero si no existiera, los tricóferos aguardarían todavía su Cristóbal Colón.







40% en sección **ARAÑAS**

30% en sección **BAÑOS**

25% en sección **MUEBLES**

Estos descuentos que concedemos sobre cada compra, dan una idea de lo que significa nuestra actual

Liquidación General



N.º 5412.— **PILAR** con pie de porcelana, pantalla de género, variado surtido, c/u $ 33.— Menos 40 % $..... 13.20

Neto $ 19.80



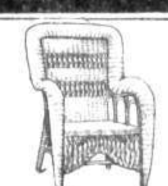
N.º 2385. — **PLANCHA** eléctrica, «Preciosa», con cordón y ficha........ $ 16.— Menos 40 %. » 6.40

NETO..... $ 9.60



PALANGANA de loza, de 50 por 40 ctms., completa.... $ 50.— Menos 30 % $ 15.—

NETO.. $ 35.—



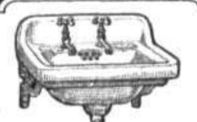
SILLONES de mimbre reforzados, tamaño *mediano, cada uno.*

NETO .... $ 7.50



N.º 2358. — **CALENTADOR** eléctrico, con manijas..... $ 12.— Menos 40 %. » 4.80

NETO ...... $ 7.20



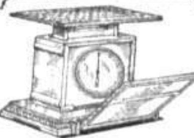
LAVATORIO de hierro enlozado de 53 × 47 ctms. completo $ 90.- Menos 30 % $ 27.—

NETO.. $ 63.—



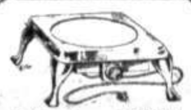
N.º 8412. — **VELADOR** de biscuit, con pantalla de seda, variedad de gustos. $.. 55.— Menos 40 % $ .. 22.—

Neto $ 33.



BALANZA «Jaraso» para personas, con espejo......... $ 33.— Menos 30 %. » 9.90

NETO ... $ 23.10



N.º 2342. — **COCINA** eléctrica, disco cerrado. Tamaño 21 × 21, a............ $ 23.— Menos 40 %. » 9.20

NETO ..... $ 13.80



N.º 6483. **PILAR** de bronce, completo, con cordón y ficha $ 18.— Menos 40 % $...... 7.20

Neto $ 10.80

Este es el momento más propicio para comprar artículos de calidad por la mitad de su valor intrínseco.



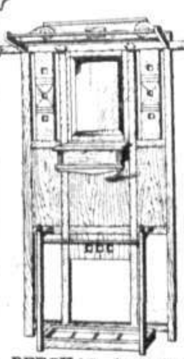
N.º 2392. — **SECADOR** eléctrico para cabello, 220 V. a pesos....25.— Menos 40 % $.... 10.—

Neto $ 15.-



N.º 5545. — **ARAÑA** para sala, de finísimo cristal tallado, tres luces..... $ 230.— Menos 40 %. » 92.—

NETO.. $ 138.



PERCHAS importadas, liquidamos el saldo, variedad de modelos y colores, cada una......... $ 60.— Menos 25 %. » 15.—

NETO.... $ 45.

Heinlein & Cía

Av. de Mayo 1402 - 1500 Bs. As.

Enlaces



Señorita Carolina Galán con el señor Roberto R. Ortega. — Rosario.



Señorita Podestá - Garavano. — Rosario.



Señorita María Adelaida Avaro con el señor Bautista Donadio. — Córdoba.



Señorita Blanca Ferreyra con el señor Gregorio R. Obregón. — Ceres.



D'Urso - Catriel. — Dolores.

PALINGENESIA

Fué en un viaje de París a Marsella. La casualidad me deparó un compañero de amena conversación. En la manera de pronunciar yo el francés, fácilmente reconoció mi nacionalidad española, circunstancia que estrechó nuestra naciente camaradería. Supe entonces que él también era español; se llamaba Fernando Arjona y, desde hacía veinte años, vivía en París.

Nuestra conversación versó sobre diversos temas, y, a raíz de cierta disquisición literaria, Arjona me preguntó:

— ¿Cree usted en la supervivencia del alma?

— Hay muchos argumentos en favor de ese criterio... — contesté.

— No se trata de argumentos — repuso mi colocutor. — Yo tengo la seguridad de que continuamos viviendo después de la muerte.

— ¡La seguridad!... — objeté yo.

— Sí, la seguridad, la certeza absoluta. Si usted quiere le relataré un caso, que es por demás interesante y demuestra lo que acabo de asegurarle.

— Sin duda que quiero — respondí, observando con detenimiento a mi compañero de viaje.

Nada en él denotaba propósitos jocosos ni, mucho menos, perturbación mental. Por el contrario, parecía un hombre bien ponderado, inteligente y culto. Su carácter, pues, contribuyó a hacerme la aventura más interesante. Escuché atentamente.

— Bien — continuó Fernando; — he aquí mi historia, que considero única, si no por su índole, por sus circunstancias.

Hace veinte años vivía yo en España, en Sevilla, donde nací, y acababa de perder a mi padre. Mi juventud había sido siempre bastante turbulenta; pero cuando me quedé definitivamente solo y en posesión de algunos miles de pesetas, lo fué mucho más. Como buen hijo de la risueña y luminosa Sevilla, no me preocupé sino de divertirme. Pasaba las noches, y parte de los días, en alegres reuniones. Cierto amanecer, después de separarme de los amigos, me senté en un kiosco de la Alameda de Hércules, con propósito de desayunarme antes de regresar a casa.

Que yo estaba excitado por las libaciones de la noche anterior, no cabe duda; pero también es cierto que me hallaba en pleno uso de mis facultades físicas e intelectuales.

De improviso, y conforme miraba deslizarse blandamente las aguas del Guadalquivir, mi imaginación presentóme, con la nitidez de un cuadro real, los detalles siguientes:

Antes de mi vida actual, yo había vivido en París; la casa donde habité, era una vieja morada de un barrio antiguo, y, frente a ella, un reverbero iluminaba la sagrada efigie, toscamente pintada al fresco, de Cristo crucificado. Desde un balcón de mi cuarto yo acostumbraba a observar la imagen del Redentor.

— ¿Nada más que eso? — pregunté.

— Nada más. Pero mi visión fué tan intensa que asumió todo el aspecto de la realidad.

Conviene le advierta que, desde niño, cuando empecé mis estudios, tuve, no sólo facilidad, sino especial predilección por el idioma francés y por su literatura. Así que, en la época en que me refiero, y aunque lo estudié en España, hablaba con cierta corrección el lenguaje que depuró Racine y vulgarizó Moliére.

Además, siempre había deseado conocer a Francia y, particularmente, a París, por el que sentía tan poderosa atracción, cual si hubiese sido mi misma patria.

Amaba su historia, sus poetas y literatos, y más versado me hallaba en el conocimiento de éstos que en los de mi propio país.

Mi visión de la Alameda de Hércules persistió pura en mi mente. Con frecuencia la analicé, sin poder desentrañar su enigma. Hube de creer que había sido una alucinación motivada por mi sobreexcitado ánimo.

Transcurrió el tiempo y di fin a las pesetas heredadas de mi padre. Se me presentó el eterno problema: tuve que parlamentar con la vida. Necesitaba ganármela, y para ello sólo contaba con mi conocimiento del francés y cultura general. Pensé emigrar, y así lo hice, pero no recordé, como muchos de mis antepasados, las lejanas tierras de América. Preferí elegir un país de Europa; ¿y cuál otro mejor que aquél cuyo idioma conocía y por el que siempre tuve grande afecto? Marché, pues, a París, donde entré como traductor en la casa editorial Garnier. Algún tiempo después intenté colaborar en la prensa; pero no tuve éxito. Hube de conformarme con mi modesto puesto de traductor para ganarme la vida. Aunque tenía grandes aficiones literarias, inútilmente me esforzaba en realizarlas, y esto mismo me inducía a largos análisis, no acabando de comprender porqué, en ocasiones, y dígase lo que se quiera sobre la voluntad, no siempre nuestros propósitos están en relación con nuestras facultades. En cuanto a mí, mis mejores intentos artísticos fracasaban ineludiblemente. Una fatalidad invencible parecía cerrarme el paso a esferas superiores de la en que desenvolvíame.

Llevaba tres años de vivir en París cuando una noche, de regreso a mi casa, al atravesar cierta



La pintora. — ¡Sssh, animal!
La amiga. — Cántale el tore[illegible] "Carmen".



COQUETERIA
El herrero. — Esta herradura le va muy bien.
La centaura. — Entonces póngame una un poco más pequeña...

calle de Montmartre, me detuve de pronto. Asombrado, con los ojos dilatados por el espanto, escuché, en el silencio nocturno, los fuertes latidos de mi corazón. De nuevo avancé algunos pasos, y me hallé ante mi visión de la Alameda de Hércules, en Sevilla. Allí estaba el Cristo crucificado, en tosca pintura al fresco, deslucida y gastada por el tiempo. Allí estaba el farol que lo iluminaba en suave penumbra. Y enfrente, una casa de vieja apariencia con un balcón: el mismo desde donde yo creía haber visto, en otra vida, la *imagen* del Redentor. Con pasos temblorosos marché de aquel sitio, y, llegado a mi habitación, durante el resto de la noche no pude conseguir dormir.

JAVIER NUÑEZ DE PRADO

Aquello no podía ser simple coincidencia. Yo no hubiera podido adivinar a larga distancia, de tiempo y espacio, un hecho de una realidad absoluta, sin que una causa tan positiva y real como el hecho me hubiera motivado el presentimiento.

Entonces, ¿debía aceptar como cierto un fenómeno de premonición en el que mi subconsciencia me reveló detalles, aun existentes, de mi vida anterior?

La hipótesis parecía imponerse, pero no dejaba de ser una hipótesis falta de pruebas; ¿cómo demostrarla?

Recordé los admirables experimentos de sugestión hipnótica que en aquella época llevaba a cabo, en París, el sabio coronel de Rochas y decidí presentarme a él.

Enterado de mi caso, de Rochas auscultó mi organismo y aceptó mi proposición de sugestionarme. Convinimos que cuanto yo dijera en estado hipnótico lo escribiría una tercera persona.

Con varios pases longitudinales el célebre magnetizador me puso *en trance*. Por sucesivas etapas me hizo recorrer mi vida actual hasta llegar a la niñez. Luego un período de *obscuridad* en el que yo no respondía a nada de cuanto me preguntaba: era la época anterior a mi nacimiento. Pero nuevos pases hicieron mi sueño más profundo, y, de pronto, una voz de hombre anciano respondió a las preguntas.

Decía llamarse Claudio Jouffroy, tener sesenta años y ser, de profesión, escritor. Estaba enfermo de gravedad. Se hallaba en los postreros días de su existencia.

Continuaron los pases. Jouffroy cuenta su vida, en París, retrocediendo de la vejez a la edad madura, luego a la juventud.

Tenía treinta años. Era hacia 1835. En aquella época Francia sostenía grandes luchas tanto en el orden político como en el religioso. Divididos los criterios entre el librepensamiento y la fe religiosa, Jouffroy pertenecía a las filas del primero. Impulsado por lo que de peor tenía el espíritu volteriano, combatió, áspera y sarcásticamente, la *elocuencia* impetuosa y patética de Lacordaire, la brillante palabra de Montalambert y hasta el espiritualismo ecléctico de Víctor Cousin. En fin, su liberalismo a ultranza degeneró en materialismo.

Jouffroy sufría al verse derrotado y aislado, pues a la sazón las ideas de Voltaire, que durante la restauración tanto predominaran, se hallaban en decadencia, y aunque ciertamente el catolicismo era rudamente combatido en sus mismas filas por el abate Lamennais y otros literatos, las nuevas orientaciones tendían hacia el espiritualismo.

Preguntado Jouffroy, por el coronel de Rochas, dónde vivía en ese tiempo, dijo habitar en una calle del viejo Montmartre y haber un Cristo crucificado, pintado al fresco, junto a un reverbero, frente al balcón de su piso. La prueba, pues, era concluyente.

Fui despertado del sueño hipnótico y supe cuanto acabo de decirle. ¿Cree usted que, en este caso, puede dudarse de la supervivencia del alma? — terminó diciendo Arjona.

— Cuando menos es muy extraordinaria su aventura — contesté; — y, de todos modos, el fenómeno de premonición queda plenamente demostrado, puesto que usted vió, desde Sevilla, un sitio de París antes de conocerlo.

— No; yo no puedo dudar — insistió mi compañero. — Estoy absolutamente convencido de que mis deseos frustrados de hacer arte, mis angustias de no poder ascender en el orden intelectual, son el castigo que he merecido por haber empleado mis aptitudes, durante mi vida anterior, en una causa injusta. Hay que redimirse en una u otra existencia. Sólo la verdad satisface a nuestro espíritu, y el camino de la verdad no podemos seguirlo sin perfeccionarnos. Para conseguir la luz, ante todo es menester tener ojos y abrirlos totalmente.

Y, al decir estas palabras, observé la mirada del narrador, en la que resplandecía como un destello de triunfo.

Indudablemente, Fernando Arjona creía hallarse en posesión del gran secreto.

AMANECÍA. A lo lejos el sol naciente, develando la bella costa francesa del Mediterráneo, parecía confirmar el extraño relato con un milagro diario de renacimiento.



El jefe. — ¡Le despido a usted!
El chauffeur. — Pero me dará al menos un certificado de buen conductor...



EN ESTOS TIEMPOS MODERNOS...
El pajarito. — Di, mamá: ¿por qué no puedo ir a volar?
... aeroplano te puede lastimar...

De Mendoza

CACHEUTA
Familias de Irigoyen, Lencinas, Perguins, Sales, Rodriguez, de la Villa, Cigorraga y Cullen.

Doctor Benito Villanueva.

Señora Delia Arzac de Iturralde.



HESPERIDINA

BAGLEY

El verdadero estimulante del apetito lo constituye un "cocktail" preparado a base de

HESPERIDINA

El aperitivo
de moda.



José Raúl Capablanca, campeón mundial de ajedrez, cuyo título conquistó en un match en la Habana, venciendo a Lasker en el año 1921.

A J E D R E Z



Alejandro Alekhine, fuerte jugador ruso, aspirante al campeonato mundial, cuya actuación en el torneo de Nueva York se espera sea brillante.

LOS RES «ASES» DEL AJEDREZ

Once de los más renombrados maestros de ajedrez luchan actualmente en Nueva York, si bien es cierto que no por la supremacía mundial, por lo menos con el objeto de conquistar un triunfo que honraría a cualquiera, pues el selecto conjunto de participantes ha hecho que sea considerado como el más importante torneo de los últimos tiempos.

La presencia del doctor Manuel Lasker (ex campeón mundial), José Raúl Capablanca (campeón mundial), y Alejandro Alekhine, implica dentro del movimiento ajedrecista un acontecimiento poco frecuente, al hallarse frente a frente lo que podríamos clasificar de «ases», considerándose que es el más formidable terceto que se pueda presentar en un torneo.

En los círculos ajedrecistas no hay dos opiniones respecto al probable vencedor, estimándose que debe surgir de los mencionados, tal es mi opinión también, inclinándome al doctor Manuel Lasker como serio candidato al triunfo, afirmándome en tal creencia por la forma en que viene actuando, siendo una de las características la regularidad, factor decisivo en luchas de la índole del torneo de Nueva York.

Está fresco aún en la memoria de todos los que siguen el activo movimiento ajedrecista, el meritorio triunfo del doctor Manuel Lasker en el torneo internacional de maestros de Mahrisch-Ostrau (Checoeslovaquia), sin perder una sola partida y venciendo a jugadores de talla de Reti, Tartakower, Bogoljubow y otros, es decir, a tres de los que toman parte en el torneo de Nueva York, hazaña que puede repetirla.

Otra razón para que crea por mi parte como lógico su triunfo, es el estado de salud en que se halla y el ambiente favorable en que actúa, muy lejos de parecerse al del año 1921, cuando luchó contra Capablanca en la Habana por el campeonato del mundo, en condiciones físicas desfavorables, al extremo de que el jurado dió por terminado un match concertado a 24 partidas cuando sólo se habían disputado 14, e insisto una vez más sobre este punto, cuando lo que el buen sentido hubiese recomendado habría sido dejar en suspenso la continuación del mismo hasta el completo restablecimiento de Lasker, y no adjudicar el campeonato en una forma tal, que no tiene precedentes en la historia del ajedrez.

Los que hemos tenido la suerte de tratar al doctor Lasker, hemos podido comprobar que detrás del gran estratega se halla el hombre de talento, con su conquistadora modestia, propia de los hombres que valen. Además de ajedrecista es de una cultura superior; es realmente un pensador y un filósofo.

Creo oportuno repetir en esta ocasión la opinión de mi distinguido amigo y presidente del «Club Argentino de Ajedrez», doctor Lizardo Molina Carranza, que publiqué en esta misma revista en el año 1921, con motivo del match por el campeonato del mundo, y que pinta de cuerpo entero y en forma hábil la personalidad de Lasker como uno de los «ases» del ajedrez.

Doctor Manuel Lasker ex campeón mundial. Sostuvo el campeonato durante 27 años y se le considera como el probable vencedor del torneo que se disputa en Nueva York.



Decía el doctor Molina Carranza:

«... domina la ciencia del juego y tiene una imaginación real puesta al servicio de un cerebro previlegiado con respecto al juego, y ejercitado en profundas cuestiones científicas. Tiene también las cualidades de su raza: tesón y método, y gran potencia para el trabajo»; ideas con las que participo en un todo.

Respecto a Capablanca decía el doctor Lizardo Molina, en la misma ocasión, lo siguiente:

«Es, sin embargo, un poco impulsivo, vehemente y audaz. Es el prototipo de su raza: desordenado, generoso y sin miedo: siempre adelante van sus pasos, sin preocuparse de los jirones que deja en el camino con tal de llegar al fin propuesto».

No puede ser más interesante el paralelo de estos dos titanes del ajedrez.

En cuanto al célebre maestro ruso Alejandro Alekhine, es hoy uno de los que tiene títulos para disputar a Capablanca el cetro mundial, reconociéndosele como un jugador genial, aunque algo irregular en su juego, especialmente cuando actúa en torneos.

Es de desear que la magna lucha de Nueva York origine un acontecimiento que todos los ajedrecistas del mundo esperan: la revancha por el campeonato del mundo en un match entre Capablanca y Lasker, para que aquél ratifique en forma regular si es merecedor al título que ostenta, o que Lasker pruebe que el resultado del match del año 1921 fué hijo de las circunstancias en condiciones nada favorables para él.

ENRIQUE MARTÍN.

UN PERRAMUS DE OCASION

















DIBUJOS DE REDONDO

De San Luis

Baile de disfraz en el Teatro Club Social



Señoritas de Poblet Francini, L'Huiller Montero, Pinto, Ordóñez, Gutiérrez Papa y Barbeito.

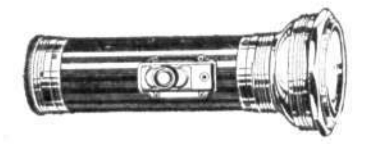




Grupo de niñas que asistió al baile del Club Social, y al cual acudieron las familias más caracterizadas de la sociedad Puntana.



Parte de la selecta concurrencia al baile de disfraz realizado en el domicilio del Gobernador doctor Guillet.



Todos necesitan una Lámpara de Bolsillo

EVEREADY

LAS lámparas de bolsillo EVEREADY son las que producen una luz más intensa y penetrante y las que mayor tiempo duran de todas las lámparas eléctricas portátiles que se conocen. Con ellas se obtiene un potente haz luminoso en el instante que se corre el interruptor. Ni el viento ni la lluvia las apaga. No ofrecen ningún peligro de incendio ni de accidente. Los inconvenientes de la obscuridad desaparecen con una lámpara EVEREADY.

Estas famosas lámparas se hacen de muchos estilos y tamaños, todos de aspecto elegante. Las pilas "Unit Cell" EVEREADY proporcionan un servicio prolongado y satisfactorio.



Pídanse siempre las lámparas y pilas "Unit Cell" EVEREADY.

Vila y Marzoni
Rivadavia, 1147-51
Buenos Aires,
Argentine

Lámparas de Bolsillo

EVEREADY

—son de mayor duración

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS

UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS

de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos cada uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo.................... **$ 30.—**

El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a título de propaganda, por solo.. **$ 45.—**

N.º 141. — **ANILLO** de plata 900 macizo, liso o con iniciales en esmalte, pesos **5.00**

N.º 535. — **PLATINADO** fino, hematite y marquesinas, el par.....$ **3.50**

N.º 536. — **PLATA** vieja, piedras marquesinas, el par.......$ **4.50**

N.º 537. — **PLATA** vieja, hematite y marquesinas el par a......$ **3.90**

N.º 538. — **PLATA** vieja, hematite y marquesinas, el par **3.00**

N.º 205. — **ARITOS** de oro para niña, con perlitas finas a pesos..$ **4.00**

N.º 539. — **PLATINADO** y piedra color, el par pesos ... **2.90**

$ 9.95 — $ 9.95

N.º 534. — **PULSERA** de moaré fino, con relojito enchapado en oro con segundero y las 24 horas, para señora o señorita, precio increíble..................$ **9.95**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. Seitler

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

Carta de París:

MORIMOS POR EL INTESTINO

COMO SALUBRIFICAR EL TUBO DIGESTIVO

Se dice comúnmente que no se muere más que por el intestino. La fórmula es quizás excesiva, pero es exacta, en el sentido de que, de todos nuestros órganos, el tubo digestivo es el más vulnerable y el más expuesto a la vez.

Verdadero albañal colector de la economía, es el punto de cita de miriadas de colonias microbianas, incluso las más virulentas, que encuentran allí reunidas las condiciones más favorables a su propagación: humedad, calor, materias orgánicas en descomposición. De aquí una multitud de afecciones, la más venial de las cuales, la enteritis, basta para envenenar la existencia de sus víctimas, no sólo a causa de los dolores que provoca, sino también porque altera las mucosas y, de este modo, abre la puerta a las peores infecciones, y porque perturba el trabajo digestivo, y, por consiguiente, la nutrición.

Es verdad que no faltan medicamentos depurativos y microbicidas. Pero, además de ser de un manejo difícil, son infieles y escabrosos. En consecuencia, *se ha tratado de utilizar para este* trabajo de saneamiento, y de policía, no ya drogas vegetales o químicas, sino ELEMENTOS VIVOS, tales como levaduras, fermentos, etc....

Entre estos elementos vivos, cuya eficacia ha sido bien demostrada, debemos practicar una juiciosa elección con objeto de obtener el resultado **OPTIMO**. Puede afirmarse que nada puede igualar, desde este punto de vista, a los **FERMENTOS DE UVAS DE PAISES CALIDOS**, fermentos seleccionados y cultivados, con el fin de aclimatarlos al medio fisiológico cuya desinfección debe serles confiada, por el método del sabio francés **JACQUEMIN**, que les ha dado su nombre.

Todos los médicos, de común acuerdo, reconocen que los **FERMENTOS DE UVAS JACQUEMIN**, son el remedio más simple y el más activo contra los trastornos gastro-intestinales en general, y contra la enteritis en particular.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se enviará gratuitamente a los que lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684, San Martín, Buenos Aires.



EL CAIPORA, DIOS SALVAJE


«Las creencias y supersticiones indígenas, pasaron todas para nuestro pueblo y los dioses Tupís aun viven en nuestros campos, con una vida tan real, como las que les daban los aborígenes».

Esto lo escribió Couto de Magalhães, notable luchador de las vanguardias de exploración científica del Brasil, Livingstone sin la trompeta de Stanley, patriota sin fanfarrias, nacionalista sin reclamo...

Más adelante se lee: «escribir la teogonía Tupí, es hasta cierto punto, como si escribiésemos las creencias del nuevo pueblo». Esto es una verdad: sería útil, necesaria, normal, noble esfuerzo de una inteligencia superior, en lo que concierne a estos estudios. Sería muy curioso reunir las leyendas actuales de los ex-dioses Tupís.

Hay, varias docenas de lugares comunes que la etnografía catalogó en dogmas ruidosos. Desgraciadamente el tiempo del ruralismo sólo quedó para temas de literatura campesina, donde no existe campiña que no se encuentre minada de leyendas, como terreno fácil para revistas y operetas, donde la moral campesina es desvirtuada en poesía rústica, donde el vocabulario del norte es dolorosamente desplazado. ¿Cuándo se iniciarán esos movimientos tan urgentes y precisos, denunciadores de nuevos filones, de grandes horizontes espléndidos, que fijen el verdadero ambiente de una región, de una sub-raza, de un mundo aparte que poco a poco, lentamente se va formando?

Para ese edificio cultural han de ocupar la mayor parte de espacio los dioses, las creencias, los avatares, las supersticiones, las magias... *o Sertão* — ese límite entre la selva impenetrable y la campiña primeriza — poco a poco va perdiendo su panorama pavoroso. La civilización estranguló al nativo. Butatau, con sus serpentiarios, mató los magos curanderos. Pero aun existen en la sombra latente y ruda de un pasado, no del todo muerto, sensaciones e inquietudes...

Hay vestigios del alma bravía y atemorizada del ancestral Kanitar y de su larga y aguda flecha.

De todas estas recordaciones, más o menos inconscientes, el Caipora es la más típica, más durable, la más curiosa. El árbol genealógico de los pequeños autóctonos, deificando al tupí. Este dios de la selva, se hermana con el Saey-Perere, señor ya en esta época de un libro notable, de varias esculturas y de cuadros. Caipora, metido en la maleza de la selva, entre lianas y chaparros custodiado, desafía las aproximaciones demagógicas y las dosificaciones literarias también.

Es un dios multiforme. En cada región cambia de aspecto. Es como Juno, en la duplicación fisionómica, como Proteo en sus varias formas... Viene de las teogonías *Amerindias*, con toda su corte demoníaca. Laet, Sery, Barleus, D'Orbigay, Couto, Gonçalves Dias, los reverendos Montoya, Vasconcellos y Salvador, anotadores del Brasil inculto, de lo cual quisieron crear un dios defensor de sus nombres, asiduamente citados sin causa y sin razón alguna. Nos ponemos de parte del complicado Theret, literateando teogonías para mayor gloria etnológica. También nos inclinamos a ciertos recuerdos de Lubés, hombre amable, árbitro petroniano, encubridor de muchas grandes cosas de la selva.

El Caipora, Nibelungo sin hijas del Reno, no es forjador con oro robado, si no un dios moral, absolutamente idóneo para escudar el credo de un Arte Nuevo.

Tupan es el dios alboroto. Es inútil, palabreador que ensordece y atonta. Habla por el trueno y ve con los relámpagos. Divinidad sin decálogo expreso, dice raramente la verdad, abandonándose en las montañas, campo propicio para sus estruendos. Un Moisés sin Sinaí, algo insignificante, pero alimentado por columnas de fuego, como símbolo sacerdotal, signo sagrado del terror. El Gran dios es Goavacy: el sol. Este sol es femenino. Creó los hombres y domina todo lo que vive. Jacy, es la luna, maternal y dulce, madre de los vegetales. Hay también el dios amor, o principio creador e inmutable: Rudá, guerrero, que vive en las nubes. Conserva la ligación de las almas y de los cuerpos. Es el eterno compensador, el dios hermano de aquél que decretó las sagradas saturnales de la «noche de la fuerza». Es una trinidad definida. Rudá es la necesidad del cuerpo. Corresponde a Visnú, la Trimurti india.

Previsor Rudá; podía ser también que apareciese como criado de las criaturas, para importunarlas en sus manifestaciones ascéticas.

Se comienza a creer en las excelencias de la religión Tupí, por la ausencia de entidades malévolas, como Belcebú, Adonaí, Luzbel, Satanás, y más de dos mil, sin contar con los de Milton, Klopotock y Dante.

Los dioses Tupís sintetizaban el respeto impuesto por los dioses, ajenos del bien de la tierra, o del amor a los animales y a los árboles.

Era la conservación racial de los elementos vivos y alimentadores del cuerpo por medios ancestrales respetadísimos.

Excepto tres manifestaciones de miedo ante lo inexplicable, las restantes eran simplemente benefactoras, duendes, seres tutelares o castigando a los malos.

Las tres excepciones eran: Juruparí, Macachera y Marangigona.

Juruparí es la explicación de la pesadilla. Era un espíritu que se contentaba con apretar la garganta del glotón, retorcerle las orejas, tirarle de los cabellos, arrastrarlo por el suelo y hacerle soñar con lo más espantosamente desagradable.

Macachera es informe y difuso. Sigue al soldado en las jornadas. ¿Sería bueno o malo? ¿Benévolo o terrible? *Numen viarum, viatores precedent*, explica Laet.

Marangigona, es la «Milloraine» de los bretones, aparición asombrosa del propio individuo así mismo encontrado y manifestándole el próximo traspaso.

De Goavacy y Jacy parten los sub-dioses protectores.

Curupirá o bien, Sacy. Pequeño, flaco, de ojos amarillos y dientes verdes, con los pies torcidos, es el defensor de las plantas, de los grandes árboles que protege ante l s tempestades. Quien quiera penetrar en la selva con aviesas intenciones, Curupirá obstaculiza el camino, desorienta al intruso, lastimándole o persiguiéndole con las fieras. En este duende encontró el padre Simão de Vasconcellos el Matuyu, de *marcha aviesa y ruda*, cantado por Bilac y descrito por Aulo Gelio.

El Mboitátá, es el encargado de los campos. El *jurisdicionea* las praderas revueltas, desde el ondulado terreno de las pampas hasta lo trillado y cultivado, lleno de cafetales y hortalizas. Es un dios pacífico y noble, pero cuando alguno quiere penetrar en sus poderes, Mboitátá se transforma en serpiente de fuego, perseguidora del intruso, hasta destrozarlo por su osadía.

Los peces, pertenecen a Uanyará erótico conquistador, que se transforma en cabrón, siguiendo las doctrinas libidinosas de su temperamento.

Las aves están bajo las órdenes de Guirapuru, pájaro sin forma fija. Durante los conciertos del Guirapuru, Yapuru, Uyarapuru, o Yrapuru, todas las demás aves cesan en sus cantos para escuchar a él, *Orfeo, de la tranquila siringa*, según afirma el señor Humberto de Campos.

La caza es dividida en dos grandes lotes. La caza del campo es de Aukangá, venado blanco con ojos de fuego; guerreando mata a todo lo que molesta al gran dios del «matto»; el Cahapora, Caapora, Cakipora, o Caipora, pues se le conoce con indistintos nombres.

Tal es la genealogía «demonológica» y divina del Caipora.

Tenemos luego entre los estudiosos de la etnografía y del folklore, el gnomo multiforme. Para Sul, es un gigante carnoso, pesado, mal encarado, negro, que monta en un puerco de la selva que lleva en la frente la marca espantosa del Caetetús. ¡Desgraciado el caminante que se encuentre a tan extraño viajero!

Entre los Tupís, la historia era la misma.

Para el extremo Norte, el Caipora es un pequeño indio, casi enano, armado de flechas que agarraba las criaturas extraviadas, para llevarlas a su silenciosa morada, entre los troncos carcomidos de los árboles. Montado en un tapir, guía la caza. En sus correrías, cuando pasea en las noches, las luciérnagas asustadas chocan con sus cuerpos en los cristales de las viviendas con desesperación por encontrar algo... Para el habitante de la selva, el Caipora es señor de un poder infinito. Crece su importancia con el factor de ser desacreditado por los curanderos, que hacen milagros raros, y que a ellos solamente quieren creerles autores.

El árabe con sus Djins, las leyendas occidentales con los Kobols y Duendes, el Talmud con el Gnomo constructor del templo de Salomón, viviendo en los cuentos, poetizado en el siglo XVI, personificándose en Calibán, como tipo de materialismo rastrero y cobarde: gnomo, dueño de los secretos de la tierra, protegiendo a los débiles, odiando a los fuertes, el gnomo Rubezahl, en Alemania, Calibán en Inglaterra, son engarzados en el mismo tronco mítico, donde germina el Caipora, domador del puerco salvaje.

Para el campesino, en medio de la selva y de la pradera, existe un tipo único: el *duende* pequeño, negro y flaco, de pupilas brillantes, agilísimo, enteramente desnudo, con un ramo de pino, bravo como un búfalo. Es necesario notar que el pino, según la ley de la selva y sus dioses, es el antídoto de la bravura contra la mordedura de la serpiente, el asalto del hombre y la hechicería. Cocido y dándose una friega con el líquido que sueltan las ramas resinosas del pino, el Caipora se queda más flaco y triste, perdiendo sus manías extáticas, como el sapo, en eterno sueño empírico.

El Caipora campesino no tiene moscardones, ni luciérnagas que marchen delante de su extraña figura en loca y desesperada escapatoria. No arrebata criaturas, no da desgracias, no es la contradicción y la zozobra.

Contra las reglas establecidas, el Djin campesino ama, por encima de todo, el aguardiente y el humo. Cuando divisa un cazador, que cree fácil para sus *mimos*, pone toda la caza posible delante de los cañones de su escopeta. En el caso contrario, se desvía de Curupirá; pierde y amedrenta al incauto, pero siempre le respeta la vida. Sale a cualquier hora del día y de la noche. Ante sus ojos y su estado de melancolía, la maleza se inclina, dobla su fiereza indomable, desgarra su corazón, se forma un camino, por donde pasa el triste y meditabundo solitario cabalgando en su extraña cabalgadura, atacada también del mismo mal de su simbólico jinete.

Su voz es un sordo gruñido. Algunas veces lanza un agudo silbido, que hace estremecer selvas y cerros. Dicen que en algunas ocasiones habla, divagando roncamente, bufando, tirando unos besos que se transforman en *bandadas* de sandías negras, o a lo mejor en piedras, en pedazos de hierro, en montones de arena, en bombas de agua, en piedras preciosas, en trozos de oro o de plata... Es omnipresente y casi omnisciente.

En el 1877, en la formidable seca, que se perpetúa en el doloroso recuerdo, la planicie de Assú, regada antes por innumerables riachos, era una vastísima laguna. Una noche, un habitante de escasos recursos, fué llamado a la sala por un negrito desconocido que le pedía agua. El barril que guardaba el morador, y que le costara llevarlo casi dos leguas de camino, lo tomó con prontitud y

llenó un jarro que le dió al negrito, y lo lanzó en dirección del río completamente seco. Acto continuo, pidióle otro jarro más, que le fué dado nuevamente. Pidió otro más, que lo desparramó por el suelo, alegando que era una promesa la tal operación. Antes de vaciar toda el agua, el negro mojó los labios y, extendiendo los brazos, tocó al paisano, notando éste una pesadez extraña en sus bolsillos; metió la mano en ellos y comprobó que estaban llenos de monedas de oro. El negro había desaparecido.

Una noche, después de una cacería fatigosa, los hombres descansaban al pie del fuego, compuesto de leña resinosa. Era en pleno *matto*. La comida sería un peludo. Lo abrieron por el vientre, retirando los intestinos, le pusieron sal, lo ensartaron en una barreta de hierro y lo extendieron por encima del fuego, descansando la barreta entre dos horquillas de madera. De repente, se sintió un estrépito de ramas quebradas, de hojas secas, arrastradas con violencia, y el Caipora surgió en medio de los atónitos cazadores. Pasó como un relámpago. Viendo el peludo medio asado, le dijo con ronca voz: *¡vamos, camina, Joaquin!* El Caipora salió corriendo, seguido del peludo medio asado...

Casos como este, algunos curiosísimos, se registran a millares. Sobre el denominativo dado al peludo por el Caipora, hay los siguientes datos: La Fontaine llama al conejo, *Juan*. Felinto Elysio le dice al cuervo, *Ambrosio* y al raposo, *Gil*. En el Canadá, el oso es *Ezequiel; Martin*, en Alemania y en la península escandinava. Durante las grandes cacerías, a principios de verano, los perros que se aventuran, en ciertos días, por lo intrincado del bosque, les sale al encuentro el Caipora y son batidos ferozmente.

Los cazadores oyen perfectamente los aullidos y el rumor de la lucha de los animales.

Cuando reaparecen los perros, traen manchas verdosas y están largo tiempo atemorizados. En las grandes sequías, cuentan los campesinos que los *fazenderos* ricos abusaban vergonzosamente de la situación de penuria, estrujándoles en las ventas. Afligidos por mil motivos los desgraciados eran registrados y explotados a un mismo tiempo, por miedo de que se escapasen sin pagar las deudas que les atribuían. Como amenaza de castigo, las historias de Caipora eran terribles. El trasgo viajaba por los lugares donde los *fazenderos* tenían sus haciendas de ganados. Lo veían pasar los pastores, como una sombra obscura, veloz, rapidísima, por el mismo lomo de los animales, aglomerados con pánico completamente lógico. Aparecían señales en los yucales secos, en algunos animales que morían, en pequeñas hogueras, que inesperadamente aparecían por algunos sitios. En una ciudad cercana de Natal, un viejo comerciante consiguió reunir una bolsa de oro puro, anillos, zarcillos, collares, dijes, medallas, todo adquirido en usurarias maquinaciones. Paseando en torno de la ciudad, un Caipora vió al viejo contando su famoso talego de oro, y cuando lo puso todo dentro, despacio se acercó, le tocó suavemente con los dedos, mirándolo con suma atención, y días después, cuando fué el viejo a contemplar su tesoro encontró la bolsa llena de espinos de chumberas...

Los grandes vicios del Caipora son el humo y el aguardiente. Con estos presentes se puede conseguir todo. No es necesario encontrar los duendes para entablar negociaciones con ellos. Se procura un tronco carcomido, se guarda el licor y algo que despida un poco de humo; luego se cierra el orificio con una piedra lisa, sin rajaduras visibles.

Los religiosos aconsejan rezar tres Ave Marías para espantar la bestia. En toda la beatería campesina no existe una oración igual a la otra. Cada cual crea la suya, siendo una terrible confusión todas. Puede ser que se cumpla el verso de Virgilio: «*numero Deus impare gaudét*».

En el extremo norte, los guardadores de grandes rebaños se reunen, escudados al pie de fortísimos árboles, donde forman sus chozas.

Allí mismo se levanta el gigantesco bulto peludo y terrible de Mapinguary, jefe de toda la caza de la floresta, de los ríos y de las aves. Es el emperador de la región. Dominador de los misterios de la tierra, unas ocasiones en la personificación de Curupirá, de cualquier gnomo, del mismo Sacy, o del Caipora, en imperiosa y única voluntad.

En el nordeste, el Caipora, como un subdios autóctono, y salvaje por consecuencia, toma otras formas y maneras, llegándosele a confundir con otro *personaje*. A lo mejor, lo describen semejante a un *agutí*, o a un negrito de cinco o seis años, o a un bulto blanco y luminoso. Singular, temible, siniestro, o pequeño duende, que se multiplica en el seno del enigma, en la herencia del miedo, en el atavismo ritual de las razas que poseen en las venas sangre africana, adoradores de las sombras vivas, como el portugués de ojos tristes, por la ampliación de los mares atravesados, plenos de encantamientos, del indio deslumbrado por la selva formidable y silenciosa, por los ríos asoladores como diluvios, por los caminos sin fin de la tierra sin nombre...

Los folkloristas encontrarán en este *Djin nordestense* una infinidad de contactos con ciertas creaciones míticas, desde el gnomo de Paracelso hasta el Humunculus, desde los enanos de las fábulas germánicas al Golen de las leyendas júdaicas. El es nuestro Nibelungo, nuestro compañero, que está pidiendo consagración en la música y en las artes brasileñas. Allá lejos estará esperando los sones, el golpe del martillo, la caricia del pincel, el rasguño de la pluma.

El Caipora, negro y flaco, ágil y misterioso, extendiendo su figura de leyenda y de terror en el alma ingenua del campesino, en una perenne gestación de asombros...

LUIS DA CAMARA CASCUDO

TRADUCCIÓN DE B. SÁNCHEZ-SÁEZ

Nuestros amiguitos de provincias


Alvaro y Araceli Moscoso. — Trenque Lauquen.


Aurora E. y María D. Martín. — Trenque Lauquen


Niñas de V. Curuchet. — Trenque Lauquen.


Carlitos Lascano. — T. Lauquen.


Jorge R. Pateta. — T. Lauquen.


María J. Pereira. — Trenque Lauquen.


Niños de Larra. — Carlos Casares.


Pichona Lloveras. — Mar del Plata.


Alicia A. y P. Martínez. — Santiago del Estero.


Conjunto carnavalesco "Las Japonesas. — S. del Estero.

De Territorios



RESISTENCIA (Chaco). — Grupo de señoritas que han obtenido su diploma de profesoras de Corte y Confección, rodeando a su profesora señorita Emma Brianzó.

UN MUNDO EN UNA CABELLERA

Déjame respirar largamente, largamente, el perfume de tu cabellera, y hundir en ella mi rostro como lo hunde el sediento en la linfa de una fuente, y agitarla con mi mano como oloroso pañuelo, para esparcir añoranzas por el aire.

En tu cabellera se esconde todo un sueño, que rebosa arboladuras y velámenes; en tu cabellera se agitan océanos inmensos, en los que el espacio es más azul y profundo, y en los que los frutos, las plantas y la piel humana perfuman el ambiente.

En el océano de tu cabellera vislumbro un punto en el que hormiguean cantos melancólicos, vigorosos hombres de todas las latitudes y multiformes navíos que destacan sus finas y complicadas cataduras en la inmensidad de un cielo por donde la eterna llama se pavonea.

En las caricias de tus cabellos resurgen para mí las languideces de las múltiples horas pasadas sobre un diván, en la litera de un hermoso buque, mecidas por el imperceptible vaivén de la bahía, entre tiestos de flores y refrescantes alcarrazas.

Déjame morder largamente la pesada negrura de tus trenzas. Cuando mordisqueo tu cabellera elástica y rebelde se me antoja que masco añoranzas..

CARLOS BAUDELAIRE.

Nuestros pequeños visitantes



Leonor Gil, billiken. — Enrique Carlos Necrosin, chino. — Antonio Angel Torres, baturro. — Delia Demesia Gómez, maja. — Rosalia Giovanniello, florista. — Angela Piacentini, cisne. — Roberto J. M. Billiel, trompo.







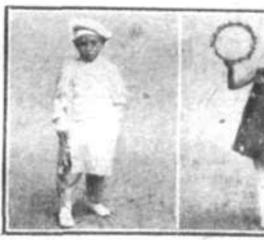

Mario Chichotki, Luis XV. — María Luisa González, maja. — Francisco Gil, pierrot. — Julita Vázquez, ángel. — Pocholo Acebey, príncipe turco. — María E. Caccialdora, fantasía. — Asunción P. Lizárraga, bail. persa.



Anita S. Cheresada, egipcia. — Ana L. Censaratti, dama antigua.




Oscar Cuitiño, pierrot.



Juan Persi, cocinero. — María Julia Portas, primavera.



Julio María Montes, pierrot. — Esther L. Palacios, odalisca.



Lusanita Boucacupi, fantasía. — Tomás Larruía, siciliano.







Hilario Bregua, jockey. — Omar R. Colucci, caballero antiguo. — Victoria Zafanelia, princesa. — Arturo Morviño, Firpo. — Pascual Mazza, baturro. — Cecilia Rosciani e I. Sobola, dama ant. y andaluza. — Mercedes Caamaño, bailarina.








María Elena Castro, guindas. — A. P. Hogarth, fantasía. — Azucena Spalola, cerezas. — Blanca Barredo, shimmy. — M. Castellarnao, catalana antigua. — Pepita Rosshuy, bailarina. — Isolina Sabino, fado.



GENERAL PICO (Pampa). — Parte de la numerosa concurrencia que asistió al picnic ofrecido por la C. D. de la Sociedad Española de Socorros Mutuos a las damas y señoritas que prestaron su valioso concurso en las Romerías Españolas últimamente realizadas en esta localidad.

Necrología



Señora Martina R. de Lanzetti. — Capital.



Señora Luisa Cardillo de Castrofilo. — Capital.



Nélida F. Garay Ferreira. — Capital.



Señora Inés Binaghi de Carrau. — Capital.



Señorita Emma C. Accinelli. — Capital.



Señor Andrés Roca. — Capital.



Señor Patricio Méndez. — Capital.



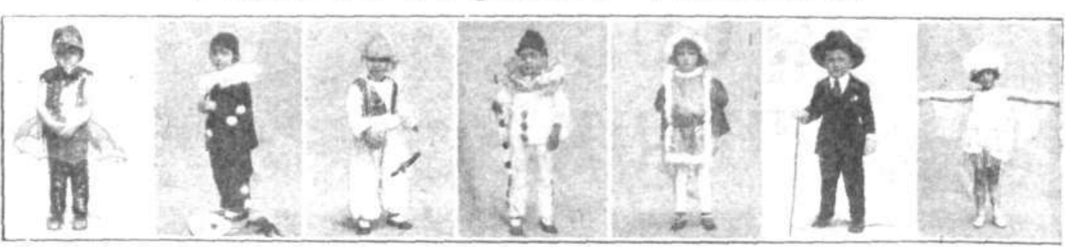
Señor Miguel Giordano. — Capital.



Señor Ramón Cornelt. — Rosario.

Señor Silvio Nasurdi. — Arroyo Seco.

Nuestros Pequeños Visitantes



Teresa Casiles, pescado japonés.

Aida Z. Acrogliano, pierrot.

María Irene Ortega, odalisca.

Benedicto S. Cantatore, pierrot.

Rubén Leónidas Magiorno, paje.

Paquito Andols, doctor.

Lely L. Dubini, perlas luminosas



Joaquina Gallinad, maja.

Regina C. Facciolí, aldeana.



Carmelo Federico, Fainá.



Carlos H. Sargiorgi, pescador.



Oscar Martín, baturro.



José Csicavo, pierrot.



Florinda Barral rosa.

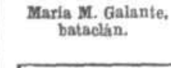


Emma F. Casini, aldeana suiza.



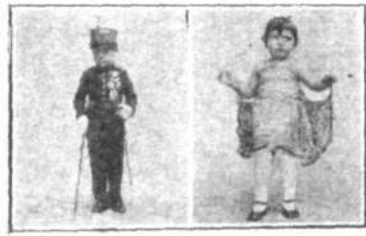
Guillermina Alvarez, dama antigua.





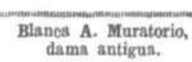
María M. Galante, bataclán.

Félix Alberto Taburelli, camerón.



Tomás García, general.

Ofelia Santos, mariposa.



Blanca A. Muratorio, dama antigua.



Adela Rosa Foriase, pompadour.

Armando Diaz, diablo.



Humberto Suriani, zuavo.



Arturito García, jockey.



Irene Casabella, monedas.



Juan R. Berhan, baturro.



Josefina Lourido, holandesa.



Alberto Castro, rajah.



Andrés A. López, pescador.



Lydia Zanetta, calesita.



Dorita L. Navarro, portuguesa.



Carmencita Rojas, napolitana.

Margarita Santa Cruz, florista.



Matilde Benitez, holandesa.



Leonor C. Magurno, canasto florido.



Stella Marys Magurno, cisne.



RIQUISIMO!!

es la expresión unánime de los que prueban

el chocolate "GODET" EXTRA (papel bronce)

Para los niños a la par que golosina es un poderoso alimento, de fácil digestión.

OTROS GUSTOS:

Godet fino (papel amarillo).
Godet Especial (papel verde).

DANIEL BASSI & Cía.
Bartolomé Mitre, 2538. Buenos Aires.



Prepárese para la próxima temporada de caza

Adquiera una Escopeta *Remington*

Calibre 12. Modelo 10 de 6 tiros. Especial para la caza de patos.

Los más expertos y exigentes cazadores de todas partes del mundo, prefieren esta escopeta por su gran alcance y precisión, exacto equilibrio, facilidad de manejo y desarme y belleza de líneas. Su manija corrediza bota el cartucho vacío y carga el nuevo.

Su disparo no es ni demasiado abierto ni muy cerrado. Llega al blanco con toda precisión y asegura la caza.

En venta en todas las casas del ramo. Exija siempre la marca Remington.

REMINGTON ARMS COMPANY, INC.
25, Broadway, New York, E. U. A.

Representantes:
Moreno 562, DONNELL & PALMER, Buenos Aires.





PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

Las palabras de Doyle hicieron fuerte impresión en el ánimo no muy sereno de la esposa de Bent; resonaban en sus oídos para proyectar en su mente borrosas figuras moviéndose afanosas por las orillas del mar mientras cambiaban frases breves y terminantes como órdenes, y una linterna, manejada con premeditada precaución, les iba mostrando el camino... y se representó sus duros y lívidos semblantes de hombres en pugna abierta contra la ley, acérrimos enemigos de la sociedad.

De repente su pensamiento tornó a la realidad para interrogar automáticamente:

— Pero, ¿quién conoce a ese Kennedy?

Sonrió triunfalmente Doyle.

— Sólo yo sé quién es — respondió.

— ¿Sus hombres no le conocen? — inquirió ella con transparente incredulidad.

— Si algo fatal me ocurriera a mí, él nunca sería capturado — afirmó el interrogado.

— Usted es un loco imprudente — exclamó Ruth sin poder contenerse.

— Yo juego con una sola mano — sentenció con énfasis Doyle.

— Y esta vez ha perdido usted todas sus cartas —sonó una recia voz en aquellas tinieblas. — ¡Arriba esas manos, Doyle! — gritó la misma voz. — No me enfoque con la linterna; póngala en el suelo.

Una sacudida, tal como una descarga eléctrica, sacudió a Ruth de pies a cabeza.

Jamás se le antojó más fuera de lugar la última petulancia proferida por su compañero al verse ahora ambos sorprendidos, y el miedo y el ridículo se apoderaron de su alma hasta le fiebre. — Doyle — pensaba — después de tanta fanfarronería se ha dejado cazar como un conejo en la madriguera.

Y sintió una honda decepción cuando, al imperativo requerimiento que escucharan, el detective se apresuró a contestar al parecer intimidado:

— ¿Cómo puedo levantar las manos y al mismo tiempo poner en el suelo la linterna? — consultó.

— ¡Pósela en el acto y alce los brazos! Así. Ahora retroceda... Siga retrocediendo. ¡Quieto! — fué ordenando la voz en la obscuridad.

La fanfarria de Doyle pareció desvanecerse como por encanto, pues obedeció como un recluta amaestrado las órdenes que se le gritaban.

Por su parte, Ruth, como una cordera dispuesta al sacrificio, iba tras de él, transida por los sentimientos más angustiosos y contradictorios.

Sobre el suelo terroso reflejábase la luz de una linterna, que iluminaba los pasos dóciles del domeñado detective.

De repente la luz dejó de iluminar los bajos fondos para caer sobre los rostros de ambos, en detenida inspección. Sintió ella el deslumbramiento de los rayos y cerró los ojos para luego abrirlos y ver el semblante del detective iluminado.

Lo miró bien — en tanto que, sin duda, el enemigo lo observaba — y contempló el rostro del hombre tan abatido y mortificado, como el que, en realidad, ha sido cazado vergonzosamente.

— ¿Qué piensa usted hacer con nosotros? — sonó su voz con trémolos temerosos y sumisos.

El tono de la respuesta vino a herir la memoria de ella, recordándole la misma voz.

El que acababa de cazarlos en las tinieblas de aquel túnel, tan vanamente descubierto por Patrick H. Doyle, era Overholt, Sam Overholt, su vecino y el hombre que, poco antes, se viera humillado en la lucha sostenida contra el pesquisante.

Era indudable que la venganza del cazador habría de ser fuerte, y que se aprovecharía de las circunstancias favorables que le rodeaban. La herida que en su amor propio le infiriera Doyle iba ahora a satisfacerse con creces.

— ¿Qué voy a hacer? — gritó su recia voz irritada. — ¿No puede usted adivinarlo? — añadió después de una breve pausa.

Ruth vió que Doyle se estrechaba contra la pared y que cubría sus espaldas para contestar con energía:

— **No lo que ha hecho usted con Jim Armstrong... no lo que ha hecho usted con Frank Lesoeur. Mis hombres...**

Se percibió a Overholt burlarse de muy buena gana.

— ¡Ah, engreído y pequeño mentecato! — estalló la voz de éste. — Hace diez minutos que estoy escuchando sus estúpidas bravatas. Muy bien ahora. No hay un alma que sepa dónde usted se halla en estos instantes. ¡Perfectamente! Y sus baratos sabuesos también lo ignoran, y usted está orgulloso de que ignoren quién soy yo. ¡Magnífico! No exigiría mayores ventajas en mi vida, se lo aseguro.

— Pero usted no va a asesinarnos... usted será capturado y...

La mujer, ante esta especie de imploración de los labios de Patrick H. Doyle, olvidó sus propios terrores para contemplar, tan estupefacta como dolorida y decepcionada, el aspecto miedoso de su «protector», el extraordinario detective de cuya

inteligencia y sagacidad tanto esperara hacía quince minutos.

El tremendo y completo cambio operado en su naturaleza aumentaba su inquietud y echaba a rodar todas sus esperanzas sociales.

Por sobre los demás sentimientos que la agitaban, el instinto de conservación, pujante y rebelde, trababa en su interior una formidable lucha para abrirse paso por medio de alguna inspirada y repentina solución.

— ¿Capturado yo? ¿Yo capturado?

Overholt de nuevo se burló a sus anchas.

— ¿Quién es, vamos a ver, el guapo que me va a echar mano? ¿Han conseguido capturarme por el asesinato de Jim Armstrong?... ¿Lo han conseguido? ¿Han conseguido capturarme por el asesinato de Frank Lesoeur?... ¿Lo han conseguido? ¿Sí o no?

Doyle, al escuchar esto, preguntó con tono interrogativo y casi admirativo:

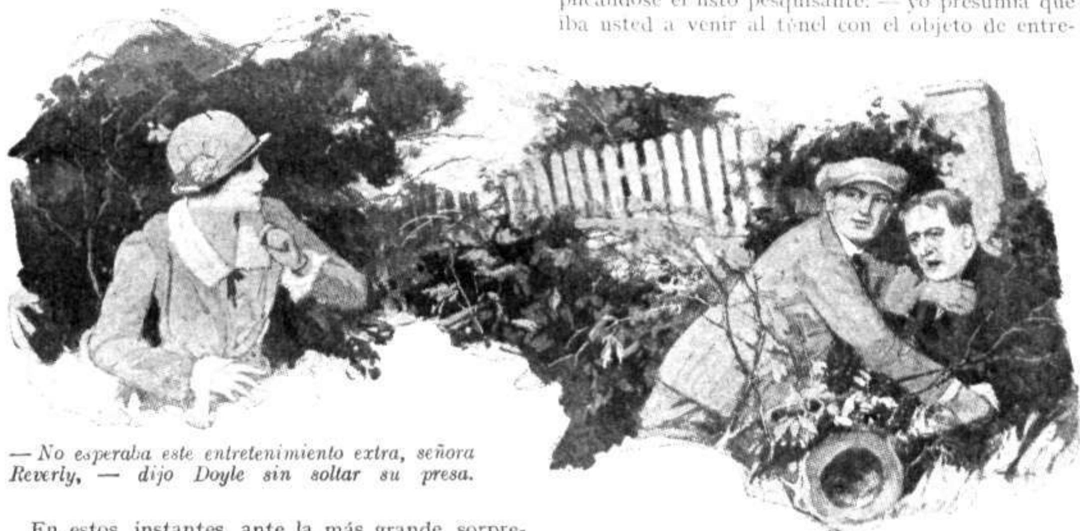
— ¿Entonces usted asesinó a los dos hombres que acaba de nombrar?

— Tan cierto como que les voy a «despachar» a ustedes dos en este momento.

ciese a la justicia, me hubiera retrasado algunos días, y yo procuro abreviar en lo posible todos mis asuntos. Por otra parte, si yo conseguía, de algún modo, arrancarle a usted una confesión de sus crímenes, el caso es claro que se simplificaba, y aquí está conmigo una señora que será una excelente testigo. ¡Ah! Un poco loco ha estado usted al pensar que Patrick H. Doyle podía ser engatusado y cogido en la ratonera por una persona de su clase. Hace algún tiempo que usted no da un paso sin ser vigilado de cerca por mis hombres, pero esta precaución no bastaba. Hoy apareció usted demasiado temprano para mis propósitos en el «cottage» de Jim Armstrong, y como no me convenía precipitarme, me las arreglé como usted sabe para dejarlo libre en apariencia. Comprenda: era esencial que usted *cayera* sobre mí cuando yo echaba mis bravatas. Y bravatas producen bravatas. Si yo fanfarroneaba, usted no tardaría en fanfarronear, alardeando de sus impunes delitos. Así fué, tal como yo presumiera.

La voz de Doyle, segura y triunfal, resonaba clara en el lóbrego pasaje.

— Siga usted comprendiendo — continuó explicándose el listo pesquisante: — yo presumía que iba usted a venir al túnel con el objeto de entre-



— No esperaba este entretenimiento extra, señora Reverly, — dijo Doyle sin soltar su presa.

vistarse con sus cómplices y de disponer algún plan en vista de mi ya descubierta actitud de perseguidor. Al menos, yo esperaba tal oportunidad, siendo mi única esperanza inmediata hacerle confesar a usted por medios indirectos. La señora Reverly, aquí presente, suele acusarme de ser en mis procedimientos premeditadamente dramático. Confieso que, en algunas ocasiones, lo soy; pero siempre con algún propósito preconcebido.

En estos instantes, ante la más grande sorpresa de Ruth, Doyle comenzó a burlarse de su interlocutor, con tono de provocación.

— Vea usted; usted sorprendió a Jim Armstrong y a Lesoeur, pero a mí no me ha sorprendido, entiéndalo. Puede usted retirar como mejor le plazca su arma. Está vacía de proyectiles, amigo Kennedy. ¿Es que ya tenía usted olvidada nuestra lucha hace cosa de hora y media? ¿Es usted tan ingenuo para creer que yo iba a dejarle un revólver cargado en su bolsillo? Cierto que le dejé un revólver, por aquello de no ser completamente descortés; pero se trata de un arma que carece de proyectiles. Kennedy, yo creo que todavía conservo mis buenas cartas en esta empeñosa jugada.

Al pronunciar estas últimas palabras, el detective avanzó hacia su contrario, bastante más voluminoso que él.

La linterna que sostenía en una de sus manos el ahora sorprendido Overholt se agitó como nerviosa durante unos momentos.

Doyle, a menos de dos metros de distancia del hombre, continuó diciendo:

— Yo poseo muchas pruebas contra usted, Kennedy. Sabía ya quién era el culpable de los asesinatos de Armstrong y Lesoeur. Sin embargo, demostrarlo plenamente, de un modo que satisfa-

Con rápido movimiento, Overholt — o Kennedy, como le llamaba Doyle — levantó su revólver, apuntando con ademán decisivo y amenazador. Doyle ni pestañeó siquiera, mientras que Ruth, instintivamente cerraba los ojos. El resorte funcionó sin producir la detonación.

Entonces, empuñando el arma por el cañón, el hombre se dispuso a atacar con ella como si fuera un martillo, y con pasos felinos se dirigió hacia el detective.

— ¿Está usted convencido de su impotencia, Kennedy? — exclamó casi festivamente el ingenioso Patrick H. Doyle.

Por toda respuesta, Overholt gruñó sordamente como animal acosado, dando una fuerte impresión de rabiosa acometividad.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)



Comentarios



No obtuvo un voto ¡ni uno!
y murmuraba el pazguato:
— Fuí en Cuaresma candidato
con abstinencia y ayuno.

* * *

Loza, don Eufrasio,
que a *otros mil* desprecia,
¡cómo admira a Grecia
y a Papanastasio!

* * *



Jugador empedernido
y nadador atrevido,
según él mismo relata,
regresó de Mar del Plata
muy bañado y muy fundido.

* * *



— ¡Pero eso es una zoncera!
¡Llora usted, misia Cecilia,
por una escoba!
— Es que era
un recuerdo de familia.

* * *

En la mayor intimidad, Molina
y Gallo conversaban.
Y de este modo hablaban:
— ¡He tragado más quina!
— Estaría usted harto.
— ¡Pensar que un comité de tres al cuarto,
con el fallo insolente que pronuncia,
logra que uno presente su renuncia!
— Su indignación comparto.
Eso es intolerable.
— Y gracias a que Alvear es muy amable
y hace que uno se quede muy contento.
Pero, en fin, se ha pasado un mal momento.
— ¿Malo? Creo que sí —
termina Gallo en tono compasivo
y añade, pensativo:
— Ahora me toca a mí.

* * *

Oyendo que cierta gente
criticaba acerbamente
a tan callado señor,
exclamó un admirador
de Torello seriamente:
— Hombre de conciencia honrada,
la contradicción le enfada;
pero no hay porqué afligirse,
pues como no dice nada,
no puede contradecirse.

* * *

— Delicada, finísima, grácil,
el resfrío es su encanto mayor.
— ¡Y sonarse no crea que es fácil!
— Sobre todo con ese primor.

* * *



Es un enamorado
que está desesperado,
porque come de un modo «exorbitante»,
a punto de que hoy día el desgraciado
parece un elefante.
— ¿Soy igual a Romeo? No lo creo —
musita fastidiado e irascible. —
¿Se concibe, señores, que Romeo
pese ciento diez kilos? ¡Imposible!

* * *



Dos pedagogos, semioradores,
están hablando de los mejores
modos que existen de perorar:
— Sagarna quiere que declamemos.
— No protestemos,
y ¡a declamar!

* * *

Cuentan que Matienzo, siempre concienzudo,
dice de Molina:
— ¡Qué cosa chocante!
Yo soy ex *ministro* y él ex *renunciante*.
¿Quién es más suertudo?

* * *

Un ministro muy discreto,
aunque haga preguntas fútiles,
preguntaba:
— ¿Con qué objeto
existen cosas inútiles?
¿Para qué pueden servir
las moscas y el comité?
¿Alguien me puede decir
para qué?

MONOS DE REDONDO